

Yo, psicópata. Diario de un asesino

Juanjo Escribano

Primera edición: 2016

Yo, psicópata. Diario de un asesino (1ª y 2ª parte) por [Juanjo Escribano](#) se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](#).

Basada en una obra en <http://yopsicopatadiariodeunasesino.com/>.

Índice

PRIMERA PARTE.....	6
Nota del autor.....	6
Introducción.....	6
Día 1.....	7
Día 2.....	8
Día 3.....	8
Día 4.....	9
Día 5.....	10
Día 6.....	11
Día 7.....	12
Día 8.....	13
Día 9.....	14
Día 10.....	15
Día 11.....	16
Día 12.....	16
Día 13.....	17
Día 14.....	18
Día 15.....	19
Día 16.....	20
Día 17.....	21
Día 18.....	22
Día 19.....	23
Día 20.....	24
Día 21.....	25
Día 22.....	26
Día 23.....	27
Día 24.....	28
Día 25.....	29
Día 26.....	30
Día 27.....	31
Día 28.....	32
Día 29.....	33
Día 30.....	34
Día 31.....	36
Día 32.....	37
Día 33.....	38
Día 34.....	40
Día 35.....	41
Día 36.....	42
Día 37.....	43
Día 38.....	45
Día 39.....	46
Día 40.....	47
Día 41.....	49
Día 41 (segunda parte).....	50
Día 42.....	50
Día 43.....	52
Día 44.....	53

Día 45.....	56
Día 46 (4 de la mañana).....	57
Día 46 (6 de la mañana).....	57
Día 47.....	58
Día 47 (por la noche, en mi celda).....	59
Día 48.....	59
Día 49 (mañana).....	60
Día 49 (noche).....	61
Día 50.....	62
Epílogo.....	63
SEGUNDA PARTE.....	65
Nota del autor.....	65
Introducción.....	65
1.....	67
2.....	68
3.....	69
4.....	71
5.....	73
6.....	75
7.....	77
8.....	78
9.....	80
10.....	81
11.....	82
12.....	85
13.....	86
14.....	87
15.....	89
16.....	90
1 (del diario del discípulo).....	92
2 (del diario del discípulo).....	93
3 (del diario del discípulo).....	95
4 (del diario del discípulo).....	96
5 (del diario del discípulo).....	97
6 (del diario del discípulo).....	98
7 (del diario del discípulo).....	99
8 (del diario del discípulo).....	100
9 (del diario del discípulo).....	101
10 (del diario del discípulo).....	102
11 (del diario del discípulo).....	103
12 (del diario del discípulo).....	105
13 (del diario del discípulo).....	106
14 (del diario del discípulo).....	108
15 (del diario del discípulo).....	108
16 (del diario del discípulo).....	109
17.....	110
17 (del diario del discípulo).....	111
18.....	111
18 (del diario del discípulo).....	112
Anexo al informe policial. Parte I.....	113
Anexo al informe policial. Parte II.....	115
Anexo al informe policial. Parte III.....	117

Anexo al informe policial. Parte IV.....	118
Extracto de una noticia en la prensa nacional.....	119
Carta de un amigo.....	120

PRIMERA PARTE

Nota del autor

Comencé a escribir este relato en formato blog, en el año 2006, y lo publiqué por primera vez en 2007. Cada día me inventaba un capítulo y lo publicaba, casi sin preparación. Creo que fue allá por el capítulo (día) 25 cuando decidí un poco de trama para el relato. Aquello fue, en origen, un experimento literario, un ejercicio de improvisación que, por esas casualidades con las que el destino pasa sus mejores ratos, acabó en esta obra que tienes ahora entre manos.

Traté de publicar la obra por en los medios tradicionales, pero las ofertas editoriales que recibí no me convencieron. Me lancé publicarlo por mi cuenta y dejarlo libre, con una licencia “Creative Commons”. Ahora, en 2011, tras recibir los ánimos de varias personas, y una buena cantidad de correos electrónicos de lectores que habían disfrutado con la obra, me he decidido a volver a publicarla. No he cambiado nada respecto a la primera versión, salvo algunas erratas que se me escaparon aquella vez, aunque estoy seguro de que otras se habrán escapado a mi control.

Si te apetece, puedes en contacto conmigo a través de mi dirección de correo :

juanjo.escribano@gmail.com

Espero que disfrutes con el relato.

Juanjo Escribano

Introducción

Mi nombre es Carlos G. M. Ningún médico ha diagnosticado oficialmente mi enfermedad. Nadie, excepto yo, es consciente de mi estado. Si la gente supiera lo que me pasa no se acercaría a mí. Vosotros diréis que soy un psicópata con tendencias asesinas, un enfermo mental. No lo creo. Creo que soy vuestra última esperanza, vuestro último refugio en esta lenta agonía en la que os halláis sumidos. Soy vuestro último salvador, vuestro verdadero y único salvador. Aborrezco a la gente. Odio todas las razas de este planeta. Ninguna persona ha obtenido hasta la fecha mi beneplácito para merecer la vida que lleva.

Camino por las calles de esta ciudad y no veo más que gente despreciable. Los miro, sonrío, soy amable con ellos, pero, por dentro, los odio. Me dan asco. Son todos escoria. Merecen morir.

Anoche decidí compartir con todos vosotros mis pensamientos, mis náuseas, mis vómitos cerebrales, mis venganzas. Por eso he comenzado a escribir este diario, este blog, como algunos se empeñan en llamar. Joder es asqueroso. Hay suficientes palabras en nuestro maldito idioma para denominar esto y algunos se empeñan en usar esas mierdas de anglicismos. Ineptos.

Hoy estuve a punto de asesinar a un hombre. Quise hacerlo, pero pensé que se lo pondría demasiado fácil a la policía. Quise matar a un trabajador de una pizzería que repartía pizzas a domicilio. Pensé en lo triste que debía ser su vida llevando un trozo de comida a otros idiotas que esperan en sus casas cómodamente, viendo la televisión. Imaginé lo fácil que sería recibirle y clavarle un cuchillo en el estómago y luego, cuando se retorciera de dolor, cortarle el cuello. Pensé que lo merecía, como todos. Pero no quiero acabar antes de empezar, no. Hoy no mataría a ese hombre. Quizá otro día, quizá mañana.

Día 1

Esta mañana desperté feliz. Creo que la idea de escribir lo que me pasa por la cabeza y que todo el mundo pueda leerlo me ha levantado algo el ánimo. Cuando he bajado a la calle para ir al trabajo he saludado al portero y le he preguntado por su fin de semana. Estoy contento a pesar de ser lunes. La gente odia los lunes. Yo adoro los lunes porque veo el malestar en sus caras. Todos desearían estar haciendo cualquier otra cosa, pero lo cierto es que todos van como borregos a sus puestos de trabajo. Y no pueden hacer otra cosa.

En el metro me dedico a mirar sus caras. Veo cómo visten. Hoy quizá te he visto a ti. Ni siquiera te has dado cuenta de que te observaba. Miraba tu ropa, tus zapatos, tus ojos. Intentaba adivinar a qué te dedicas. Por qué ibas en ese metro. Si serías tú mi próxima víctima.

Tengo un buen puesto de trabajo en una pequeña empresa dedicada a logística y transportes. El trabajo me da igual, pero me permite tener tiempo para mí. Me cuido. Hago deporte. Leo libros. Pienso cómo asesinar al próximo desgraciado. Soy un gran pensador. Pienso cómo hacerlo sin que la policía pueda detenerme. Pienso quién será la próxima persona. Soy el mejor psicópata que ha habido jamás.

Cuando volvía del trabajo he pasado por delante del quiosco de periódicos donde compro habitualmente. Estaba cerrado. Ese maldito vago había decidido que no tenía que venderme a mí esta tarde la revista que leo cada semana desde hace dos años. Ese maldito viejo no estaba donde yo quería que estuviese. No lo he dudado ni un momento. En cuanto he llegado a casa he bajado al garaje y he recubierto las paredes de mi furgoneta con plásticos. Sé que el maldito viejo aparecerá por el quiosco a las siete de la mañana. A esa hora no habrá nadie en la calle. Es una buena hora

para matarle. Mañana morirá. Qué tonto. Morirá por una revista. Pero así es la vida. O, mejor dicho, así es la muerte.

Día 2

El viejo no ha muerto hoy. Ese maldito y achacoso viejo "vendeperiódicos" no ha muerto hoy. Permanecí en la furgoneta desde las cinco de la mañana, esperando, pero él no ha acudido a su cita. Hoy no ha abierto el quiosco. Su lugar lo ha ocupado un joven con la cara llena de granos y mirada de perro vagabundo muerto de hambre. Pensé que merecía ser degollado, sacado de este mundo, asesinado. Quise sentir su sangre caliente sobre mis manos, saliendo a borbotones desde su cuello. No pude. Estaba furioso con el viejo. Odiaba al viejo. Maldito seas. Malditos seáis todos. No merecéis la vida que lleváis.

Conduje hacia mi casa y aparqué el coche cerca del portal. No tenía intención de pasar por el piso. Tenía tiempo de sobra así que decidí ir andando hasta el trabajo. Callejeé en busca de soledad. El odio llenaba mis pulmones sustituyendo al maldito aire contaminado de esta mierda de ciudad. Sois escoria. Buscaba soledad y sólo encontraba maldita gente molestando mi paseo. La gente camina por la calle como si fuera suya, como si el resto de la humanidad debiera apartarse a su paso. Es increíble. Nadie sabe quién soy yo. Un hombre asqueroso me ha mirado a los ojos cuando nos cruzábamos. He sentido su sucia mirada sobre mí. Ha contaminado mis ojos. Ha contaminado mi cuerpo.

Giré sobre mis talones en cuanto rebasó mi posición, mientras sacaba con un rápido movimiento el cuchillo que escondía bajo la chaqueta. Me acerqué al maldito ser humano despreciable que me había mirado. No había nadie en aquella calle. Creo que intentó girarse cuando sintió el filo sobre su cuello. Él mismo se degolló. Intentó gritar pero el tajo era tan profundo que las cuerdas vocales habían sido seccionadas. Esto me hizo sentir bien. Intentaba gritar pero con cada gesto se le iba más la vida. Vi la palidez en su rostro. La muerte. El hedor de la muerte. Conseguí saciar mi anhelo más deseado esta mañana.

Le dejé allí tumbado, muriendo, y continué mi paseo acelerando el paso. Desde ese momento todo el resto del día ha sido maravilloso. Ha sido un gran día.

Día 3

Anoche salí a tomar una copas con algunos compañeros de trabajo. También se apuntó un jefe en lo que supongo era un desesperado intento por tener algo de vida social y salir de esa

asquerosa amargura en la que, estoy seguro, se encuentra sumido. Cerdo asqueroso. Paseaba su cuerpo por el bar, con una estúpida sonrisa en la boca, haciendo chistes entre sus empleados, bromeando y diciendo tonterías. Gilipollas. Intentaba demostrar inteligencia y humor. Maldito imbécil.

Es patético ver gente intentando ser aceptada socialmente; verles hacer chistes que consideran inteligentes; oírles opinar sobre cualquier tema de actualidad como verdaderos expertos; escuchar sus chistes; hablar de lo interesantes que son sus actividades fuera del trabajo. Te miran esperando que des tu aprobación. Idiotas, imbéciles.

Yo quería salir de allí. Estar en un sitio cerrado con toda esa gente me daba náuseas. Entré en el baño y allí estaba uno del departamento de contabilidad. Genial. Ahora mearemos los dos en silencio, y él intentará mirar mi polla por encima del separador del urinario, pensé. Quiero matarle. Me mira sonriendo mientras se sacude el pene después de mear. Ese tío se estaba tocando la polla mirándome. Le hubiera matado allí mismo. Me imaginé su cabeza golpeada contra el blanco mármol mojado de orina. Ver su sangre y restos de su masa encefálica empapados en su propia mierda hubiera sido una bonita forma de acabar la noche. Sin embargo rompió el silencio y el hilo de mis pensamientos:

—¿Has oído lo del hombre degollado en la calle? Ayer, por la mañana. Lo leí en la crónica de sucesos del 20 Minutos. La gente está loca, ¿verdad?

—No sabía nada. La gente está desquiciada.

—Lo peor es que no saben quién pudo ser, ni por qué. Le podría pasar a cualquiera.

—Sí —dije—, le podría pasar a cualquiera.

Sonreí. Lavé mis manos y salí de aquel baño. Me despedí de la gente y me fui a casa. Mañana será otro día, pensé.

Día 4

Esta mañana, cuando pasé junto al quiosco de prensa, volví a ver al viejo asqueroso. Decidí comprar un periódico y cruzar unas palabras amables con él. Estuvo enfermo. Un catarro de verano, me dijo. Imbécil. No sabe que ese maldito catarro de verano le salvó de morir asesinado. Para él tenía pensado algo menos agradable que para el capullo degollado de hace un par de días, pero todo llega. Reconozco que deseo ver los ojos del viejo en el momento en el que un cuchillo atravesase sus tripas, pero hay mucha más gente que merece algo así. Todos merecéis algo así. A todos os llegará vuestro turno.

Después de simular una agradable charla con el anciano me dirigí a mi puesto de trabajo.

Otra vez. Allí estaban todos esos desgraciados. Algunos comentaban lo bien que se lo pasaron tomando copas la noche anterior. Sí, fue genial. Me dan ganas de vomitar cuando oigo tantas gilipolleces juntas. Incluso el jefe está compartiendo un café con algunos pringados. Camino hacia mi sitio y me cruzo con el de contabilidad. Llevo mi periódico en la mano. Lo señala y me comenta que el "pobre hombre que degollaron" ha muerto esta noche. Bien. Joder, lo merecía. El muy hijo de puta me miró a los ojos. Yo no le dí permiso para mirarme. Y a ti tampoco, maldito contable. Quiero que te calles. Que dejes de decir estupideces. Por supuesto, yo mantengo una conversación cordial y animada con él, pero ya estoy pensando la forma de acabar con su puta voz. Para siempre. Debe morir.

Dejaré que la jornada de trabajo pase y después intentaré seguir al maldito contable. Es un trozo de escoria sucia que pasea por la oficina diciendo tonterías. Odio su cara. Aborrezco su puto tono de voz. Os aborrezco a todos.

Leo alguna noticia del periódico. La policía investiga el caso del hombre degollado. Idiotas. No saben que les he librado de un despojo humano más. Deberían agradecerlo en lugar de comenzar una investigación. Tomo un café mientras escribo estas líneas y recuerdo la sangre saliendo a borbotones de la garganta del capullo. Recuerdo sobre todo sus ojos de sorpresa. Esos ojos de una persona que se siente impotente. Sabe que lo he matado pero aún está vivo para pensarlo. Es genial. Es grandioso. Soy Dios.

Día 5

Ayer seguí al contable hasta su casa. El muy inútil no se dio cuenta de que lo estaba siguiendo. Vive en un barrio caro, en unos apartamentos de esos que tienen un jardín a la entrada, rodeado de una verja de seguridad. Supongo que con eso se sentirán seguros. Sonrío al pensar en la sensación de seguridad que creen tener. Ese capullo no sabe que hoy ha tenido la muerte a unos centímetros de su cara. Ese capullo no sabe que pronto va a sentir tanto dolor que deseará que yo acabe con su sufrimiento.

Camino hacia mi casa. Está a unas dos horas andando de aquí. Afortunadamente para mí eso no es nada. Suelo cuidar mi forma física. Entre semana voy al gimnasio o a correr, y los fines de semana me gusta salir al campo a andar. A veces voy solo. Otras veces voy con algún capullo que se cree en simbiosis con la naturaleza sólo por andar unos kilómetros por un bosque. Voy pensando en cómo hacerlo. Cómo matar al contable gilipollas. No va a ser fácil hacerlo sin que nadie sospeche de mí.

Paro en un bar. Nunca había entrado en ese sitio. Es el típico bar donde hay gente que parece

mobiliario del establecimiento. Parece que viven ahí. Están apoyados en la barra, bebiendo asquerosas bebidas alcohólicas mientras intentan olvidar lo patéticas que son sus vidas. Dan pena. Me dan muchísima pena. No, es mentira, no me dan pena, me dan asco. Sus putas vidas asquerosas son patéticas. Ellos son patéticos. Algunos tienen aspecto de llevar la misma ropa que hace una semana. Están ahí, con la mirada fija en algún punto de sus vasos, o mirando la mierda que escupe la televisión a todas horas. Algunos abren sus bocas para vomitar palabras que certifican su estupidez. Escoria. Pido un zumo al camarero. Me mira con cara rara. Parece que si no pides whisky o algo parecido no debes estar en ese bar. Le miro a los ojos. No digo nada. Espero mi bebida. A los pocos segundos me sirve el zumo. Lo pone encima de la barra. Una barra sucia, pegajosa. Miro alrededor. Me da la sensación de que todos los pensamientos de esta gente caben en un botellín de cerveza. Matarles sería liberarles de sus asquerosas vidas.

Tomo mi bebida. Pago. Me voy del bar convencido de que cada vez que mato a uno de esos restos humanos soy un poco mejor persona. Cada asesinato me acerco más a la perfección.

Día 6

Quedé con ella el sábado por la noche. No es la primera vez que salimos a tomar algo por ahí. Sé que le gusto, se siente atraída por mí. Eso me parece normal. Si yo fuera una mujer también me sentiría atraído por alguien como yo. Soy el único hombre perfecto de esta tierra. Mi espermatozoide es el único que aún no ha degenerado. Es indigno intentar compararme al resto de escoria conmigo. Por eso la llamé. Porque sabía que a esa maldita zorra la encanta follar conmigo. Está loca por follarme. Otras veces es ella la que me llama, pero esta vez fui yo. Me apetecía tirarme a esa zorra.

Compartimos la típica charla absurda. La invité a algunas copas después de cenar en un restaurante italiano. Me encanta la comida italiana. Lo único que la estropea es ver las putas caras de esos asquerosos maricones hablando un idioma de tan patético como su país de ladrones. Joder, ¿cómo se puede tener esa entonación y no pretender que la gente se ría de ti? Cuando oigo hablar a uno de ellos me dan ganas de meterles un cuchillo por la boca y cortar sus lenguas para que no puedan volver a hacerlo.

De cualquier forma la cena estaba rica. Después de las copas fuimos a su casa. Follamos. La follé como nadie la había follado nunca. Se la metí sin parar mientras escuchaba sus gemidos de placer. Por la mañana desayunamos juntos y me fui a mi casa.

Cuando volvía para casa me fijé en todas las mujeres que pasaban por mi lado. Todas ellas me daban asco. Malditas. Miro su caminar orgulloso, altanero. Caminan como si tuvieran el poder en sus manos. Como si pudieran hacer de cualquier hombre un pobre pelele. Me fijé en todos sus

rasgos. Aprieto los dientes y aligero el paso. Me apetece descansar. Hoy sólo quiero descansar.

Día 7

Lunes. No es un día mucho peor que un martes o un jueves. El problema de los lunes es la gente. Otra vez la maldita gente. He tenido que escuchar las patéticas historias de fin de semana de mis compañeros. Idiotas. La gente así tendría que pensar en sus vidas y suicidarse antes de que un loco psicópata asesino les matara. Escuchas sus anécdotas del sábado por la noche y tienes que poner cara de interés. Gilipollas. Me parece una puta mierda tu vida y sus capítulos, pero no te lo puedo decir a la cara. No puedo dejar que pienses que deseo acabar contigo. Así que pongo expresión de interés y río alguno de tus chistes.

–No veas qué pedo a cerveza, tío... y qué dolor de cabeza el domingo.

–Si, joder. Es que la cerveza es muy cabezona. ¿Y qué pasó con la chica del fin de semana pasado? ¿la volviste a ver?

Mierda. Dais asco. Encima tengo que aparentar que me interesa la zorrilla a la que te tiraste hace una semana. O que seas un puto alcohólico. Yo mato. Yo mato a gente como tú. Les corto el cuello y luego, mientras se desangran, recito poesía de Espronceda, Lorca o Machado. Y tú me cuentas cómo te emborrachaste el sábado. Me das asco.

A media tarde suena mi teléfono móvil. En la pantalla aparece un nombre. Lorena. Siempre hace lo mismo. Siempre me llama los lunes cuando hemos quedado el fin de semana. Se está poniendo muy pesada. Creo que tendré que hacerla callar. Pero dudo si acabar antes con el capullo de contabilidad. Hoy a bajado a comer conmigo y mi compañero. No ha cerrado la puta boca en toda la comida. Es un capullo pedante y arrogante. El teléfono vuelve a sonar. Lorena otra vez. Lo cojo. Estoy de lo más simpático. Me dice que esta noche va a una exposición de cuadros de un puto pintor nuevo. Es en un bar. Lo conozco.

–No, lo siento, no creo que pueda ir. No veas qué jaleo en el trabajo. Creo que me tocará quedarme toda la noche. ¿Hasta qué hora durará eso? Bueno, si salgo a tiempo me paso.

–Genial Carlos. Creo que acabará sobre la una o así.

–Bien. Pues ya te diré algo. Si no te veo esta noche mañana podemos tomar un café. ¿Te apetece?

Ella parece ilusionada. Es la primera vez que yo muestro cierto interés. Me dice que el café de mañana podemos tomarlo aunque nos veamos hoy. La oigo sonreír al otro lado de la línea. Le doy esperanzas.

–Claro. Eso está hecho.

Colgamos. seguro que ahora se pasa toda la tarde pensando en mí. Me gusta eso. Que piense

en mí. Que me desee. Mañana no tomaré café con ella. Mañana estará muerta.

Día 8

Me gustan las noches de finales de agosto. Camino por la calle protegido por el anonimato de la gran ciudad. El excesivo calor de los meses anteriores ya no azota mi cuerpo perfecto. No es extraño ver gente con una camisa de manga larga. La gente no se asombra al verlo. Es bueno para mí porque puedo llevar un cuchillo oculto más fácilmente.

Por supuesto no voy hasta el bar a ver la exposición de pintura. No quiero ni imaginarme a un grupo de tipos haciéndose los entendidos, opinando acerca de un montón de brochazos verdes sobre un fondo azul. Imagino sus comentarios: "eso simboliza el alma del pintor sobre el mar. Adora el mar". ¿Qué mierda es esa? El puto pintor limpió en ese lienzo sus pinceles y de paso vomitó en una esquina. Algún gilipollas decidió que era grandioso y ahora el cuadro está colgado en la pared de un bar con una etiqueta que pone "Esperanza sobre el mar, 600 euros".

Paseo por las calles cercanas a la casa de Lorena. Espero. Paseo. Espero. Son las dos de la mañana de un día de diario. No hay nadie por la calle. Está oscuro. La veo a lo lejos. Ella también me ve a mí. La veo sonreír. Desde lejos me hace una señal y acelera el paso. Viene hacia mí. Dejo que se aproxime. Se acerca. Me mira a los ojos y me abraza. Me da un beso. Siento algo especial cuando me besa. Me gusta. Ahora sé que tengo que acabar con ella cuanto antes. No puedo cometer ningún error. Nos dirigimos hacia su casa. Me está contando cosas de los cuadros de la exposición. Me da igual. Cállate. No quiero saber nada de ti ni de la maldita exposición de mierda.

Pasamos delante de un garaje. La empujo hacia dentro. La agarro con fuerza y la beso. Con mi mano izquierda subo su falda y empiezo a tocarla. Ella gime de placer.

—¿Me lo vas a hacer aquí mismo? ¿No aguantas hasta casa?

—Te lo voy a hacer en todas partes.

Sonríe y gime. Tiene los ojos vidriosos. Le gusta. A esas alturas mi mano derecha sujeta el cuchillo. La sigo tocando con mis dedos. Me acerco a ella. Gime de placer. Meto dos dedos en su asqueroso coño. Gime un poco más. Gime por el placer que surge del deseo concedido. Clavo mi cuchillo en su costado. Sus ojos se abren mucho. Saco mis manos de su sucias bragas y tapo su boca. Vuelvo a clavar el cuchillo. Siento la sangre caliente fluir por mi mano derecha. Me aparto un poco para no mancharme. Cae al suelo. Sigue viva. Sigue mirándome. Mi mano sigue tapando su boca. Vuelvo a clavar el cuchillo en su corazón mientras, con voz suave recito:

"Débil mortal no te asuste

mi oscuridad ni mi nombre;
en mi seno encuentra el hombre
un término a su pesar.
Yo, compasiva, te ofrezco
lejos del mundo un asilo,
donde a mi sombra tranquilo
para siempre duerma en paz."

Día 9

Dormí muy bien esta noche. Supongo que el placer de saber que esa maldita zorra no volverá a molestarme con sus llamadas ha sido suficiente somnífero. Esta mañana al despertar me sentía bien, muy bien. Creo que la humanidad vuelve a estar en deuda conmigo. He librado al mundo de otro ser humano inútil.

Camino del trabajo pasé por delante del quiosco del maldito viejo. Allí estaba él, esperando a la muerte. Veo en sus ojos ganas de acabar. Yo le haría un favor si lo matara en ese momento. Compro un periódico. No veo ninguna noticia acerca de la muerte de Lorena. Normal, ya era tarde. Continúo mi camino. Entro en el metro. Esta es la peor parte del día. Tengo que rozarme con basura asquerosa. Carne humana apestosa, maloliente, sudorosa. Espero en el andén. Mientras espero voy mirando a derecha e izquierda. Observo. Veo sus caras. Hay dos extranjeros, sudamericanos, con mochilas. Hablan amistosamente. Cerca veo a un gordo asqueroso con la camisa sudada. Hay mucha más gente, pero ese maldito gordo me llama la atención. Seguro que se pone a mi lado.

No dejo de observarle. Es un cerdo asqueroso. Está mirando a una chica joven que también espera en el andén. La está mirando como un puto salido. Le mira el culo y las tetas. Avanza un paso y puedo ver sus ojos mirando el coño de la chica. No es que ella merezca vivir, es una puta asquerosa, pero me da asco ese tipo de comportamiento. Miro al resto de hombres del andén. Muchos de ellos miran obsesivamente el culo de la joven. Joder, dan asco. Sois todos puta basura inmunda. Por eso os odio. Porque sois como los monos. Deberíais estar metidos en una puta jaula en el zoo. Escoria.

La mayoría de la gente que está allí esperando tiene defectos. No, la mayoría no, todos. Son intentos fallidos de humanos, hombres y mujeres. Imagino cómo debe ser un hombre y les miro a ellos. Dios, me dan asco. No son como deberían ser. Unos son gordos. Otros son demasiado altos. Otros están muy delgados. Mierda me estoy volviendo loco. Quiero matarlos a todos. Y ese olor, ese puto olor. Ese maldito hedor penetra en mis fosas nasales. Están contaminando mis pulmones

perfectos. Tengo que salir de allí antes de morir infectado por tanta imperfección. Me giro. Ando hacia la salida. El metro está entrando en la estación, pero a mi no me importa. Salgo a la calle y camino.

Fuera hay mucha gente. Es también asqueroso, pero por lo menos puedo evitar rozarme con ellos. Decido caminar hasta el trabajo. Sólo será una hora caminando. Es mejor eso que morir ahí abajo, con esa puta gente. Sonrío. Soy perfecto. Yo salvaré la raza humana.

Día 10

"Se desconocen las causas del asesinato de la joven Lorena, hace dos noches. Es el segundo asesinato en menos de una semana, posiblemente a manos del mismo loco". Así es como uno de los periódicos más importantes del país titula el hecho. Malditos. Les ayudo, les libro de las peores basuras de esta ciudad, limpio de estiércol sus tristes vidas y me llaman loco. No tienen ni idea. Yo no estoy loco. Ellos estaban locos. Ahora están muertos.

Leer esas líneas me hace comprender que la gente no está aún preparada para entenderlo. Imagino al redactor de la noticia, un capullo lerdo que no ha entendido nada, escribiendo mientras bebe un café en su mesa y comenta el partido de fútbol del día anterior. Es patético. Lo escriben sin pensar. Dan asco. Manejan la información, la controlan, la modifican. La gente los cree sólo porque escriben en un periódico. Compra esos panfletos, los leen y se lo creen todo. ¿Cómo pueden ser todos tan inútiles?

Recibo varias llamadas de amigos. Todos me preguntan sobre la chica. Saben que quedábamos de vez en cuando. Yo aparento estar afligido. El dolor es insoportable. Ella me gustaba de verdad. Eso les hago pensar. Capullos. Ella está mejor ahora. Todos están mejor ahora que ella no está. Ellos no se dan cuenta. Hoy tendré que disimular mucho.

A media tarde una llamada me ha preocupado de verdad. Alguien, identificándose como policía, me comenta que tengo que ir a comisaría. Por lo de Lorena. Saben que yo mantenía una relación con ella. Es mentira. Sólo quedábamos de vez en cuando y follábamos. Ella follaba casi con cualquiera, joder. No me pongo nervioso. No tengo nada que ocultar. Ella está muerta y yo lo lamento mucho. Estoy triste. Si pudiera atrapar al asesino despiadado que ha hecho esto... Mañana he quedado con el inspector. Sonrío. No tengo miedo de nada. Mañana iré a la comisaría y haré una gran representación. Idiotas.

Día 11

La charla con el inspector de policía encargado del caso del asesinato de Lorena fue mucho más amena de lo que me podía esperar. He de reconocer que me intrigó bastante, y me sorprendió con algunas cosas que dijo. Parecía ser un hombre inteligente, a pesar de su cargo de funcionario. No es que los funcionarios no sean seres inteligentes, es que casi nadie demuestra un mínimo de inteligencia. La maldita demostración de esto es sencilla: sólo tienes que salir a la calle y observar a la gente. De toda la asquerosa chusma con la que puedes cruzarte, más del 99% es completamente inútil. La raza humana está perdiendo la inteligencia que un día ganó. Cualquier animal demuestra más habilidad mental que el hombre.

El inspector no parecía dudar de mi dolor intenso por la pérdida de una amiga, un ser querido. No obstante, sentí cómo su mirada escrutadora intentaba buscar dentro de mi cerebro un síntoma de culpabilidad. Estaba convencido de que el asesino era un conocido de Lorena. Él creía que era yo, seguro. Lo noté en sus ojos. Mereció mi respeto. Hacía mucho tiempo que no conversaba con alguien y no sentía ganas de matarle, o de arrancarle la sonrisa de su cara, o de aplastar su cabeza contra el suelo hasta reventarle un cerebro que no utilizaba nunca. Sin embargo, el inspector mereció mi respeto. Qué pena que, a pesar de ser un tipo listo, no sea lo suficientemente listo como para acusarme formalmente. Nunca llegará a mi altura.

En casa decidí eliminar mis diarios de Internet. Creo que sólo podrían traerme problemas. Ahora escribo sólo para mí. Algún día, maldita humanidad, lo podréis leer. Cuando estéis preparados. Y me agradeceréis lo que hice por vosotros. Me idolatraréis y guardaréis mis imágenes veneradas. Yo eliminaré los restos asquerosos de esta sociedad. Yo limpiaré al hombre de tanta inutilidad.

Esta mañana, mientras iba a desayunar, me fijé en la cantidad de idiotas que había en las calles. Les miraba las caras. La mayor parte de la gente parecía ser completamente idiota. O peor, tenían un cerebro potencialmente capaz, pero preferían utilizarlo sólo para las funciones mínimas para la vida: respirar, comer, beber y excretar. Dan pena. Miras sus rostros. Sonríen hablando entre ellos. ¿De qué coño se ríen? ¿No se dan cuenta de su inutilidad cerebral? Me han dado asco. Me necesitáis. Seguiré luchando por la humanidad. Soy un salvador. El nuevo mesías.

Día 12

Ayer fue el entierro de Lorena. Por supuesto, asistí al sepelio. Había allí una gran número de personas, conocidos, amigos, compañeros de trabajo y, por supuesto, allí estaba yo, su asesino. Era

una sensación grandiosa saber que yo era capaz de generar todos esos sentimientos. Había gente llorando, indignada. No les culpo. Maldito desalmado asesino. ¿Cómo puede alguien ser capaz de hacer algo así? Ella era una gran persona. Una chica joven, alegre, guapa, inteligente. Lo tenía todo. Tenía un novio simpatiquísimo. Eran la pareja perfecta. Una lástima. Idiotas. Era una más. Estaba perdida desde el comienzo, desde que la dejasteis venir a este mundo. Yo os he librado de ella. No entendéis nada.

Mucha gente me mira y se acerca a mí. Me da el pésame. Todos sabían que teníamos una relación. Ella debía haberlo contado por ahí. Maldita zorra estúpida. Lloro. Pero no desconsoladamente. Lo justo para que se vea el dolor en mis ojos. Beso a la madre y doy un abrazo al padre. Actúo. Soy el mejor artista de este mundo.

Por fin, todo acaba. La obra de teatro finaliza. Se baja el telón. Pido un taxi y le doy la dirección de mi casa. Mientras arranca voy pensando en qué clase de taxista será. Espero que no me dirija la palabra en todo el viaje. Joder, no los aguanto. Mierda. Se pone a hablarme. Me pregunta con mucho tacto, o lo que una mente como la suya pueda entender por tacto, si vengo del cementerio. Pienso que es la frase más idiota que he podido escuchar en toda la mañana. No le culpo. Tiene el cerebro lleno de mierda. Lleva un periódico deportivo en un asiento del coche. Está gordo. Lleva las ventanillas bajadas. Suda. Suda porque está gordo. Suda porque ha tenido que pensar cómo preguntarme esa absurda frase.

Le contesto con simpatía. Soy un joven simpático, agradable. Soy la potencia hecha acto, pero sin desvirtuar. Soy la idea platónica de la perfección humana. Soy guapo. Soy inteligente. Más que nadie. Tengo el poder de decidir quién vivirá hoy y quién morirá. Soy la mano de dios en la tierra. Hablo con el taxista amistosamente. Acabamos hablando de fútbol. Es lo más lejos que ese hombre podrá llegar. Me cuenta que como taxista ha sido testigo de muchas cosas. Algunas muy raras. Se considera una persona culta. Cada minuto que paso en ese coche me dan más náuseas.

Llegamos a mi calle. Pago y le doy una propina. Me da el pésame. Me da la mano. No sería un mal tipo si tuviera algo de inteligencia. Me despido con educación. Salgo del taxi y me dirijo a mi casa. Hoy no iré a trabajar. Estoy desconsolado. Han asesinado a mi novia. Yo te maldigo, asesino.

Día 13

La mañana de trabajo ha sido muy aburrida. Las mismas caras de siempre. Los mismos comentarios. Los mismos gestos. Se ha acercado a mí mucha gente. Algunos son para mí casi desconocidos. Me dan la mano. Me dicen que lamentan lo de mi chica. Yo pongo cara de pena, pero

por dentro pienso que son idiotas. Se me ha acercado un tipo con el que jamás había hablado. Me dice que es el director de la sección de marketing. Que se encarga de las campañas publicitarias y las acciones con clientes. Joder. Acciones con clientes. ¿Qué mierda es esta? ¿Dónde coño estamos metidos? Oigo hablar a esta gentuza y sólo puedo pensar en sus ojos apuñalados, sus lenguas cortadas, sus genitales destrozados y desgarrados.

Odio esta gente del trabajo que intenta utilizar términos técnicos, espectaculares, para referirse a pantomimas y chorradas. Acción de marketing. Una puta carta, una invitación a una comida o un cartel es una acción de marketing. Imbécil. Después de hablar todo el día con capullos decido que yo no mato gente: cambio el estado de sus vidas. Los hago mejores.

Es una pena que esta gentuza enturbie un día tan importante para mí. Hace cinco años que falleció mi madre. Al salir de la oficina me dirijo hacia el cementerio. Antes decido pasar por una floristería. Quiero poner un buen ramo de flores sobre la tumba de la única persona decente que pisó este mundo. La dependienta del establecimiento me atiende con amabilidad. Tiene un buen cuerpo. Su cara es bonita. Me mira. La muy zorra está deseando cerrar la puerta y follarme allí mismo. Lo sé. Soy un tipo atractivo y muy agradable, pero no soy un puto salido de mierda. Sé que podría hacérselo allí mismo. Sin embargo sólo soy amable con ella. No pretendo metérsela en un día tan especial para mí.

La miro. Ella envuelve las flores con cuidado. Decido que no estaría mal echar un polvo un día de estos. Compro una rosa aparte del ramo y antes de salir de la tienda se la doy. Se queda cortada. Sonrío. Se acerca a mí y me besa en los labios. Alguien entra en ese momento en la tienda. Me da una tarjeta con su teléfono y me despide amablemente. Soy un Don Juan. Mientras me acerco a la tumba de mi madre voy pensando en el poder que me ha sido otorgado. Soy capaz de seducir a una dependienta salida ninfómana y matarla mientras la digo que la quiero. Seguro que lo acabaré haciendo. Llego frente a la tumba de mi madre muerta. Rezo. Madre, intento hacer que te sientas orgullosa de mí. Tienes un gran hijo.

Día 14

El caso de Lorena ya casi no sale en los periódicos. Ya no es noticia. Ahora interesan más otras cosas. Ni siquiera el viejo del quiosco lo comenta. Ya no existes, Lorena. Tampoco existe el pobre cerdo al que corté el cuello con mi cuchillo. Realmente se lo cortó él mismo. A estas alturas ya estará empezando a descomponerse. Ahora mismo su cadáver desprende un hedor nauseabundo, como toda la vida que llevó.

Estoy en el trabajo. Decido salir de allí. Llevo cuatro horas seguidas trabajando, sin parar.

Revisando páginas y páginas llenas de garabatos y mirando una pantalla de ordenador. Oigo a capullos cerca de mí que hablan estupideces banales, así que bajo a tomar algo a un bar cercano. Entro en el local. Espero apoyado en la barra. La misma camarera de siempre. Se acerca a mí. Antes de que diga nada pido un café con leche. Hay dos tipos cerca de mí, hablando. Escucho su conversación. Están hablando de perfiles psicológicos de asesinos. Es curioso. Hablan de los asesinos en serie. Hablan del cerebro humano como si lo comprendieran. Los observo detenidamente. Patéticos. Están hablando del comportamiento del hombre, de su complejidad, entre trago y trago de cerveza. Cada uno tiene un bocadillo en la mano. Casi no saben hablar. Son como monos, repiten lo que ven. Aprenden sin saber lo que hacen. Hablan sin saber de qué coño están hablando. Se nota en sus caras. Son jodidamente incultos y aún así se atreven a hablar de locura y enfermedades mentales.

Así es la mayoría de la gente con la que me cruzo hoy. Son todos unos malditos expertos en hablar tonterías, sin tener ni idea de nada. Debería matarlos a todos. Pienso en matar cuando suena mi teléfono móvil. Es un amigo. Quiere salir a tomar unas cervezas esta noche. Le digo que no puedo, estoy cansado, pero le aseguro que mañana quedamos. Cuelgo. Marco el número de la dependienta de la floristería con mi móvil. Al otro lado del teléfono una voz sensual contesta. Joder, me excito sólo con escucharla. Hablamos un rato mientras me toco. Me masturbo a la vez que me cuenta su día en el trabajo. Pienso en su culo. Es genial. He quedado con ella dentro de dos horas en un bar del centro. Tomaré algo con ella y volveré a mi casa. No quiero trasnochar. Soy una persona muy formal y mañana hay que trabajar.

Día 15

Anoche salí a tomar algo con la dependienta de la floristería. Quedamos en un bar del centro de la ciudad. Me gusta ese local. Es un sitio tranquilo. La música no está demasiado alta y puedes hablar con facilidad. Cuando llegué, ella estaba sentada en un taburete, junto a la barra. Estaba tomando una copa. Me pareció interesante. La mayoría de la gente tiene miedo de esperar bebiendo alcohol. La mayoría de la gente tiene miedo de reconocer que sus vidas son aburridas y que necesitan alcohol y drogas para salir del horror en el que se hallan sumidos.

Hablamos un rato. Ella no parece demasiado nerviosa por haber quedado con un desconocido. Pienso que ya lo ha hecho más veces. Joder, es una puta experta en follarse tíos a los que no ha visto nunca. O quizá no. Está buena. Le estoy haciendo reír. Soy un seductor. Ella está deseando meterse en la cama conmigo. Me levanto. Voy al servicio. Antes de entrar me giro y la miro. Ella se ha levantado también. Está justo detrás de mí. Entramos juntos. Está detrás de mí.

Rodea mi cuerpo con sus manos y comienza a tocarme. El pecho. La cintura. La polla. Me giro. Cerramos la puerta. Comienzo a besarla. Meto mi mano debajo de su pantalón. Me gusta esta clase de pantalones ajustados, elásticos. Mi mano penetra perfectamente. La toco. Gime. Zorra. Está empapada. No necesita demasiado para calentarse. Con un movimiento violento le doy media vuelta. Bajo sus pantalones con mis manos. Aparto el tanga con mis dedos y meto mis dedos en su coño. Sigue gimiendo. Quiere que la folle ya. Me pongo un condón y se la meto. La follo. Ella apoya sus manos en la pared. La empujo. Rabia. Ira. Con cada empujón que doy ella gime un poco más alto. Toco sus pechos con mis manos rodeando su cuerpo. Follo. Agarro sus muñecas. Está entregada a mí. Cada vez me muevo más rápido. Ella se mueve conmigo. Seguimos. Seguimos hasta el final. Me corro. Ella también se corre. Nos quedamos quietos. Lentamente me aparto. Ella se gira. Se sube el pantalón y antes de que yo me lo pueda subir se arrodilla delante de mí. Me mira. Se mete la polla en la boca y la chupa. Para y me mira. Esto es para limpiarte, me dice.

Salimos del baño. La camarera nos mira. Me acerco a la barra y le pido una copa para mi amiga y un refresco para mí. Le guiño el ojo. La camarera parece algo azorada. Está nerviosa. Sonrío. Vuelvo con la dependienta. El resto de la noche habló de estupideces. Trabajo, amigos, banalidades. Folla bien pero le preocupan las mismas tonterías que al resto de la gente.

Vuelvo solo a casa. Esa noche dormiré bien. Me ha gustado quedar con ella. Ella se ha ido a su casa en taxi. No quise ir con ella. Mañana tengo un viaje de trabajo a las ocho de la mañana, mentí. Joder, puta, no pretendas casarte conmigo por un buen polvo, pensé. Llego a mi casa y me ducho. No puedo soportar el olor del humo en mi cuerpo perfecto. Después me echo en la cama y duermo. Mañana será un día largo.

Día 16

Cuando sonó el despertador esta mañana estaba profundamente dormido. Quizá por eso tardé algo más de lo normal en salir de la cama. Anoche llegué realmente cansado a casa. Mientras me preparo para salir de casa pienso en la dependienta. Joder, espero que no espere nada de mí. Tengo una labor más importante en mi vida que dedicarme a follar con ella por las esquinas.

Salgo de casa. Es viernes. La gente parece más contenta los viernes. Todos están jodidamente podridos por dentro y saben que el fin de semana pueden dedicarlo a intentar hacer parecer que sus vidas son algo más que el trabajo. Idiotas. Todo es pura pantomima.

En el trabajo todos intentan alardear de sus planes para los próximos dos días. Pescar. Andar por el campo. Quedar con los amigos. Todos están sobrados de planes. Miro sus ojos. No me pueden engañar. La mayoría odia el fin de semana porque no soporta a sus familias. Estoy tomando

un café, solo, tranquilo. De repente, una voz a mi lado intenta establecer una conversación conmigo. Una joven del departamento de recursos humanos se dirige a mí. Debe pensar que me interesa algo de lo que dice. Ya hemos hablado más veces. Le caigo bien. Me pasa con mucha gente. La gente piensa que soy un tipo agradable. La miro. Me cuenta que este fin de semana se va con su novio a una casa rural. Zorra. Creo que intenta darme celos, o algo así. Nos vamos con una amiga mía y su novio, me dice.

–Eso es genial –respondo–, ¿vais a hacer intercambio de parejas? –digo con cara seria.

Ella me mira. No sabe si lo estoy diciendo en serio o en broma. Decido sonreír para evitar problemas. Ella se ríe a carcajadas. En ese momento llega el capullo de contabilidad. Él también se quiere reír, dice. La de recursos humanos, con sonrisa en los labios dice que es un chiste tonto. Que soy un tío muy gracioso. El de contabilidad asiente. Estoy deseando matarlos a los dos, pero intuyo que eso podría producirme problemas. Me acuerdo del inspector de policía. No debería cometer demasiados errores. Tendré que tener más cuidado.

Mientras pienso todo eso han llegado tres personas más a unirse a la conversación. Todos están soltando su mierda por la boca. Todos son geniales. Sus vidas son maravillosas. Pero a mí no pueden engañarme.

Día 17

Me gusta pasear por el campo. Me gusta andar por un bosque hasta estar lo suficientemente alejado de la estupidez humana y contemplar la naturaleza. Ahí, donde el hombre no ha dejado su huella, puedo descansar. Solo. En silencio.

Este sábado decidí hacerlo. Intenté apartarme de la sociedad. Pensar. Necesito recapacitar. Hago lo que puedo con mis manos para mejorar este mundo, pero no veo el final. Conduje hasta un remoto paraje montañoso. Aparqué el coche y comencé a andar. Anduve varios kilómetros hasta un rincón apartado de todo. No esperaba a nadie allí. Me equivoqué. Llegué hasta el lugar esperado y allí estaba él. Ese maldito inútil con su hijo, pasando un día de campo. Ultrajando uno de los pocos parajes no infectados por vuestra estupidez.

Me mira. Sonríe y saluda. Yo respondo al saludo. Está robando mi espacio, mi vida. Quiero estar allí. Quiero estar solo junto a ese río. Sentado en esas rocas. No quiero oír la voz del niño gritando. Quiero escuchar el agua caer por esa cascada de dos metros de altura. Estoy furioso. El niño se aleja un poco. El padre enseguida le grita para que no se aleje. Tiene miedo de que caiga por la pequeña cascada. El pequeño tendrá unos diez años. Se acerca al borde y, riendo, comienza a orinar. Miro al padre. Se ríe. Niños, me dice. Gilipollas. Niños, digo yo.

Espero sentado sobre las rocas. Dejo pasar el tiempo observando, meditando. Estoy cada vez más desquiciado. Necesito estar allí yo solo. Es mi puto sitio. Gordo de mierda. Espero. El padre se levanta. Creo que va a remojarse los pies en el río. Es el momento. Lo sé. Tengo que hacerlo. Niño, voy a asesinar a tu padre. Me quito la camiseta. La dejo caer en el río. Es perfecto. La corriente la arrastra hasta donde está el gordo. Me levanto y ando rápido hasta ahí. El gordo se gira. Ve la camiseta y me mira. No te preocupes, yo la paro, me dice sonriendo. Se agacha para recogerla. Muchas gracias, cabrón, pienso mientras me abalanzo sobre él. Le empujo. Pierde el equilibrio y cae de espaldas sobre el agua. Me mira asustado. Creo que intenta balbucear algo pero le entra agua en la boca. Cojo una roca redondeada del fondo del río y golpeo su cabeza con todas mis fuerzas. Oigo crujir algún hueso del cráneo. Sigue vivo. Vuelvo a golpear. La sangre me salpica. Golpeo. Golpeo. Siempre en la cabeza. Crujir de huesos. Golpeo. Le miro. No se mueve. Sumerjo su cabeza en el agua y espero. Un minuto. Dos minutos. Está muerto.

El niño ha visto toda la escena. Está a un par de metros de mí. Paralizado. Me acerco a él con la roca en la mano. Es incapaz de correr. Basta un solo golpe. Cae desplomado. Hundo su cabeza en el agua. Me aseguro: está muerto. Empujo los dos cuerpos. Caen por la cascada. Dejo caer la piedra resbalando junto al torrente de agua. Recojo mi camiseta. Ahora podré descansar tranquilo. Me siento junto al río y disfruto de un gran día de campo.

Día 18

El andén vuelve a estar abarrotado. No recordaba que hoy los niños vuelven a las clases después de las vacaciones de verano. Espero al metro. Estoy rodeado de decenas de personas en este andén sucio, maloliente. Es asqueroso. A mi lado, como siempre, un tipo sudoroso, mal vestido, mal afeitado. Joder, es lunes y ya lleva la camiseta sucia. ¿Es que no lo veis? ¿Nadie más lo ve? Estáis todos ciegos. No veis lo que está pasando. El mundo se está poblando de esta mutación de la especie humana. Náuseas. La mutación comienza a toser. Oigo cómo carraspea y absorbe el contenido de su sucia nariz.

No puedo evitar sentir asco por todos vosotros. Por fin llega el metro. Subimos. Estamos apretados. Miro alrededor. Es increíble. Veo la cara sonriente de un tipo rubio, algo más alto que los demás. Mira con complicidad al hombre que tiene a su lado. Es más bajo que él y completamente moreno. No parecen de este país. Los dos dirigen la mirada hacia la chica morena que tienen justo delante. El tipo rubio acerca su pelvis contra ella, contra su culo. Puto cerdo. Pone como excusa la falta de espacio. Ella consigue girarse. Los dos cabrones ríen. Me dan asco. Miro para otro lado. Un par de niños no paran de hablar a gritos. Es su primer día de escuela este curso. Intentan hacerse

notar. Futuro oscuro para la raza humana.

Intento concentrarme en otra cosa. No estoy allí metido. No quiero estar allí metido. El puto rubio sigue molestando a la chica. El otro le ríe las gracias. Llegamos a una estación. Los dos extranjeros bajan del vagón, empujando a varias personas. Miro mi reloj. Les miro. Intento guardar cada gesto, cada rasgo de sus caras. Es posible que nos volvamos a ver.

Dejo pasar los minutos. El metro se detiene en mi parada. Bajo. Salgo a la calle. Me siento aliviado. Camino hasta la oficina. Dejo algunas cosas sobre mi mesa y me dirijo directamente a tomar un café. Allí hay varias personas. Están hablando de un accidente. Parece ser, me comentan, que ayer ocurrió un accidente mortal en un paraje cercano a un río. Un padre y su hijo. Ambos fallecieron. La policía cree que el hijo cayó por una cascada y el padre, al intentar salvarlo, se precipitó detrás. Es una lástima. A mí mi padre jamás me llevó a pasar un día al campo. Quizá por eso estoy vivo.

Día 19

Un día anodino, como tantos otros. Llego a casa muy tarde del trabajo. Estoy harto de la gente. Me siento en el sillón. De repente recuerdo la noche con la dependienta de la tienda de flores. Ella no me interesa en absoluto. A mi cabeza viene la figura de la camarera. Recuerdo su mirada, observándome cuando salía del baño. Ella estaba deseando estar ahí dentro, conmigo. Sonríe. Me levanto del sillón. Decido ir hasta ese bar. Miro el reloj. Aún tengo tiempo, así que me doy una ducha tranquilamente. Me visto. Salgo de casa. Me dirijo hacia ese local.

Cuando llegué era casi media noche. Entro. Sólo hay un par de personas en todo el bar. La camarera está apoyada en la barra, aburrída. Me acerco despacio, con calma. Ella me mira. Me reconoce. Se incorpora. Sonríe. El follador del baño, me dice. Yo también sonrío. La pena es que no fuiste tú, digo. Ella, sin preguntarme, me sirve una cerveza. Yo no suelo beber demasiado, pero haré una excepción. Doy un par de tragos. No hablamos. Escuchamos la música. Ambos sabemos lo que queremos. Ella quiere hacerlo conmigo. Yo quiero que muera. Los dos últimos clientes salen del bar. Nos quedamos solos.

Ella sale de la barra y baja el cierre la puerta. Recoge algunos vasos y contonea sus caderas delante de mí. Intenta provocarme. Se acerca a mí. Deja los vasos sucios en la barra con un movimiento insinuante. Zorra. Su pecho roza mi mano. La miro. La agarro por la cintura. Su boca está a un centímetro de la mía. Nos besamos. Pasión. Calor. Sexo. Ella comienza a acariciarme con su mano. Empiezo a acariciar cada centímetro de su cuerpo. Cierra los ojos. Se deja llevar. Mi lengua recorre su cuello. Chupo suavemente el lóbulo de su oreja. Gime. Con mi mano derecha

agarro con fuerza la cerveza que me ha servido. Levanto el brazo y, antes de que pueda darse cuenta de lo que está pasando, la golpeo con brutalidad. La botella se rompe en su cabeza. Comienza a sangrar. Cae al suelo. No está inconsciente, pero está bastante atontada. Coloco una rodilla sobre su espalda, sujetando con mi peso ambas manos. No puede moverse. Agarro su cabeza y corto su cuello con un trozo de vidrio roto. Aún está viva. Espero. Su sangre comienza a manar del corte. Veo alguna lágrima en sus ojos. Es guapa. Tiene unos ojos bonitos. Su cara pierde expresividad. La sangre sale con menos fuerza de la herida.

Me levanto. Recojo los cristales con cuidado. No quiero que me detengan por esta zorra. Busco un vaso y los guardo dentro. Los tiraré lejos. Espero a que no haya nadie para salir. Abro con cuidado y salgo. Dejo la puerta abierta. Tiro los restos de cristal en un contenedor de vidrio que encuentro después de un rato andando. Hay que salvar el mundo, pienso. Me prometo a mí mismo que tendría que salir menos por los bares. Hay gente muy peligrosa por ahí.

Día 20

La mayoría de los periódicos no llegaron a mostrar la noticia en sus ediciones impresas. No obstante, sus correspondientes versiones digitales comentan el asesinato de la camarera como algo horroroso. Terrible. Joder, lo ponen como si fuera el fin del mundo. Son unos patéticos inútiles. No tienen otra cosa con qué alarmarse y deciden hacerlo con tres muertos. En el mundo mueren al día muchas más personas. O quizá no. Quizá personas mueren pocas, o ninguna. Trozos de carne, mutaciones, engendros que jamás debieron salir del vientre de sus madres.

Llego al trabajo pronto. Tengo muchas tareas acumuladas y mi estúpido jefe no deja de molestar mis oídos con su asquerosa voz. Intento concentrarme, pero no dejo de escuchar a la gente hablar. Hablan y hablan. Gritan. Comentan. Todos están aterrorizados. Tres tipos a los que creo que jamás había visto hasta hoy se acercan a la mesa de mi compañero. Miran las fotos de prensa de la camarera degollada. Qué horror, masculla alguno. ¿Cómo puede alguien hacer algo así?, dice un capullo con camisa y corbata. Mamón. Tu madre hizo algo peor. Te parió.

Los miro. Ellos me involucran en su conversación. Como si me importara. Yo también pongo cara de preocupación. Sí, es para estar asustado, digo con toda la sinceridad que puedo. Ellos se lo tragan. Me creen. Además piensan que estoy dolido aún por lo de Lorena. Esta muerte destapa en mí una herida profunda, oigo decir a un gilipollas con voz ceremoniosa. Idiotas. Alguno se acerca a mí y me dice que el hijo de puta que está haciendo eso debería morir ahorcado. Es posible, respondo. Ciertamente podría ser. Yo debería morir ahorcado y ellos deberían morir quemados en un gran incendio, lentamente, dolorosamente. Pero la vida es injusta. Yo no muero ahorcado. Ellos

mueren degollados. Qué putada.

A media tarde recibo una llamada. El inspector de policía del caso de Lorena. Me saluda afectuosamente a través del teléfono. Se preocupa por mí. Me pregunta por mi estado anímico. Mejor, contesto. Le digo que lo de la camarera ha sido una pena y ha destapado en mí una herida profunda. Mientras lo digo sonrío y pienso en el capullo al que se lo escuché esta mañana. Me dan ganas de reír, pero no es el momento. Quiere quedar conmigo mañana, para charlar. En la comisaría. No hay problema, respondo. Yo también quiero ayudar a detener a ese tipo, digo. Cuelgo. Este tipo es listo. Me cae bien. Ese tipo se gana mi afecto, cada día más.

Después de trabajar voy al gimnasio. Paso dos horas seguidas haciendo ejercicio. Necesito relajarme bien. Esta noche dormiré como un bebé. Mañana me espera un día divertido.

Día 21

Los días nublados entristecen a la mayoría de la gente. A mi me da igual. Son días como todos los demás. El problema de esas personas es que saben que su vida da asco. Son conscientes de su mediocridad. Se saben humanos no completos. Reptiles que se arrastran por la vida. Esperan cualquier motivo para entristecerse. Son patéticos. Hoy es uno de esos días nublados.

Salgo de casa y voy directamente a la comisaría. He quedado con el inspector. Avanzo pensando qué puede querer de mí. Me extraña que esté tan interesado en hablar conmigo. Voy dando un paseo. Hace fresco y me despejo. Al entrar, un policía uniformado me pide la documentación y me cachea. Parezco un vulgar delincuente. Debo ser el único cuerdo de este mundo de locos. Se protegen de sus protectores. Inútiles.

El inspector me saluda amablemente. Me invita a un café y nos sentamos dentro de una sala de reuniones. Va directamente al grano. Me pregunta por la camarera. Intenta que le diga que yo la maté. Es listo pero no tanto. El día que esa tía murió, yo estaba en mi casa viendo una película. No me gusta salir por las noches. Desde lo de Lorena me siento muy mal. No me apetece divertirme, y mucho menos tomar copas en un bar. Estoy completamente dispuesto a ayudarlo en la búsqueda del asesino. Ese maldito desalmado....

Me mira. Busca en mi mirada. Le miro directamente, a los ojos. Silencio. Llevamos más de un minuto callados. ¿Le gusta a usted el deporte?, pregunto. Se queda sorprendido con la pregunta. Podríamos quedar un día para jugar al tenis. Soy un gran aficionado. ¿Juega usted al tenis?

La conversación con el inspector no nos lleva a ningún lado. Juega su juego. Ese es su problema. Se cree que es un juego. Yo no juego. Yo mato. Salgo de la comisaría contento. Me gustan los días nublados. Hoy es un buen día nublado. Además, he conseguido un compañero para

jugar al tenis.

Día 22

Salgo del trabajo algo tarde. Camino hasta el metro en compañía de un par de compañeros. Junto a mí camina un tipo de mi departamento. No para de hablar con su voz nasal. Es nauseabundo. Es odioso. Quiero que se calle. Necesito no oír más su voz. A su lado va una chica joven de administración. Está buena, muy buena. Todos los tíos de la empresa babean por ella. Son patéticos. Cada vez que abre la boca todos sonríen como gilipollas. Da igual lo que diga. Siempre hay risas. O caras de interés. Algunos incluso se hacen los interesantes y se ponen a hablar con ella. Cambian la voz y la expresión de sus rostros cuando se acerca. Capullos. Cuando se gira todas las miradas se fijan en su culo. Por las noches se follan a sus mujeres pensando en ese culo. Los solteros se masturban imaginando que se la están tirando, que ella grita y gime de placer y dolor. Es su puta fantasía. Son monos amaestrados.

Llegamos al metro. Los tres esperamos en el mismo andén. Viajaremos juntos un par de paradas. Un letrero luminoso indica que faltan 4 minutos para que llegue el siguiente. Ellos dos mantienen una conversación de trabajo. El tío es patético. No para de hacerse el gracioso. Cuando ella no le mira a los ojos, él baja la mirada hasta sus tetas. Creo que se la está imaginando desnuda. Se está excitando. Joder, creo que el muy cretino se está empalmando.

Ella no se entera de nada. No ve lo que veo yo. Nadie sabe mirar con mis ojos. Siguen hablando de estupideces. Jefes. Clientes. Ofertas. Contratos. Estoy a punto de vomitar en sus caras. De repente recuerdo a la dependienta de la tienda de flores. Me despido. Salgo del metro y les dejo solos. Con un poco de suerte ese tío patético se la tirará esta noche. O no. Me da igual. Voy hasta la tienda en taxi. Allí está ella, a punto de cerrar. Entro. Me mira. Está sola. Cierra la puerta detrás de mí y cuelga un cartel que indica que el local está cerrado. Baja una puerta de seguridad. Saldremos por detrás, me dice. Nos dirigimos hacia la puerta trasera. Ella va delante. Yo la agarro por la cintura. Empiezo a rozarla. Se detiene cerca del mostrador. Roza suavemente su culo contra mi pene. Estoy excitado. Subo su falda. Empiezo a masturbarla. Gime. Ella se gira. Nos besamos. Sigo acariciando su coño con mis dedos. Me baja el pantalón y empieza a acariciarme. Tiene la falda subida así que lo tengo fácil. Aparto su ropa interior y comenzamos a hacerlo. Sin preservativo. Sin seguridad. Mierda, pienso. No puedo hacer esto así. La saco. Se queda quieta. Tomo la píldora, me dice. Aún así me pongo uno. Está de acuerdo.

Lo hacemos. Sexo. Más sexo. Pasión. Ella se va a correr. Está gritando de placer. Está teniendo un orgasmo ahí mismo, sobre el mostrador. Está en otro mundo. Todo sucede en segundos.

Nos vamos a correr juntos. Mientras los dos gritamos veo unas tijeras cerca. Las recojo. Ella está en pleno éxtasis sexual. Clavo las tijeras en su espalda. Creo que aún no se ha dado cuenta. Follo tan bien que no sabe que la estoy matando. Aprieto con mi polla. También aprieto más con las tijeras. Sigo clavándolas. Me mira. La aprieto contra mí. Tengo un orgasmo mientras ella comienza el lento proceso de poner fin a su vida. El mejor polvo en mucho tiempo. He terminado y ella también. Está pálida. La cabeza inclinada hacia atrás. El forense dirá que ha muerto apuñalada. Yo sé que la he matado de amor. Soy un romántico.

Día 23

Los rayos de luz llevan varias horas molestando mi sueño. Es fin de semana y no me apetece nada levantarme. No obstante llevo un buen rato despierto. Miro el techo. Pienso en la chica de la tienda de flores. Pienso en lo que hice con ella. Tengo una extraña sensación dentro de mí. No lo entiendo. No estoy acostumbrado. Algo me dice que no tenía que haberla matado. No tiene ningún sentido. Mucha más gente merece morir. Quizá ella también, pero no estoy seguro. De repente recuerdo a Lorena. Ella tampoco lo merecía. Del resto no tengo ninguna duda. Están mejor muertos. Guardo silencio. Dejo pasar los minutos ahí tumbado, boca arriba.

La idea de haberme equivocado atormenta mi mente. ¿Por qué me pasa esto ahora? Me desquicio. Finalmente decido salir de la cama. Voy al baño. Me miro en el espejo. Miro mi cara. El miedo se apodera de mí. Es la primera vez en mi vida que me miro y no me gusta. No soy dios. No soy perfecto. Tengo ojeras. El pelo despeinado. Los ojos rojizos. Me doy asco. Mi cara es vulgar, común, simple. Estoy aterrado.

Me ducho con calma. Imagino que todo puede ser un sueño. Desayuno mientras leo las noticias en mi ordenador. Todas hacen eco del asesinato en la floristería. Intuyo que pronto me veré las caras con el inspector. Necesito dar un paseo. Salgo a la calle. Me dirijo a un parque cercano a mi casa. Hace un buen día. Hay gente corriendo, haciendo deporte. Gente paseando con sus perros. Madres con sus hijos. Algunas personas leen el periódico. Las portadas hablan del loco asesino. Sigo andando sin rumbo. Por mi cabeza pasan imágenes sin sentido. Caras. Rostros asustados. Miradas perdidas. Cuellos degollados. Sangre brotando de heridas. Tajos en la carne.

Camino perdido. No entiendo lo que me está pasando. Levanto la mirada. La veo. Dejo de caminar. La miro. Una mujer preciosa está sentada en uno de los bancos. Tiene un libro entre las manos. Cerca juguetea un niño. Ella me ve. Cruzamos las miradas. Unos ojos profundos se clavan en mí, escrutan en mi interior. Sonríe. De repente el crío le pregunta algo a la mujer. Es su madre. Ella aparta la mirada y habla con el niño. Continúo mi camino.

Vuelvo a casa. Paso el resto del día metido allí, sentado en un sillón. Intento concentrarme en un libro que he comprado antes de subir. Soy incapaz de leer. La imagen de la mujer se ha clavado en mi mente. No dejo de pensar en ella. Creo que estoy enfermando. Necesito que pase este día. Que llegue mañana. Mañana. Siempre mañana.

Día 24

Un sonido estridente me saca del sueño profundo. Abro los ojos y golpeo el despertador esperando que alguno de los botones pare ese maldito sonido. Creo que he dormido dos horas. Anoche no pude conciliar el sueño. Estoy agotado. Aterrorizado. La idea de estar equivocado martillea mi cabeza como si fuera un yunque. Salgo de la cama y me dirijo al espejo del cuarto de baño. Quiero ver mi cara. Quiero observar la perfección que me tranquilizará durante el resto del día. Pero lo que observo es aún peor que el día anterior. Es el horror personificado en un rostro cansado, ojeroso, desesperado. Rabia. La rabia se apodera de mi cuerpo. No puedo evitarlo. Enfurecido golpeo el espejo con mi puño cerrado. Cruje bajo mis nudillos. Un chorro de sangre comienza a fluir resbalando en una línea recta hasta la repisa de cristal. Aprieto el puño contra el espejo haciendo más fuerza con mi brazo hasta que un dolor agudo me hace retirar los dedos ensangrentados. Decenas de diminutos cristales agujerean la que hasta ahora era una piel perfecta, tersa y suave. Me estoy pudriendo.

Decido ir al trabajo en mi coche. Está aparcado junto a la furgoneta que he empleado alguna vez para limpiar este mundo. No tengo ganas de ver la cara de nadie, pero tengo que seguir fingiendo que soy como ellos. Con sus mismos problemas y defectos. Mientras conduzco, por mi cabeza vuelve a aparecer la mujer que vi en el parque. Preciosa. Guapa. Parecía una persona culta. O por lo menos sabía leer. Es mucho más de lo que la mayoría de la gente podría decir. Estoy rodeado de patanes incultos que no saben leer, hablar, pensar.

Paso algo más de una hora metido en mi lata motorizada, encerrado en un atasco. Miro hacia todas partes, veo sus caras. Algunos hablan por el teléfono móvil. Esos me dan más asco que los demás. Prefiero a ese tipo con cara de gilipollas cantando canciones de la radio antes que al encorbatado del BMW, que no puede esperar media hora en sus gestiones laborales. Es primordial que hable por su móvil de 600 euros a las ocho y media de la mañana. Seguramente, si no lo hace, su mundo desaparecerá bajo sus pies. Esa llamada es su vida, su puta y maldita vida. Desde mi asiento puedo ver un anillo dorado en su mano. Seguramente esté casado. Lo imagino hablando con su mujer, de estilo de vida semejante. Los imagino follando por la noche, en su cama gigante. Él pensando en su nueva secretaria y ella pensando en su profesor de tenis. Después se dicen que se

quieren, como quien responde a un "buenos días". Entonces cada uno se va a un lado de la cama, porque cada uno tiene su parcela de la cama, y no se rozan en el resto de la noche.

Antes de llegar al trabajo un pensamiento vuelve a mi cabeza. La mujer del parque. Decido que esta tarde iré a correr por allí. No tengo muy claro por qué, pero me apetece verla. Espero que esté por allí. Espero también una llamada del inspector. Estoy convencido de que cree que soy un maldito asesino. Seguro que piensa que yo maté a la chica de la tienda de flores. Espero su llamada, señor inspector. Me lo prometió.

Día 25

Correr después de un día de trabajo siempre me alivia. Esta semana he bajado todas las tardes al parque cercano a mi casa para hacer deporte. Cuando paso cerca del banco donde encontré a aquella mujer siempre espero encontrarla de nuevo. Espero que me mire y me sonría. Espero que me desee. Espero que me hable y me lleve a su casa. A su cama.

Lleva dos días sin aparecer por allí. Yo llevo dos días sin poder dormir. Cada mañana salgo de la cama y miro mi patética cara en el espejo. Cada vez se parece más a las caras que veo por la calle. Empiezo a ponerme nervioso. Esta mañana en el metro vi a un tipo asqueroso, repugnante, como casi todos. Sudaba por el calor del vagón. Casi podía escuchar su respiración. De repente me miré reflejado en el cristal de la ventana. Yo también estaba sudando. A mí también me asfixiaba ese calor insoportable. Me estoy convirtiendo en un despojo humano. Yo también.

Pienso en mi madre. Ella nunca hubiera permitido que esto pasara. Ella hubiera cuidado de mí. Y yo de ella. Maldita sea. Dios nos ha abandonado definitivamente. Soy la esperanza de la humanidad. Protector de la especie. El último adalid encargado de su continuidad. Y estoy fallando. Me estoy acabando poco a poco. Me convierto en uno de ellos. Siento la necesidad de reaccionar rápido. Lo haré. Pronto. Soy consciente de mi situación. Es algo pasajero, temporal, momentáneo. Incluso Dios nuestro Señor necesitó un día de descanso. Yo también lo merezco. Él hizo el mundo con errores. Yo corrijo sus errores.

Paseo por el parque. Hoy no quiero correr. Sólo quiero verla. Veo a la gente sonreír. Lo pasan bien. Joder, parece que sus putas vidas son perfectas sólo por bajar a ese trozo de ciudad no asfaltado y respirar aire contaminado con olor a césped. Maldigo sus vidas. Deseo sus muertes. Camino hacia el lugar donde espero encontrarla. Hoy sí está allí. La veo desde lejos. Tiene otro libro en la mano, distinto del de la última vez. Lleva unos pantalones negros, ajustados. Imagino su cuerpo. La imagino desnuda. La deseo. Ella me mira. Parece sorprendida. Me reconoce y sonrío. Hace un gesto con la cabeza. Es un gesto leve, casi imperceptible, pero suficiente. Me siento cerca

de ella. Cierra el libro y me mira. Mantengo su mirada. Está leyendo un libro de Bukowski: Mujeres. Un gran libro, comento. Ella asiente. Marta, me dice. Me llamo Marta. Charlamos un rato de cosas sin importancia. Banalidades. Al cabo de un tiempo un niño de unos diez años aparece. Es el mismo chico del otro día. Marta me dice que se llama Alejandro. Nos saludamos. Jugamos un rato con un balón. Joder, me parezco a todos esos. Doy asco. Pero yo soy distinto.

Llego nuevamente a casa y dejo pasar las horas sin hacer nada, sentado en un sillón. Pienso en todo lo que me está ocurriendo. Suena el teléfono. Es tarde, casi las once de la noche. Es el inspector. Se disculpa por las horas de la llamada. Quedamos para charlar mañana. Cuelgo. Me visto. Recojo un cuchillo afilado de mi maletín. Lo guardo entre mi ropa. Hace una gran noche. Creo que daré un paseo, pienso mientras una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Día 26

Mi paseo nocturno no duró demasiado. Una extraña sensación de inseguridad invadió todo mi cuerpo. La calle estaba completamente vacía. No había ni un alma. Las noticias de un posible asesino en serie corren por todos los telediarios nacionales del país. La gente está asustada. Tienen miedo a salir de casa. ¿Debería yo también asustarme? Un coche de policía pasó cerca de mí. Noté sus miradas clavadas en mí. Escrutaban mis movimientos. Continué mi camino un par de calles más y giré en una esquina, lejos de la mirada inquisitiva de los agentes. Decidí volver a mi casa. Aquella no había sido finalmente la gran noche que pensaba.

Despierto. Mejor dicho, no duermo. Las imágenes siguen pasando por mi cabeza sin control. Ideas que surgen de algún oscuro rincón de mi mente. Las ojeras están cada vez más marcadas en mi rostro. Mi cerebro funciona lento. Soy incapaz de concentrarme en mis objetivos. Tengo que hacer algo. Salgo de casa. Camino del trabajo recuerdo que tengo una cita con el inspector. Mierda, tengo que ir hasta la comisaría. Aún tengo tiempo así que decido ir dando un paseo. El día ha amanecido algo nublado y fresco, pero necesito que me dé el aire en la cara. La gente camina a mi alrededor deprisa. Muy deprisa. Por la calle los coches aceleran y frenan desquiciados. Veo a un tipo gritando a través de la ventanilla, desde dentro de su vehículo. Creo que está gritando a un motorista que está parado a su lado. Gilipollas. Son como simios, los dos. Patéticos. El motorista da una patada al coche del gilipollas número uno. Él es el gilipollas número dos. La gente sigue su ritmo. Yo también.

Continúo mi paseo. Un tipo delgado, con ojos rojos y barba de varios días me detiene. Balbucea. Creo que me está pidiendo dinero. Miro alrededor. No hay nadie. Ha aprovechado una callejuela vacía para pedirme algo. No, no me pide, me exige. Entre sus tristes palabras consigo

entender cuchillo. Me está atracando. Joder, me atraca un puto heroinómano, a mí. No llevo nada para defenderme. Voy camino de una comisaría. Esto es el colmo. El tipo comienza a sacar un cuchillo de su pantalón. Justo antes de que lo saque del cinturón me acerco rápidamente a él. Cojo su cuello desde atrás con mi mano izquierda. Mi mano derecha agarra su brazo y aprieta fuerte. Empujo hacia él y hacia abajo. Un breve gruñido sale de su boca. Un quejido. Un comienzo de lamento. Le miro. Creo que me intenta decir algo. Alrededor sigue sin haber nadie. Vuelvo a empujar su mano. Una mancha oscura comienza a surgir de su pantalón, cerca de la ingle. Su cara comienza a palidecer. De repente, sus ojos pierden el color rojo de hace unos segundos. Le empujo. Por éste nadie llorará. Para éste no habrá primera plana en los periódicos. A éste no le ha matado un asesino en serie. Continúo mi camino. No quiero llegar tarde a mi cita.

La reunión con el inspector es de lo más curiosa. Me comenta que hay una pista que le puede conducir al asesino de Lorena y las otras chicas. Me comenta algo de una banda de Europa del este. Me enseña unas fotos. No reconozco a ninguno de ellos. La mayoría, me comenta, están fichados y reclamados desde hace tiempo. Son unos hijos de puta muy deseados. No entiendo por qué me enseña estas fotos. Creo que quiere ver la expresión de mi cara. Hace un comentario sobre mi aspecto cansado. El trabajo, respondo. Asiente con la cabeza. Recoge las fotografías con parsimonia. Ordena sus carpetas. Clava su mirada en mí. Silencio. Por fin, habla.

–Eres el mayor cabrón que he conocido. Pero eres listo, hijo de puta –dice con la voz suave, tranquila. Se levanta y me acompaña a la puerta. Empieza a molestarme su presencia, y mucho más su grosería. No soporto la grosería.

Día 27

La conversación con el inspector no fue nada interesante. La única conclusión a la que pude llegar es que ni siquiera un hombre con su cargo se salva de la degeneración a la que se somete la raza día a día, mes a mes, año a año... Pronto seremos mamíferos bípedos que habrán perdido las capacidades del habla y razonamiento mientras volvemos a la caverna de la que, tal vez, nunca debimos haber salido.

Reflexiono sobre estas y otras cosas mientras camino hacia mi casa. Decido tomar un autobús que me deje algo más cerca. Quiero tener tiempo para bajar al parque un rato. Anhele volver a verla hoy. Su imagen no deja de aparecer en mis pensamientos.

Espero en la parada. Hay varias personas junto a mí. Todas miran con ansia en la dirección en la que debe venir venir el autobús. Algunas de esas personas echan ojeadas furtivas a sus muñecas, observando la hora en sus relojes. Yo les observo a ellos. Lo hago con disimulo. No

quiero que piensen que soy un loco. Sólo observo. Miro.

Hay dos señoras bastante mayores con algunas bolsas. Hablan en voz baja entre ellas y no apartan la mirada de la calle. Cerca hay una mujer de mediana edad. Por su aspecto creo que se cuida bastante. Hace deporte. Viste ropa elegante pero no demasiado cara. Un intento de mujer triunfadora de cuarenta y tantos. Su pena es que se ha quedado en eso, un intento. No debió de tirarse al consejero adecuado en su empresa. Te equivocaste y ahora no sólo no tienes el puesto que deseabas, sino que has dejado que un maldito cerdo podrido de dinero te la metiera, tú a cuatro patas y él sujetando tu cintura, con los calcetines puestos. Mala suerte.

Un chico joven, de unos 18 años, también está esperando. Lleva una mochila. De vez en cuando deja de mirar al infinito y clava sus ojos en la mujer. Se la está follando con la imaginación. Escucha música. Miro sus ojos. Casi se puede ver a través de su cabeza vacía. El poco cerebro que gasta está repleto de mierda, basura. No culpes a la sociedad de tu escaso valor intelectual, chaval. Eres tú el que decides lo que ves en cada momento. Eres puta escoria. Eres el futuro de una raza sin esperanza. Eres su epitafio.

Por fin llega el ansiado transporte. De repente todos parecen activarse. Empiezan a moverse con disimulo. Miran hacia otra parte y van dando pasitos cortos, intentando llegar los primeros a la puerta ya casi abierta del autobús. Permanezco allí de pie, parado, esperando mi turno. Recibo empujones. El chaval ha conseguido el primer puesto. Enhorabuena, animal. Lo observo todo y una sensación de ira se apodera de mi mente. Estoy a punto de agarrar a cualquiera de ellos y aplastar su maldito cráneo contra el cristal de la puerta. Tengo que controlarme. Finalmente decido ir a casa andando. Creo que iré directamente al parque. Seguro que ella está allí, esperando. Creo que me estoy volviendo loco.

Día 28

La oficina apesta a descerebrado. Cada día un poco más. No estoy seguro de poder seguir aquí mucho tiempo. Lo único bueno es que me pagan lo suficientemente bien para seguir haciendo mi trabajo, sin escuchar de mí demasiadas protestas. Llego a mi puesto. Tomo un café y comienzo mi jornada. No suelo despistarme demasiado. No me paso todo el día hablando como mis compañeros. Yo trabajo. Trabajo y pienso en salir de aquí lo antes posible. Una hora más metido en esta jaula y empezaré a enfurecerme. Miro el reloj. Sólo queda media hora para poder salir por la puerta sin que nadie me lance una mirada de desprecio. Odio eso. Da igual que la hora de salir sean las seis de la tarde. Salir al menos a las siete es un rito ancestral que nadie comprende, nadie apoya, a nadie agrada. Todo el mundo lo hace.

Estoy saliendo por la puerta. Pienso en ver a Marta. Ayer estuvimos hablando un buen rato. Su hijo jugaba cerca. Me cae bien. Es un chico solitario, como yo. Es fuerte, inteligente. Llegará lejos. Hoy no hemos quedado, pero sé que estará por el parque con su hijo. Ella sabe que yo iré. Tenemos que bailar esta melodía hasta poder hacer otra cosa. No me importa. Es la única persona con la que me encuentro a gusto.

En el ascensor de la oficina me encuentro a cuatro tipos que trabajan conmigo. Nos miramos. Sonrisas. Es la hora ¿eh?, comenta un botarate con corbata roja. Lleva un maletín en la mano. Se cree más importante por llevar el maletín. Todos piensan que lleva infinidad de papeles para trabajar en casa. Yo sé que lleva infinidad de revistas pornográficas para masturbarse en el baño. Las compra en un quiosco cerca de la oficina. Un día le vi comprarlas, pero no le dije nada. Él tampoco lo mencionó. Imagino su vida. Su sueldo es lo suficientemente alto para mantener varias familias a un buen nivel. Pero él sólo mantiene la suya. A su mujer, una vieja pija, gorda, imbécil, que ya no se la quiere chupar nunca, pero que disfruta tomando un café de media tarde con sus amigas del club. A su hijo, un niño estúpido que va a clase en su moto nueva, con su casco y otro más para la "chati" que quiera montar hoy, y no precisamente en moto. Y a su perro, bueno, el de su mujer. Un caniche con corte de pelo de 30 euros. Amigo, tú no necesitas revistas para masturbarte. Con toda esa pasta que tienes deberías comprar otra familia. Ellos ni se darán cuenta de que faltas.

Un tipo con la cabeza llena de gomina y un traje de unos 600 euros pulsa el botón del sótano uno. Vamos al garaje, a ver mi nuevo coche, comenta mientras nos obliga a todos a bajar. Ya veréis que chulada, dice con una sonrisa tan estúpida como falsa en la boca. Todos asienten. Caminamos hacia un coche flamante, reluciente, nuevo. El coche valía 90.000 euros, pero el del concesionario ya me conocía de otras compras y me lo han dejado todo por 87.000. Un chollo. Dice todo esto sin inmutarse. Maldito cabrón. Me mira. ¿A que es una pasada? Joder, me está preguntando a mí. Si puedes deberías hacerte con uno así, no te arrepentirás, me dice con su puta sonrisa eterna. Cabrón de mierda. Permanezco allí haciendo el capullo hasta que todos decidimos irnos. Miro mi reloj. He de darme prisa si no quiero llegar tarde a mi "no cita" con Marta. El engominado y yo ya hablaremos otro día.

Día 29

Caminamos juntos por el parque, Marta y yo. El chaval corretea a nuestro alrededor. Es perfecto. Miro al resto de niños y los comparo con Alejandro. Todos parecen clones fallidos de un molde equivocado. Observo las caras de sus madres, agotadas. La mayoría de ellas tiene una expresión mustia, apagada, infeliz. Ya nada es como antes. Todas recuerdan mejores tiempos en sus

vidas, cuando sus maridos, novios, chicos o amantes llegaban a casa y, casi sin preguntar qué tal había ido el día, se tiraban en la cama, en el sofá o en el suelo y hacían el amor mirándose a los ojos. De todo eso hace ya más de diez años y comienzan a preguntarse qué les llevo hasta ese punto de sus vidas.

Sin embargo Marta y yo paseamos fuera de toda esa problemática. Comprendo que acabamos de conocernos, pero reconozco en ella un rayo de inteligencia que no había observado hasta el momento en ninguna otra persona, excepto en los ojos de mi querida madre.

Al acabar el paseo decido acompañarles hasta su casa. Ella, al principio, parece algo aturdida con la proposición, pero cede cuando le comento que si lo desea puedo irme por donde he venido. De camino charlamos sobre temas de actualidad. Me comenta que está algo asustada por la oleada de asesinatos que está ocurriendo en la ciudad. La idea de que un psicópata asesino ande suelto le pone nerviosa. La tranquilizo. No tiene nada que temer mientras yo esté a su lado. Se lo prometo. A Alejandro tampoco le pasará nada. Ella me mira con ojos alegres, agradecidos. Piensa que no seré capaz de cumplir lo que digo. Aún así me sonrío y me da las gracias. Llegamos al portal de su casa. No espero que me invite a subir. Ella también sabe que yo no aceptaría una petición así. Soy un caballero. Todo tiene su momento. El chico se da media vuelta. Se dirige a los ascensores. Ella me mira directamente a los ojos. Se acerca a mí y besa mis labios.

No estoy lejos de mi casa. Ando por la calle, mirando a la gente. Yo siempre observo. Veo la mediocridad en todo lo que me rodea. Paso cerca del parque. Vuelvo a ver a varias madres con sus hijos. Vuelvo a observar sus rostros cansados. Vuelvo a meterme en sus mentes, casi vacías de inteligencia. Busco algún padre con la mirada. Sólo veo un par. El resto seguramente estará en sus casas, o en algún bar de la zona, viendo la televisión, bebiendo cerveza y emitiendo gruñidos de satisfacción cada vez que una chica joven se atreve a atravesar el umbral de la puerta del respectivo garito. Después llegarán a sus casas hambrientos de sexo e intentarán tirarse a sus mujeres. O a la del vecino de al lado, que seguramente será más joven, estará más buena y no le dolerá la cabeza. Joder, yo no quiero llevar esa vida tan patética. No pienso hacerlo. Yo no.

Día 30

Los días pasan más rápidos desde que la conocí. Marta y yo, al contrario, avanzamos lentamente en nuestra relación. Todo con ella va despacio, calmado, como los pasos de un escalador, afianzando cada uno de ellos, levantando un pie sólo cuando sabes seguro el otro. Me gusta. El resto de cosas parece ir demasiado acelerado. Las noticias fluyen veloces por los medios de comunicación. Los programas expertos en atontar a la población con sus estupideces, mentiras y

engañabobos ya hacen emisiones especiales. Hablan de asesinos en serie. Llevan a sus mesas redondas grandes expertos en psicología, criminología y tontería, para hablar del asesino de mujeres. Porque sólo cuentan a las mujeres: la chica de la floristería, Lorena, y la camarera. Nadie habla del capullo degollado y mucho menos mencionan como víctima al resto humano al que tuve a bien dar fin para evitar su inminente agonía.

Estoy comiendo en un restaurante cercano a la oficina. Me acompañan dos de mis compañeros de mesa, además de la muñeca perfecta de administración, a la que todos se quieren tirar, y el capullo de contabilidad. Hemos bajado a comer bastante tarde. Malditas reuniones. La televisión emite uno de esos programas. Todos parecen putos expertos en asesinos. Dan un número de teléfono para ayudar a la policía. Si alguien tiene alguna pista, pueden llamar al número que aparece en pantalla, dice la presentadora con voz seria. Intento que no se me escape una carcajada cuando lo veo. Imagino al inspector. No creo que esté de acuerdo con eso. Ese tipo es un grosero, pero no un capullo tan inepto como para hacer esta estupidez. Es un maldito espectáculo televisivo y la gente lo cree. Es patético.

Todos los comensales están absortos escuchando las opiniones de los entendidos en la materia. Uno de los fantoches invitados al programa vomita su opinión sin ningún tipo de reparo: seguramente el asesino o asesinos, porque aún no hay nada seguro, sean personas completamente asociales, solitarias, posiblemente desocupadas y con suficiente dinero para vivir sin trabajar. El contable asiente la afirmación con la cabeza. Comenta algo de que si él tuviera al asesino a la cara lo reconocería en seguida. Tiene un sexto sentido para la gente mala. Todos sonrían ante la afirmación del capullo de contabilidad y éste, herido en el orgullo, explica cómo una vez evitó sufrir un atraco sólo viendo la cara del atracador. Salió del establecimiento antes de que ocurriera porque lo supo al verle la cara. Gilipollas.

Otro de los presentadores del programa está completamente de acuerdo con su colega. Además, añade la posibilidad de que el asesino sienta cierto deseo de ser mujer, de ahí el odio exacerbado hacia el género femenino, dada su incapacidad de transformación completa. Un comienzo de carcajada sale de mi boca, pero lo detengo justo a tiempo. Imito que me he atragantado con algo. Toso. Todos me miran ahora. Cuidado tío, o no hará falta que te mate el psicópata. Es la puta voz del maldito engominado con coche nuevo y caro, que hace así su presentación en el restaurante. Joder, lo que me faltaba. Le hacemos un hueco para que pueda comer con nosotros. Después, con aire de interés, sigo escuchando mi perfil psicológico expuesto por los expertos tertulianos circenses que, creo recordar, la semana pasada eran expertos arquitectos que comprendían perfectamente los entresijos de la profesión.

Día 31

La del sábado suele ser una mañana tranquila. Me gusta desayunar en la terraza de mi casa, observando el paso de la gente en la calle. Las mujeres tiran de los carros de la compra, cargados hasta los topes, de vuelta a sus casas, después de dejarse casi un cuarto de su sueldo en unas piezas de carne y algo de fruta. Con un poco de suerte ese carro lleno les durará una semana. Gastan, gastan y gastan el dinero que no tienen. Compran, compran tonterías. El mejor suavizante. El desodorante más caro. La puta colonia que huele a jazmín y no se cuántas estúpidas flores más. Las patatas fritas onduladas, las aceitunas, las cervezas para que el marido pueda ver el fútbol contento esa noche. Y a la vuelta, una ronda por las mejores tiendas del barrio. Bisutería barata. Telas, pantalones, blusas, camisas...

Estoy observando, negando con la cabeza. Algo no funciona. Estas pobres gentes, tan manipuladas ya que no pueden pensar por sí mismas, sólo son peones en la gran partida. La idea viene a mí y sonrío. Sonrío porque yo aún no estoy lobotomizado como ellos.

Suena el timbre de la puerta. No espero a nadie. Abro. La figura de un hombre aparece en el umbral. Dice mi nombre. Asiento. Me entrega un papel. Correo certificado. En el sobre aparece el membrete del ministerio de justicia. Cierro la puerta. Abro el sobre y leo el contenido de la hoja que guarda en su interior. Se trata de una citación. Tengo que presentarme dentro de siete días en los juzgados. Quieren que testifique ante el juez. No parece que me acusen de nada. Estoy convencido de que es por el caso de Lorena. Querrán saber datos, datos inútiles. Dejo la carta encima de una mesa. Voy al baño. Me doy una ducha. Esta tarde he quedado con Marta.

Ella está guapa esta tarde. Alejandro viene con nosotros. Hablamos de muchas cosas. El chico quiere saber cosas de mí. Pregunta por mi trabajo, por mi vida, por mi familia. No le quiero contar nada de mi familia. Me mira, me observa. ¿Cómo es tu casa?, pregunta directamente. Le explico que vivo cerca de allí. En un apartamento. Quiere subir a verlo. Miro a Marta. Ella niega con la cabeza pero el chico insiste. Tomamos un café, si quieres, digo. Ella acepta, a regañadientes. Subimos a mi casa. Hago de gran anfitrión. Enseño las distintas estancias a mis invitados. Doy un refresco a Alejandro y me dispongo a preparar café para Marta y para mí.

Estamos juntos, en la cocina. Nos besamos. Un beso rápido, fugaz, furtivo. Nos miramos. Alejandro entra con un papel en la mano. Dice algo de un juzgado. Lo cojo. Marta me mira. Mierda. No quería contarle nada. Se trata de una citación, para testificar, explico con toda la calma que puedo. Acabo contando que yo estaba relacionado con una de las chicas asesinadas, Lorena. Ella me mira. Asiente. No veo miedo en sus ojos. Eso es bueno. Sigo explicando que la prensa piensa que llevábamos una relación seria, pero mienten. Todo lo exageran. Sigo mirando sus ojos. Mierda, mierda. No puedo hacer nada. Espero su reacción. Ella sonrío y me acaricia la mano. Lo siento,

susurra. Vuelve a besar mis labios. Un beso breve. Bien. Perfecto. Todo aclarado, de momento.

Nos sentamos en los sillones, en el salón. Todo parece ir perfectamente. Alejandro juguetea con el mando de la televisión. Entonces se da la vuelta, me mira. ¿Quién mató a esa chica?, pregunta. Se hace un silencio sepulcral. No lo sé, Alejandro, respondo. No lo sé.

Día 32

La pregunta del chaval ha atormentado mi cabeza durante toda la noche. No he podido pegar ojo. ¿Quién mató a esa chica? ¿Quién mató a Lorena? ¿Y a las otras? Trato de recordar quién pudo hacer algo así. A mi cabeza vienen imágenes de sus caras en el momento de ver la muerte de cerca. Siento una enorme excitación cuando las recuerdo en su último momento, en su último aliento. Me imagino a mí mismo asesinando a esas chicas. No, no es imaginación. Soy un asesino. Creo que lo he sido toda mi vida. Miro el reloj que hay sobre la mesilla al lado de mi cama. Son las 5:15 de la mañana. Desactivo la alarma antes de que suene. No he dormido nada.

Me doy una ducha para despejarme. Desayuno en silencio. No se oye ningún ruido. Un silencio solemne se adueña del mundo. A las 6:30 salgo a la calle. Las calles están casi vacías a esta hora. Aún falta un buen rato para que la ciudad comience a mostrar su aspecto más amargo: la gente. La gente es el mal de esta ciudad, de todas las ciudades. Los sitios no son malos. Los hacen malos las personas. Camino hacia una calle principal. Me detengo junto a la calzada y espero que pase un taxi. Veo uno a lo lejos. Hago una señal con mi mano y automáticamente veo sus intermitentes encendiéndose y apagándose. Se detiene junto a mí. Abro la puerta trasera del vehículo y subo.

Lo primero que noto en su interior es un olor extraño. Ese maldito olor que tienen todos los taxis. Esa mezcla de todo tipo de hedores corporales, desodorantes, colonias y ambientadores tan típica de este transporte. Son como las putas de los coches. Te llevarán donde quieras por dinero. En el fondo todos somos putas. Nos dejaríamos follar por dinero. Todos. Pienso en esto mientras indico al taxista que me lleve a la estación de tren. Putos viajes de trabajo. Sigo pensando en alguna persona que no se dejara follar por dinero. No soy capaz de imaginar a nadie. Casi todos los hombres se dejarían follar por casi todas las mujeres de este planeta sin pedir nada a cambio. Al resto les bastarían unas pocas monedas para convencerse. Las mujeres serían más selectivas. No se dejarían follar por cualquiera a cambio de dinero. Pero sí por algunos. Cada vez me convengo más de que el proceso de evolución está deshaciéndose.

Debo dejar mis reflexiones para otro momento. El conductor del taxi ha detenido el vehículo y lee en voz alta la cifra que marca el taxímetro trucado que lleva pegado al salpicadero del coche.

Pago. Vuelvo a caminar por los grandes espacios abiertos de la estación. Debo buscar mi tren. Unos paneles luminosos indican todo lo necesario. Vía, andén, hora de salida. Por fin encuentro mi tren, mi vagón y mi asiento.

El tren arranca con puntualidad. Hasta ese momento no me había fijado en que junto a mí hay otra persona sentada. Joder, maldita sea. Me mira. Intento apartar la mirada antes de que pueda pensar que me apetece escuchar su voz. Es tarde para eso. Empieza a hablarme. Joder, ¿de qué puede una persona querer hablar con un desconocido a las 7:45 de la mañana? Mierda, su voz se clava en mis oídos. Me machaca. Martillea mi mente. Yo contesto. Hablo. Actúo. Vuelvo a actuar. Sigo siendo el gran actor de este puto circo mundial. Me intereso por sus negocios, pero noto cómo crece dentro de mí el odio hacia ese cadáver mental ambulante. Debo tranquilizarme. Evalúo la situación. Me quedan tres horas con este capullo al lado y no puedo hacer nada. Pienso en lo que vendrá después del viaje. Mierda, el chulo engominado y uno de los capullos de mi departamento me esperarán en la estación destino. Cierro los ojos. El sueño se empieza a apoderar de mí. Perfecto. Espero poder dormir ahora y despertar cuando un atisbo de luz roce las mentes mediocres de estos hombres. Buenas noches, hasta entonces.

Día 33

Tipos luciendo trajes caros. Cabellos peinados en peluquerías donde conocen tus apellidos. Bolígrafos con incrustaciones de oro. Intercambio de tarjetas. Apretones de manos. Sonrisas falsas. Preguntas absurdas. Respuestas más absurdas aún. Reunión de negocios.

Llevo casi un día entero reunido con esta gente. Ayer pasé casi doce horas mirando las mismas caras. Hablando de las mismas estupideces. Hoy llevamos aquí dentro tres horas y seguimos hablando. Nosotros hablamos, hablamos, hablamos. Después escuchamos un rato. Entonces alguien dice algo así como que todo está claro, que tenemos que ponernos en marcha. Todos asentimos con la cabeza. Una voz al otro extremo de la mesa comenta algo al respecto. Todo se vuelve a fastidiar. Volvemos a empezar. Otra vez. Mierda. Jamás saldremos de esta puta sala de reuniones.

Pasan dos horas más. Después de casi un día y medio todos están de acuerdo en que deben ponerse de acuerdo. Yo tengo la solución en mi cabeza pero no lo puedo decir. Mi jefe jamás lo permitiría. Es mejor que se les ocurra a ellos. Sólo podemos guiarles hacia la solución que deseamos, no podemos imponerla. Joder si es la maldita única solución a su problema, ¿por qué no puedo cerrar la boca del puto gordo barbudo que atormenta mi existencia? Nuevamente lo veo claro: reunión de negocios. El gordo barbudo mira su reloj. Un reloj caro, muy caro. Propone salir a

comer. Todos asienten. Vayamos al restaurante ese del cordero y buen vino, dice una voz. Es en lo único que piensan. Comer, beber, tontear con la camarera cuando nos sirve la comida y mirarla el culo cuando se aleja de la mesa. Reunión de negocios.

Durante la comida se habla de varios temas. Trabajo, empresas, dinero... negocios. Estamos a punto de tomar el café cuando mi móvil comienza a sonar y vibrar dentro de mi chaqueta. Respondo a la llamada. Es el señor inspector. Me levanto de la mesa pidiendo disculpas. Salgo fuera.

–Qué tal amigo mío –dice con voz irónica–. Quería yo hablarte de un tema importante. La chica asesinada anoche. Supongo que sabrás de quién te hablo, ¿verdad?

La pregunta me deja atónito. No tengo ni idea de lo que me está hablando. Se lo hago saber. Ríe. El muy cabrón se echa a reír. Comenta que una pareja de policía ha pasado esta mañana por mi domicilio, pero no había nadie.

–Íbamos a buscarte al trabajo pero antes he preferido llamarte. Estamos en la entrada de tu oficina. Prefiero que bajes tú –me dice. Ahora soy yo el que sonrío. Le hago saber que no estoy en la ciudad. –Estoy en un viaje de trabajo. Salí ayer a las siete de la mañana. Puede preguntar a quien quiera. Ahora mismo estoy en una importante comida de negocios. Para más señas le diré que estoy en Barcelona. Y ahora si no tiene nada más importante que decirme, inspector, le agradecería que me permitiera seguir ocupándome de mis asuntos

El inspector permanece unos segundos en silencio. Ambos permanecemos callados.

–¿Puede usted demostrar que anoche no estuvo en Madrid? –pregunta. La voz le ha cambiado. No puedo ver su cara pero adivino cierto grado de ira, indignación y nerviosismo en su rostro.

–Por supuesto. En mi empresa y en el hotel donde me alojo puede obtener toda la información que precise –respondo con tranquilidad. Le doy la dirección del hotel. Me asegura que lo comprobará. Cuelga.

Vuelvo a entrar en el restaurante. En la entrada hay unos periódicos, sobre una pequeña mesa al efecto. Miro la portada de uno de ellos. “El asesino de mujeres actúa de nuevo en Madrid”, reza el titular. No puedo evitar leer el breve resumen de la noticia. Una mujer joven aparece degollada junto a su coche, en un garaje.

–Es horrible, ¿verdad? –dice una camarera del restaurante al ver mi rostro confuso, preocupado. La miro.

–Sí, es horrible –respondo–. Horrible.

Día 34

Después de dos días de confirmación de la estupidez humana en Barcelona, vuelvo a casa. El contacto con gente de otras ciudades me apoya en la idea de que Madrid no es esta la única zona del mundo donde la raza pierde cada vez más la identidad ganada tras miles de años de evolución. Es una mal endémico, generalizado, de nivel mundial.

En el tren de regreso llevo conmigo varios periódicos de tirada nacional. Leo toda la información relativa al último asesinato. La prensa, y al parecer la policía también, está convencida de que el autor es el mismo que en las anteriores ocasiones. "El crimen, acontecido en un céntrico barrio de la capital, suma una nueva víctima inocente al ya de por sí gran número de fallecidos y pone de relieve la presencia de un asesino entre nosotros. Y sin embargo nadie mueve un dedo para solucionarlo", comenta un político de la oposición en una entrevista. Patético. No tienen ni idea de lo que hablan. Empiezan a emplear mi obra como acto publicitario. Joder. No han entendido nada. Nunca serán capaces de entender nada.

Tras leer todos los artículos relacionados cierro los periódicos. Permanezco callado, con los ojos cerrados. Necesito pensar. Quiero imaginar que se trata sólo de una casualidad, pero algo dentro de mí me hace creer que no es así. Ese último asesinato, tan parecido a los míos, me pone nervioso. Creo que se trata de un reto. Alguien quiere decirme algo. Lo sé, lo intuyo.

Recuerdo la llamada del inspector. Sonríe pensando en su voz incrédula cuando supo de mi viaje, de mi estancia en Barcelona durante los acontecimientos. Dentro de unos días tengo una cita con el juez que lleva este caso. No tienen ninguna prueba contra mí, y esto último echa por tierra todas las expectativas de mi querido policía. Aún así no sé si debería alegrarme ante las circunstancias.

El tren avanza rápido, atravesando los campos de esta España medio moribunda, irreconocible ya, tras tantos años de gestión mediocre, imbecilidad nacional y estupidez redomada. Por fin llegamos al destino. Lo primero que hago al llegar a casa es llamar a Marta. Estoy deseando verla. Vivimos cerca, así que decidimos vernos. Quedamos en un bar cercano. La cuento mi viaje, hablo sobre mis aburridas reuniones y las ganas que tenía de verla. Ella habla sobre su día en el trabajo. Después me comenta algo del asesinato. Está asustada. Toda la ciudad está atemorizada ante la perspectiva de que un loco ande suelto por ahí.

Hablamos de eso durante un rato. Ella quiere saber mi opinión. Me vuelve a preguntar por Lorena. Vuelvo a explicarle que entre ella y yo no había una relación tan seria como la gente piensa. Tiene miedo. Marta tiene miedo, por ella, por el niño, por mí. La digo que no debe temer por nada, y menos por mí. No nos pasará nada. El problema, pienso, es que yo también me estoy empezando a asustar.

Día 35

Los acontecimientos se suceden como eslabones de una cadena frágil, fina, delicada. Tengo la sensación de que toda mi vida se puede romper en cualquier instante. Una circunstancia da paso a otra, como la ficha de dominó que cae por efecto de otra, eternamente, sin poder hacer nada para evitarlo. No puedo parar ese flujo de sucesos, que me desborda hasta apoderarse de mi vida por completo. Ahora mismo ya no soy dueño de mi vida, ni de mis actos. No controlo mi futuro, no puedo cambiar el pasado, y el presente se convierte en futuro tan rápido que mi "ahora" ya está obsoleto.

Han pasado algunos días desde que escribí por última vez en este diario. No he tenido demasiado tiempo para mí. Casi no he podido ver a Marta esta semana. Estoy nervioso. Duermo poco por las noches. Alguien pretende manipular mi vida. Descubriré quién pretende hacerlo y seré yo quien manipule su vida. Su muerte.

La cita con el juez fue rara. Allí estaba el inspector, mi querido inspector. Había también varias personas más que yo no conocía. Se me informó de que podía asistir allí con abogado. Renuncié a ello. Me hicieron varias preguntas sobre mi relación con Lorena. También me preguntaron acerca del resto de chicas. Noté sus miradas clavadas en mí. No era oficialmente un juicio pero yo sabía que me estaban juzgando... A mí. Por supuesto nada de lo que les dije podría haberme metido en líos. No existía ninguna prueba real que pudiera señalarme. El inspector ya no estaba tan seguro de mi culpabilidad. Ni siquiera yo estaba seguro de ser culpable de algo.

Pasé en esa sala un par de horas. La tensión del ambiente, las expresiones frías de sus rostros, las miradas acusadoras, las acusaciones sin mirarme, sus preguntas, mis contestaciones meditadas: la justicia injusta de este mundo.

Cuando salí de los juzgados era casi de noche. Estaba bastante lejos de mi casa y no me apetecía compartir el transporte hasta allí. Decidí ir en taxi. De camino pude pensar en todo lo que estaba ocurriendo en mi vida. ¿Quién era ese nuevo asesino? ¿Por qué ahora? Seguía pensando en él cuando llegué a mi casa. En el buzón pude ver algunas cartas. Había varias facturas y algo de propaganda. Mientras subía en el ascensor hasta mi piso, un sobre, sin dirección ni remite, llamó mi atención. Al principio lo había pasado por alto, imaginando que era propaganda. Pero un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando, al revisar por segunda vez toda la correspondencia, vi aquel sobre blanco, immaculado. Lo abrí lentamente, temeroso. En su interior sólo pude encontrar un papel doblado por la mitad, una nota escrita a mano, con tinta roja y en letras mayúsculas. El corazón latió con fuerza, acelerado, cuando leí el contenido del escrito: "¿Superará el discípulo al maestro?"

Permanecí varios segundos, o tal vez minutos, en pie, junto a la puerta del ascensor, callado, pálido mi rostro, según pudo afirmar el vecino que me sacó de ese estado con sus palabras.

–Tiene usted mala cara. ¿Pasa algo? Está usted blanco –comentó.

–No, nada. Creí haber olvidado algo importante –mentí con una sonrisa forzada en mi rostro, mientras dirigía mis pasos hasta la puerta de mi casa, aterrado.

Día 36

Leo la carta. La maldita carta. La leo una y otra vez. Me concentro en la frase escrita: "¿Superará el discípulo al maestro?". Quizá la carta no iba destinada para mí. Quizá alguien, simplemente, se equivocó de buzón. Tal vez la carta es una broma absurda, o un nuevo estilo de propaganda o...

Suena el despertador. Lo observo con mirada de desprecio. Estoy tirado en la cama, con la carta entre mis manos y el despertador emitiendo un sonido incesante y monótono. Ese aparato está sonando inútilmente demasiadas veces en estas últimas semanas. Duermo poco, demasiado poco. Tengo la sensación de ser un cadáver que se mueve de una punta a otra de la ciudad, buscando la forma de salir de aquí. La gente que me rodea, lejos de poder ayudarme, sólo serían capaces de hundirme un poco más en mi miseria. Marta es la única persona a la que puedo aferrarme, pero no quiero que sufra.

Salgo a la calle antes de lo normal. Decido caminar hasta el trabajo. Como siempre la brisa húmeda de esta mañana lluviosa me ayudará a despejarme. Después de andar varios pasos me quedo quieto. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Me giro rápidamente. Miro. Busco con mi mirada algo, alguien que pueda darme explicaciones, pero allí no hay nadie. Alguien más sale del portal de mi casa. Una de mis vecinas se dispone a empezar su jornada. Me saluda y anda deprimida. Pasan algunos coches. Vuelvo a girarme y continúo mi camino. Durante todo el recorrido tengo la sensación de que alguien me observa. Me vigilan. Varias veces me paro y busco rápidamente con la mirada pero no encuentro a nadie que me siga. O tal vez todos me están siguiendo. Sí, es eso. Todos me siguen. Toda esta maldita gente es la culpable de todo. Todos ellos saben lo que me está pasando. Toda esta población pestilente conoce mi sufrimiento y me hacen daño, más y más daño. Debería acabar con todos de una vez. Lo haré. Acabaré con todos ellos. Para eso estoy aquí.

Durante mi día de trabajo no dejo de pensar mi deseo profundo de acabar con ellos. No hablo con nadie hoy. No me levanto de mi sitio a tomar café. Eludo las conversaciones de grupo. Me esfumo. Soy un fantasma. He conseguido pasar desapercibido.

Voy en el metro hasta mi barrio. Parece que por fin ha dejado de llover así que voy a casa de Marta para recogerla y dar un paseo con el chaval. Hace fresco pero es bueno que el niño ande un poco. Paseamos por el parque, como casi siempre. Después, de vuelta a casa, paramos en una

cafetería y los tres nos tomamos algo tranquilos, relajados. Es sin duda el mejor momento del día. Cuando estoy con ella me siento mucho mejor. De repente, mis ansias y temores, mis miedos más profundos, se desvanecen. Ahora sólo importa ella.

Los acompaño a su casa. En el portal ella y yo nos besamos, cuando el chico no nos puede ver. Es un beso rápido, ardiente. Me dice que mañana podrá dejar a Alejandro con la abuela del niño. Dormirá allí. Quedamos para cenar mañana, en mi casa. Ya estoy deseando que llegue el momento.

Vuelvo a mi casa. Cuando entro en el portal siento nuevamente algo extraño en el ambiente. Acaba de empezar a llover otra vez, no hace ni dos minutos. Me gusta el olor a humedad. Miro el buzón. Veo una carta. Un sobre blanco, sin remite ni dirección. El pulso se acelera. Abro el sobre y leo allí mismo su contenido: "Qué chica tan guapa, Maestro. Sabia elección", leo en la nota que hay en su interior. Estoy furioso, lleno de ira. Pienso en Marta. Pienso en ir hasta su casa para protegerla. En ese instante me doy cuenta de que el sobre está mojado. Salgo corriendo a la calle. Corro por las calles adyacentes buscando alguien. Soy el único peatón que se está mojando bajo el aguacero. Desesperado vuelvo a mi casa. Me dirijo hacia los ascensores. Cuando paso por los buzones veo algo blanco salir del mío. Miro en su interior y veo otra nota. Maldita sea. Mierda. En la nota sólo hay una dirección y una hora, además de una pequeña recomendación: "No te molestes en salir corriendo otra vez". La dirección indicada pertenece a una calle muy cerca de mi casa. La fecha que aparece es la de mañana, a las ocho de la tarde. Creo que mañana tengo dos citas.

Día 37

Siempre se ha dicho que las cosas malas ocurren por estar en el lugar equivocado, en la hora equivocada. También las cosas buenas ocurren, de forma análoga, estando en el lugar correcto en la hora correcta. Mi cita con un desconocido, esta tarde, a las ocho, a cuatro calles de mi casa, puede ser cualquiera de las dos opciones. La incertidumbre me pesa. Alguien está intentando controlar mi vida, ser dueño de mis propios actos, manejarme. Posiblemente estar ahí sea un error, pero confío en mí lo suficiente como para solucionarlo. Acabará con él, sea quien sea.

Son las ocho menos diez minutos de la tarde. Hace ya un rato que ha oscurecido. Salgo de casa. Me dirijo hacia el punto de encuentro. Camino, seguro de mi mismo. La oscuridad jugará un papel determinante. No pienso dejarle hablar. No cometeré esa equivocación. Le clavaré mi cuchillo. Lo hundiré en su vientre y le veré morir. Mataré a ese discípulo, como se hace llamar.

La calle donde he quedado está muy cerca también de la casa de Marta. Ella debe estar a punto de salir. Dentro de una hora he quedado con ella en mi casa. Hoy será un gran día en mi vida.

Llego al lugar. Miro el reloj. Faltan dos minutos para las ocho de la tarde. Está oscuro. Allí no hay nadie. Espero. Bajo mi chaqueta siento el tacto de mi cuchillo. Miro a un lado y a otro. Estoy solo. Se trata de una vieja callejuela estrecha, con poca iluminación. Hay dos tiendas que están cerrando justo ahora. A lo largo de la calle hay algunos portales de viviendas y varios garajes. Sigo esperando.

Dejo pasar el tiempo. Pasan ya diez minutos de las ocho de la tarde. A lo lejos comienzo a oír el sonido de sirenas. Se acercan. En esta maldita ciudad, ese sonido se puede escuchar varias veces al día. Las sirenas se oyen más fuerte ahora. Miro hacia un extremo de la calle y veo aparecer un coche de policía. Va a pasar delante de mis narices. Otro más se aproxima varios metros detrás de él. El primero de los coches hace una maniobra y para el coche justo a mi lado. Dos agentes bajan deprisa. Uno de ellos me mira. Permanezco inmóvil. El otro pasa por detrás de mí y se introduce en la oscuridad de la entrada de garaje que hay a mi espalda. Le oigo gritar algo. El primero de los policías, casi gritando, me pide que permanezca donde estoy. Me empuja hacia una pared y me obliga a apoyar las manos sobre ella.

–Está muerta –dice el que está en la entrada del garaje–. Tiene varias heridas. Parecen cuchilladas.

Todo sucede muy rápido. No puedo ver lo que está pasando detrás de mí. Intuyo la llegada de varios agentes más. Las luces amarillas de una ambulancia hacen su aparición en la caótica escena. Uno de los policías me cachea. Mierda. Encuentran el cuchillo. Casi no puedo mediar palabra antes de que me esposen. Algunas personas curiosas comienzan a rodearnos, a varios metros de distancia. Los agentes piden que se alejen.

–Muy bien, hijo de puta. ¿Para qué coño quieres este cuchillo? –dice el policía que me ha esposado. Casi sin darme tiempo a explicarme me dirigen a empujones hacia el coche patrulla. Luego nos lo cuentan, en comisaría, dice otro. No entiendo nada. Miro de reojo hacia el garaje. Allí, tendida en el suelo veo la figura de una mujer. Empiezo a comprender. Me ha tendido una trampa. Ha sido él, grito. Pero nadie parece escucharme.

A trompicones entro en uno de los coches. Puedo levantar la cabeza y ver a las personas que se arremolinan alrededor de la escena. Entre ellas puedo distinguir una cara conocida. Ella está allí, mirándome, incrédula. Intento negar con la cabeza pero la puerta del coche se cierra antes de que pueda decir nada. El vehículo arranca. Agacho la cabeza y miro al suelo. Maldito hijo de puta, pienso.

Presto declaración en comisaría. Les explico que no tengo nada que ver con esa mujer. Les cuento que sencillamente estaba allí, dando un paseo. No sirve de nada. Los acontecimientos se suceden uno detrás de otro, ajenos a mi voluntad. Me trasladan a los calabozos de los juzgados. Son generosos conmigo y me dejan una celda para mí solo. Soy un preso importante, dicen. Estoy en prisión preventiva hasta que el juez analice las pruebas y decida algo. Por lo menos me dejan el

papel y un bolígrafo sobre el que escribo estas líneas. Me han engañado. Me han tendido una trampa. Cierro los ojos. Necesito descansar.

Día 38

Los calabozos del juzgado no son el lugar ideal para pasar un par de días. Allí dentro he visto pasar los engendros más asquerosos que este mundo ha tenido a mal en dejar caer por esta podrida ciudad. He tenido tiempo para pensar en muchas cosas. Sigo convencido de que mi constante lucha es la manera correcta de vivir. La humanidad completa sigue equivocada en sus valores y no cambiará jamás, porque no desea cambiar. En esta labor deberíamos estar unidos los que, como yo, comprendemos lo que está ocurriendo.

Este hilo de reflexión me lleva a pensar en el discípulo que me ha traicionado. Sé que fue él quien asesinó a esa mujer. Ha sido él quien ha hecho que acabe con los huesos en este estercolero de humanidad. Tengo que encontrarle. Es peor que el resto de la gente. No se conforma con una existencia inmundada. Quiere machacarme. Quiere evitar que haga mi labor. Tengo que matarle. Tengo que acabar con él.

Llevo horas pensando. Necesito saber quién es. Sabe dónde vivo. Me ha visto con Marta. Me conoce, me ha estudiado. De alguna manera tengo que haberle visto yo también. Quizá algún vecino. Tal vez alguien me ha visto pasear por el parque. He llegado a pensar hasta en mi querido inspector. Quién sabe. Detrás de la fachada más pacífica, a veces puedes encontrar sorpresas.

Estas reflexiones golpean incesantemente mi cabeza mientras espero mi salida de este agujero. Según comenta mi abogado saldré de aquí dentro de un rato. No han encontrado ninguna prueba. El cuchillo que llevaba no tenía ningún rastro de la víctima. Mis ropas no estaban manchadas de sangre. Básicamente se han dado cuenta de que no fui yo. Sería absurdo estar allí después del asesinato. Espero el momento de llegar a casa. Llamaré a Marta. No he querido hablar con ella estos días. No quiero que me vea de esta manera.

Las horas pasan interminables en mi celda hasta que, por fin, me permiten la salida. El juez no encuentra culpa en mí y salgo en libertad, sin cargos. La primera persona que me encuentro al salir es a mi querido amigo el inspector de policía. Se acerca a mí, despacio. Me mira. No me dice nada. Ambos nos miramos a los ojos. Dejamos que pase el tiempo, en silencio. Estoy a punto de mandarle a la mierda cuando se gira y, sin decir ni pío, dirige sus pasos hacia un coche aparcado junto a mí. Arranca. Le veo alejarse entre el tráfico.

Decido ir en transporte público hasta mi casa. Allí, rodeado de toda esa gente me agobio. Comienzo a mirar a todos, uno a uno. Intento grabar sus caras en mi memoria. Pienso que alguno de

ellos es mi discípulo, mi Judas personal. No puedo evitar la analogía con la historia cristiana de Jesús. Soy un Dios incomprendido y ya tengo mi traidor. Salgo del metro y dirijo mis pasos hacia mi casa. Entro en el portal y camino hasta el buzón. Espero ver dentro una nota de Judas. Abro el buzón lentamente. Hay varias cartas con membretes de bancos y publicidad. Entre ellas, un sobre blanco, immaculado, sin dirección ni remite. Lo abro. Leo la nota que hay en su interior: "No me lo tomes a mal, maestro. ¿Te gustó mi obra? Por cierto, no me busques en el metro. Yo nunca viajo en metro". La rabia se apodera de mí. Arrugo con mis manos el papel y aprieto los dientes con furia. Te cogeré, Judas, pero esta vez yo seré quien te ahorque a ti, traidor.

Día 39

Tras dos días intensos decido dormir hasta tarde hoy. Ayer pude hablar con mi jefe y pedir un día libre. Necesito descansar y reflexionar. Paso gran parte de la mañana en la cama. No hago nada. Sólo pienso. Casi a mediodía me doy una ducha. Dentro de un rato saldré a comer. He quedado con Marta. Hace varios días que no la veo. Ayer hable con ella por teléfono. La encontré bastante rara. No la culpo. Espero poder tranquilizarla.

Salgo de casa. Camino hasta una parada de autobús cercana. Espero paciente. Hace bastante frío. Subo la cremallera de mi chaqueta y meto las manos en los bolsillos. Una suave lluvia empapa despacio las calles. El otoño, el más frío del siglo, parece haberse instalado definitivamente en la ciudad. Una hilera de paraguas desfila delante de mis narices. La parada está repleta de gente esperando. Por fin aparece el esperado autobús. El tropel de gente sube de manera anárquica. Qué asco de humanidad.

El restaurante italiano donde he quedado con Marta está lleno de gente. La mayoría de ellos son trabajadores de empresas con oficinas en los edificios cercanos. Se creen grandes hombre que trabajan en grandes edificios, rascacielos. El centro de negocios de la capital está repleto de estos aprendices de empresarios. Ella y yo nos sentamos en una de las pocas mesas vacías que quedan. Agarra mi mano y me mira con cariño. Pensé que su actitud sería algo más distante. Sin embargo ella se muestra cercana y agradable. Hablo de lo que ha pasado en estos últimos días. Le explico que todo fue una confusión, una equivocación desafortunada de la policía. Ella escucha y asiente. Poco a poco veo desaparecer la sonrisa de su rostro.

La conversación casi se vuelve un monólogo en el que yo cuento algunas de las cosas que vi mientras estaba encarcelado. Pasamos casi dos horas hablando. Marta casi no abre la boca. Se limita a asentir y sujetar mi mano con fuerza. Me resulta un tanto extraño su silencio. Terminamos de comer y la acompaño un rato hasta su trabajo. Estamos a punto de llegar. De repente ella se para y

me mira.

–Alguien llamó anoche a mi casa. No me dijo su nombre. Sólo que tú sabrías quién era. Me dijo que me contarías exactamente esto que me acabas de contar. También me dijo que omitirías algunos detalles, como el del cuchillo. ¿Qué hacías tú con un cuchillo allí?

Ambos nos quedamos un rato en silencio. Intento explicarme. Intento decir que todo fue una coincidencia, pero Marta niega con la cabeza.

–Lo siento mucho –dice, casi en un susurro–, pero creo que prefiero estar una temporada sin verte. Lo siento.

Ella se aleja caminando. Quedo allí, de pie, inmóvil, durante varios segundos. Ira. Rabia. Odio. Enfurecido giro sobre mis talones y comienzo a caminar sin importarme la dirección. Ese maldito bastardo me está robando la vida. Me roba a Marta. Juro que lo pagaré caro. Muy caro.

Paso varias horas caminando sin cesar, sin rumbo fijo. Finalmente llego hasta mi casa. Entro en el portal y busco en el buzón. Espero encontrar una carta, una nota de mi Judas personal, pero esta vez no hay nada. Nada. Vacío. Mierda. Aprieto los puños con fuerza. Cierro los ojos. Mi cuerpo tiembla desbordante de ira. Subo a mi apartamento. Cierro la puerta tras de mí. Golpeo con fuerza una pared blanca, cerca de la entrada. Mi mano empieza a sangrar. No será lo único que sangre hoy.

Día 40

No ver una nota en el buzón me ha sacado de mis casillas. Ese maldito Judas ha conseguido desesperarme hoy. Marta no quiere verme, por lo menos en una temporada. Es increíble. No puedo saber por qué. Supongo que han ocurrido demasiadas cosas en poco tiempo. Ella debe cuidar de su vida, de su hijo. Yo debo empezar a cuidar de mí.

Salgo a la calle. Hace varias horas que la noche ha caído sobre la ciudad, pero estoy seguro de que él anda por aquí. Tiene que estar bastante cerca. Sabe todos mis movimientos. Se anticipa a ellos. Creo que me vigila constantemente. Hoy no caeré en la misma trampa. Voy completamente desarmado. Creo que mis manos serán suficientes. Confío en mí. Soy un tipo fuerte, fornido. Lo ahogaré con mis propios dedos. Miraré sus ojos cuando su vida se consuma y le susurraré cuando llegue su final. Mi voz será lo último que oirá. Esa es mi venganza.

Camino por las callejuelas de mi barrio. A estas horas soy un hombre solitario dando un paseo. Me cruzo con pocas personas. Las intento mirar a la cara, escrutar sus rostros a medida que pasan junto a mí. Sé que sabré reconocer al traidor cuando le vea.

El tiempo pasa rápido. Continúo mi búsqueda. Cada minuto que pasa la calle se vacía de la poca gente que había. Sigo caminando, sumido en mis pensamientos. No puedo quitar su imagen de

mi cabeza: Marta. Siento cada vez más rabia contenida dentro de mí. Espero el momento que explote. Deseo que toda mi ira salga cuando esté frente a Judas. La idea de ir sin ninguna protección cruza mi cabeza fugazmente. Sé que él irá armado. Sé que puedo acabar aquí, esta noche. También sé que puedo liberarme por fin de esta carga y continuar con mi obligación.

Ya no queda nadie por las calles. Miro mi reloj. Son casi las dos de la madrugada de un día de diario. La ciudad duerme por completo. Quizá me he equivocado. Tal vez hoy no lo veré. Decido tomar el camino que me llevará a casa. Iré despacio. No tengo miedo. Camino lentamente. Un paso. Otro paso. Mis pies marcan el ritmo lento de mi respiración. Tras una esquina aparece un hombre. Lleva una chaqueta y las manos metidas en los bolsillos. Mi cuerpo reacciona inmediatamente. Comienzo a respirar más rápido. No puedo evitar que mi corazón comience a latir con más fuerza. Estoy casi a su altura. Se dirige directo hacia mí. Le veo sacar algo del bolsillo. Creo que es un objeto metálico, aunque no puedo distinguirlo con claridad. No pienso nada más. Me lanzo sobre él y golpeo su cara con mi puño. Oigo un pequeño alarido saliendo de su garganta. Ambos caemos al suelo. Golpeo su cara sin parar, una y otra vez. No me detengo. Golpeo. Golpeo. Agarro su cabeza y la estrello contra la acera. Repito varias veces este movimiento. Un charco de sangre comienza a salir de su cráneo. No oigo ningún gemido ni queja. Me detengo. Lo miro. Busco su mano con mi mirada. Espero encontrar una navaja, o un cuchillo. Veo algo plateado. Lo cojo. Un precioso mechero de gasolina. Tiene una inscripción. Mierda. Me levanto. Busco alrededor. No hay nadie. Salgo de la escena lo más rápido posible. ¿Era él? Guardo el encendedor en mi bolsillo. El botín.

Mientras me alejo en dirección a mi casa pienso en la posibilidad de que fuera él. Quizá lo era. Quizá mi reacción violenta lo cogió desprevenido. Estoy cerca de casa. De repente siento un dolor agudo en la pierna izquierda. Una sombra se desvanece. Todo ocurre rápido. A lo lejos veo una figura correr. Intento salir en su busca pero me derrumbo. Miro mi pierna. Sangra. Tengo un corte profundo en el lateral del muslo. Casi no puedo andar. Me levanto, apoyado en un coche. Cojeo hasta mi casa. Noto la sangre resbalando por mi pierna.

Llego al portal. Debo subir y curarme la herida. Paso junto a los buzones. No es el mejor momento para mirar el correo pero sé que debo hacerlo. Miro. Ahí está su maldita nota. Decido subir a casa y leerla cuando esté dentro. Lo primero que hago es curar la herida. Es perfecta. No ha cortado ninguna parte vital. Aplico desinfectante y un fuerte vendaje sobre la herida. Me dolerá varios días, pero no me puedo permitir acudir a un hospital. No ahora mismo y él lo sabe. Tomo la nota y la leo: "Un recuerdo para mi maestro". Arrugo la nota y la lanzo contra la pared. Es la primera vez que tengo miedo.

Día 41

El dolor en mi pierna no me permite dormir. De nuevo paso otra noche despierto por completo. Creo que me estoy volviendo loco. Debo hacer algo para solucionar esta situación. Hoy intentaré hablar con Marta. Intentaré explicarle que alguien me está tendiendo una trampa. Después necesitaré pensar en la forma de encontrarle y matarle.

Mientras estoy en la ducha, recuerdo al tipo al que rompí la cabeza contra la acera la pasada noche. Supongo que estará muerto. Espero que lo esté. Podría complicarme algo las cosas. Me vio la cara. Estoy seguro de que me podría reconocer. ¿Y si está vivo? ¿Y si testifica? Terminó mi ducha. Cuido la herida de mi pierna. Salgo de casa. Me dirijo directamente hacia el quiosco. Debo buscar algo en los periódicos del día. Tengo que saber si ese hombre está vivo o no. Hoy tampoco está el hombre mayor que suele atender el quiosco. Vuelve a estar el muchacho joven. Me intereso por la salud del anciano. El chico joven me dice que está bien, pero algo mayor.

–Seguramente –dice– me tocará venir a mí bastante a menudo. La edad no perdona. Pero no se preocupe, si necesita cualquier cosa puede contar conmigo. Ya sabe: que le guarde periódicos o revistas de su interés...

El muchacho parece bastante agradable. Compro mi periódico y me alejo. Busco entre las páginas de la sección local. No hay ninguna referencia al suceso de la noche anterior. Era bastante tarde. Nuevamente la prensa escrita llega tarde a la noticia.

Camino hasta el metro. Vuelvo a estar rodeado de gente asquerosa en el andén. La misma imagen se repite día tras día. Algunas de las caras que veo me resultan bastante familiares. Otras caras son completamente nuevas. Realmente da igual que las caras sean nuevas o viejas. Sus comportamientos son exactamente iguales. Puedo ver cómo un tipo de mediana edad, vestido con un traje que no logra esconder su prominente barriga, no aparta la mirada del culo de la chica rubia y joven que hay justo delante de él. Casi puedo adivinar sus pensamientos ahora mismo. La está desnudando. Se la imagina a cuatro patas encima de su cama. Se la imagina desnuda esperando recibir sus brutales investidas, gimiendo de dolor y de placer al mismo tiempo. Ella pidiendo que se lo haga más fuerte y él entrando en su cuerpo sin importarle nada, ni nadie.

De repente, mientras imagina esto, la imagen de su mujer aparece en la escena. Entonces puedo ver sus ojos repletos de desesperación. Lleva quince años casado y follando con la misma. Antes lo hacían todos los días. Al principio él se masturbaba en la ducha pensando en ella. La amaba. Ahora amaría a cualquier chica joven, guapa o fea, que estuviera dispuesta a dejarse follar. Reviso las caras de toda la gente que espera en ese andén. Todos son exactamente igual de desgraciados.

Por fin puedo llegar a la oficina. Puedo sentarme tranquilo, lejos del ajetreo del transporte

público de esta mierda de ciudad. Lejos del agobio del metro. Cerca del agobio de mis compañeros de trabajo. Nada es perfecto. Enciendo mi ordenador y navego por la red. Busco noticias sobre el tipo de anoche. Por fin, en la sección local de un prestigioso periódico nacional, puedo ver la noticia. El tipo no ha muerto. Lo encontraron tirado en la acera de una madrileña calle, con el cráneo destrozado. Pero no está muerto. Su estado es de gravedad, continúa la noticia, pero los médicos son optimistas y creen que se recuperará. A pesar de estar divorciado, dice, la madre de su hijo no se ha separado de su lado ni un momento. Junto al texto aparece una foto de la mujer en una habitación de hospital. Observo la foto. No puedo creer lo que veo. Marta aparece allí, de pie, junto a la cama de aquel tipo.

Día 41 (segunda parte)

Casi no he podido trabajar nada hoy. Ver la imagen de Marta en el periódico, junto al hombre herido... no sé que pensar. Apago mi ordenador. Salgo de la oficina andando despacio. Camino por la calle, esta vez sin dirección alguna. Quiero hablar con ella. Necesito hablar con ella. Decido ir a mi casa andando. Cojo mi teléfono. Marco su número. Oigo su voz al otro lado de la línea. Me saluda con frialdad. Me dice que en ese momento no puede hablar demasiado conmigo. –Te he visto en el periódico. Lamento lo de tu ex marido –digo mientras ella permanece callada. –Tengo que dejarte ahora –me dice. Cuelga. Sigo caminado despacio. Tardo casi dos horas en llegar a mi casa. La oscuridad ha caído sobre la ciudad. Aún hay bastante gente por las calles. Madrid tarda mucho en irse a dormir. Dudo, incluso, que alguna vez duerma.

Llego al portal de mi casa. Arrastro mis pies hasta el buzón. Recojo la correspondencia. Propaganda y alguna factura. Nada más. No sé si sentirme aliviado o no. Casi estoy deseando encontrarme con Judas y devolverle sus 30 monedas. Abro la puerta de mi casa. Entro. Enciendo la luz. Allí, a unos cuantos centímetros de la puerta hay un sobre blanco. Sé lo que es. Lo sé antes de leerlo. Esta vez ha metido el sobre por debajo de la puerta de mi casa. Ha estado al otro lado de esta puerta. Abro el sobre. En su interior, impresa en blanco y negro, la foto de Marta junto a la cama de hospital. Al dorso, escrito a mano, con tinta negra: "No supiste hacer bien tu trabajo maestro. Ahora él está vivo. Puede reconocerte. Y ella está con él. ¿Qué harás al respecto?".

Día 42

De copas. La empresa ha tenido una genial idea hoy: invitar a sus empleados a una gran comida y después llevarlos de copas por Madrid. Tengo que pasar un montón de horas rodeado de

estos tipos grises, monótonos, angustiados. Una reunión social de empresa. Una demostración más de lo triste que puede resultar el ser humano en determinadas circunstancias. En la mayoría de circunstancias.

Algunos, los más astutos, consiguen escaparse con algunas tretas que me dejan asombrado. Ponen excusas como ir al médico o que su mujer está enferma. Joder, uno ha dicho que tiene al perro solo en casa. Yo, sin embargo, iré. No podría inventar una excusa tan mala como la del perro de mi compañero. Tendré que aguantarles.

Varios de los empleados, o más bien debería decir acólitos de los jefes, no han dejado de sonreír desde que llegáramos al restaurante. Es bastante penoso verles arrastrados por el suelo, sobre el fango, intentando conseguir la aceptación, el beneplácito, de sus superiores. "Llegarás lejos en esta empresa", le afirma un subdirector a un pobre currante lameculos. La pena ha sido ver la cara del lameculos, su sonrisa de satisfacción, su aire de poder, desde el momento en el que ha sido bendecido con tan altas palabras.

No recibo ningún tipo de arena inspiradora para mi vida. Mi cabeza está bastante alejada de este entorno. Algunos de mis compañeros aún piensan que mi comportamiento, raro para ellos, se debe al doloroso golpe sufrido tras la muerte de Lorena. Nadie sabe lo de mi encarcelamiento temporal. Todos piensan que fue una gripe lo que me mantuvo en cama durante tres días. Miro alrededor. Cerca de mí hay un par de chicas guapas, de esas con cuerpos preciosos. Toda la empresa ha soñado con tirárselas alguna vez. La mayoría de mis compañeros se masturban pensando en ellas. Tienen fantasías en las que se las follan en una sala de reuniones vacía, o incluso en el ascensor. Algunos hasta te lo cuentan. Ellas nunca hablan de ese modo, pero sus mentes también imaginan sexo con sus compañeros. Supongo que la humanidad jamás podrá desprenderse de su ascendencia simia.

Después de la comida nos dirigimos a un bar, a tomar alguna copa. Allí, de pie, se forman varios grupos de conversación. Yo hablo con tres de mis compañeros más allegados. Tonterías, gilipolces. Las dos guapas están rodeadas de varios tipos, casi ya borrachos. La escena es patética. Una de ellas es nueva y varios de ellos intentan hacerse los graciosos. Me ponen enfermo.

Miro hacia otro lado. Allí la escena no mejora. Los jefes beben grandes copas mientras sonríen con satisfacción. Se creen superiores. Alguno de ellos habla por el móvil. "Sí cariño sí, luego te veo en casa. Te quiero", oigo decir a uno de ellos que lleva todo el rato mirando las tetas a su secretaria.

Ninguna de las conversaciones me interesa lo más mínimo. Estoy a punto de irme. De repente, en la conversación de al lado, oigo algo interesante. "¿Habéis oído la noticia? El tipo que estaba en coma ha despertado". Lo está diciendo uno del departamento de informática. Esa gente suele pasarse el día navegando por páginas, aburridos, esperando que ocurra algo interesante.

Seguramente será verdad. Mierda.

Decido despedirme de mis compañeros e irme. Tengo que pensar qué hacer. Debería ir al hospital y acabar con él definitivamente. Pero no sé en qué hospital está. Creo que la noticia que leí no lo decía. Tendré que buscar esa información. Llego a mi casa dispuesto a buscar en Internet todo lo necesario. Dentro de mi casa vuelvo a ver un sobre cerrado en el suelo, junto a la puerta. Lo abro. En su interior sólo hay escrito el nombre de un hospital y un número de habitación. Judas hace sus deberes mejor que yo, por lo que veo.

Día 43

El trayecto en taxi, aunque corto en distancia, se ha hecho eterno. El taxista, un hombre delgado, completamente calvo, de mediana edad, ha resultado ser uno de esos tipos que tienen la extraña virtud de hacer que un viaje de veinte minutos se convierta en una pesadilla. Ha decidido compartir conmigo sus problemas familiares y económicos. También se ha propuesto arreglar la política del país e instaurar, mentalmente, la pena de muerte para la mayoría de delincuentes.

Por fin he podido llegar al hospital. En la habitación 416 está mi objetivo. Aún no tengo muy claro cómo debo hacerlo. Primero quiero observar la situación. Paso frente al mostrador de recepción con la seguridad de un hombre que sabe a dónde va, o que lo hace a menudo. Subo hasta la cuarta planta. Doy un paseo por el pasillo, revisando todos los números de habitación. La mayoría de las puertas están cerradas. Llego a la 416. Miro. La puerta está abierta. No se oye ninguna conversación en su interior. Me detengo. De repente, detrás de mí, una voz conocida. Me giro. Allí está Marta, mirándome extrañada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con voz firme.

—Hola Marta. Te estaba buscando. Necesitaba hablar contigo. Suponía que podría encontrarte aquí, junto a él —miento. Acabo de inventar una mentira. Iba a matar a tu ex marido, Marta. Lo iba a asesinar para que no pudiera reconocerme. Para que no pudiera decirle a nadie que aplasté su cráneo contra la acera, porque le confundí con un maldito loco que pretende acabar conmigo.

—Dime qué coño haces aquí. Eres un gilipollas.

—Marta, tienes que escucharme. He venido para explicarte qué está pasando. Alguien quiere hacerme daño, y a ti también. Por eso te llamaron por teléfono. Alguien, no sé quién, quiere apartarme de ti, de todo lo que tengo. Y creo que es la misma persona que le hizo esto a él.

—Él no recuerda nada de lo que pasó. Los golpes le impiden recordar. ¿De qué me estás hablando? Estoy harta de ti y de todo esto. No quiero volver a verte nunca más. Si te vuelvo a ver cerca de mí, llamaré a la policía.

–Pero yo intento ayudarte.

–Vete. Vete de aquí. Para siempre.

Ella entra en la habitación. Me quedo allí, de pié, solo. Espero unos segundos. Doy media vuelta y me dirijo a la salida. Ya no tengo mucho más que hacer allí. Por lo menos sé que él no se acuerda de nada. Pero la he perdido. Para siempre. La he perdido para siempre. Salgo del hospital caminando. Voy hasta una parada de taxis. Subo en uno. Quiero ir al cementerio. Necesito ver a mi madre. Hablar con ella. Ella sabrá guiarme. Ella sabrá lo que tengo que hacer.

Permanezco casi una hora junto a la tumba de la única persona que no me falló en mi vida. A la salida paso frente a la tienda de flores. Hay alguien en su interior. Tiene el mismo nombre. Entro. Es otra chica joven. También es atractiva. Me mira. Mira su reloj. Entiendo que está a punto de cerrar. Son casi las ocho de la tarde. La miro. Tiene cierto parecido con la anterior dependienta. Creo que son hermanas. No digo nada. Doy media vuelta y salgo por la puerta. Puedo ver su cara desconcertada al salir por la puerta.

Decido coger el metro hasta mi barrio. Mientras camino hacia mi casa me cruzo con el joven que lleva el quiosco últimamente. Vive por la zona. Nos paramos a charlar. Pregunto por el viejo. Me dice que está algo mejor, pero que posiblemente no vuelva al quiosco.

–¿Sabes lo del hombre que aplastaron el cráneo? –dice.

–¿A qué te refieres?

–Acaban de decirlo por la radio. Ha muerto hace unos minutos. Un escándalo. Parece que un médico del hospital se ha vuelto loco y le ha clavado un cuchillo.

Me quedo paralizado al oír la noticia. No lo puedo creer. Nos despedimos. Camino hasta mi casa. Busco en el buzón. Un sobre blanco. Esta vez no ha subido a casa. Lo abro. Una nota, escrita a mano: "Sabía que no serías capaz de hacerlo. Tranquilo, ya me he encargado yo". Intento imaginar cómo. Creo que admiro a ese tipo. Creo que admiro a Judas.

Día 44

Despierto. Un conocido soniquete penetra en mis oídos. Oigo sonar mi móvil. Dejo que suene durante varios segundos. Miro el reloj. Son las nueve de la mañana de un domingo. Joder, ¿quién coño será a estas horas? El teléfono sigue insistiendo en su llamada. Espero que deje de sonar para poder seguir en la cama, tranquilo. Por fin, el silencio.

No han pasado ni dos minutos cuando vuelvo a escuchar la incesante melodía. Me levanto. Camino hasta el salón. Busco el móvil. Está tirado en el suelo, junto a una botella de vino vacía. Mi cabeza está a punto de estallar. Siento ganas de vomitar. Recojo el móvil. En la pantalla del teléfono

no puedo ver quién llama. No se muestra ningún número. En cambio veo un texto: "Número desconocido". Odio este tipo de llamadas. Náuseas. Todo gira alrededor. Me siento en el suelo, junto a la botella vacía. Respondo a la llamada.

–¿Diga? –Respondo, con mi voz ronca, de resaca.

–Vaya maestro, pareces algo cansado. Tienes mala voz -la voz que suena al otro lado del teléfono es la de un hombre, grave, seguro de sí. Es Judas.

–Maldito cabrón. ¿Cómo coño has conseguido este número?

–Maestro, eso no es importante ahora. No obstante te diré que es increíble lo que se puede llegar a conseguir con algunas llamadas y algo de imaginación.

–¿Quién eres? ¿Qué coño quieres? –Mi voz es ahora seca, dura. Deseo matar a ese hombre. Atravesarle con mi cuchillo y acabar con esta pesadilla para siempre.

–Tendrás oportunidad de conocer a tu discípulo, si así lo deseas.

La idea de verme las caras con él consigue despejarme un poco. La conversación es breve. Me dicta una dirección y una hora. Esta tarde, a las ocho. Recuerdo que en esta época del año comienza a anochecer a las seis y media, más o menos. Así que será una cita en un parque alejado del bullicio, con la oscuridad ocultándonos. Seguro que es un truco. El muy cabrón es listo. Lo prepararé todo. Esta vez seré yo quien te atrape a ti, Judas. Me suplicarás clemencia. Pedirás perdón.

Hacia las cinco de la tarde me presento en el parque. Hemos quedado en unos bancos, cerca de una conocida estatua. Hay mucha vegetación alrededor. No hay demasiada gente. Llevo una pequeña mochila con un libro, un periódico y un par de cuchillos. Esta vez no cometeré el mismo error. Observo la zona. Decido dejar la mochila detrás de unos arbustos, junto al camino. Justo detrás de los bancos. No parece visible a simple vista. Afortunadamente se trata de una zona poco transitada. Algún deportista corriendo pasa cerca mientras coloco mi mochila, pero ni se molesta en mirarme. Está más ocupado intentando parecer un tipo en buena forma física.

Antes de colocar la bolsa en su sitio, saco el libro. Me siento en uno de los bancos. Tengo casi tres horas por delante. Un par de horas de luz y luego la oscuridad. Comienzo mi lectura. Una pareja pasea por allí. Van cogidos de la mano. Encantador, pienso irónicamente. Al verme parecen contrariados. Seguramente querían estar un rato solos, allí. Son jóvenes. Se desean. Deberán ir a meterse mano a otra parte.

Pasan las horas, lentas, agonizantes. Por fin oscurece. Miro el reloj. Falta casi una hora para mi cita con Judas. Ya no puedo seguir leyendo. La mortecina luz de una farola cercana no es suficiente para continuar mi lectura. Cierro el libro. Permanezco allí sentado, a la espera. Hace ya mucho rato que no pasa nadie. Ni parejas, ni deportistas. Dejo pasar el tiempo.

Son casi las ocho de la tarde. La temperatura comienza a bajar. A lo lejos, por el camino, veo

la figura de un hombre. Mis músculos se tensan. Me levanto. Me acerco a un lado del camino. Permanezco de pie. No aparto la mirada del arbusto tras el que escondí mi bolsa con los cuchillos. El hombre camina hacia mí, despacio, atemorizado. Por fin llega a mi altura. Me mira. Los dos permanecemos en silencio unos segundos.

–Hola, maestro –dice con un extraño tono de voz. Se trata de un hombre moreno, delgado, no demasiado alto. No parece un tipo fuerte. De un vistazo observo que no hay nadie alrededor.

–Te imaginaba distinto, Judas.

–Escucha...–antes de que continúe hablando me lanzo sobre él. Golpeo su cara con todas mis fuerzas. Parece sorprendido. ¿Qué coño te piensas que ocurriría? Intenta zafarse de mí, pero vuelvo a golpear con todas mis fuerzas. Una y otra vez. Cae al suelo, medio atontado. La sangre mana a chorros de su boca. Le oigo balbucear. Creo que intenta decirme algo.

Me levanto. Él permanece en el suelo, con los ojos cerrados. Intenta incorporarse. Le doy una patada en la cabeza. Vuelve a derrumbarse. Creo que está inconsciente. Sin apartar la vista de ese deshecho humano recojo mi mochila. Saco uno de los cuchillos. Vuelvo a mirar a ambos lados. No hay nadie. Me acerco a él. Empieza a despejarse. Abre los ojos.

–Espera, por favor.

Hundo mi cuchillo en su pecho. Le observo abrir los ojos. Le miro. Cierra los ojos lentamente. Extraigo el cuchillo. Un chorro de sangre sale de la herida y luego nada. Por fin su corazón deja de latir. Me levanto. Limpio el filo de mi arma con su ropa. Lo guardo en mi bolsa. Camino hacia la salida del parque. Una leve sonrisa se dibuja en mi rostro.

Una hora después llego a mi casa. No hay notas en el buzón. Tampoco ninguna debajo de la puerta. Te he matado, Judas. Esperabas otra cosa de nuestro encuentro, pero yo te he matado. Me siento tranquilo en mi sillón. Por fin soy un hombre libre. Comienzo a pensar en todo lo que ha pasado. A pesar de mi felicidad hay algo en todo esto que no me cuadra. No veo el fallo, pero una extraña sensación de miedo vuelve a crecer en mi interior.

Suena el teléfono. Extrañado, miro la pantalla. Es un número desconocido. Lo sé. Lo sé antes de descolgar. Mierda. Descuelgo.

–Diga –susurro.

–No esperaba menos de ti, maestro. Pero ese pobre hombre no tenía culpa de nada -su voz. Otra vez su voz. No puede ser. Rabia. Odio. Grito de desesperación a la vez que lanzo mi teléfono contra el suelo con todas mis fuerzas. Pequeñas piezas saltan del móvil roto mientras caigo desesperado al suelo. Maldito seas, Judas.

Día 45

El frío de la mañana entumece mis músculos. Llevo caminado varias horas, durante la noche. He visto amanecer sobre esta ciudad. He visto morir un día y nacer otro. He visto las caras moribundas de los despojados humanos de la ciudad. De las personas que dejaron de parecerlo hace años. De esos hombres y mujeres tapados con cartones, durmiendo expuestos a las inclemencias del clima. Para el mundo es escoria barata de una ciudad que rebosa basura. Para mí no son distintos al resto de la gente. Restos de una raza abocada al exterminio. Intenté hacer algo por vosotros y vosotros me queréis desterrar. Habéis mandado a Judas a por mí porque me odiáis, porque no soportáis que os guíe por el buen sendero. Mi destrucción será vuestra pérdida.

Paso delante del quiosco. El joven vendedor de prensa me saluda con la cabeza. No parece hacerme demasiado caso. Me acerco. Busco con la mirada los titulares de la prensa del día. Un par de periódicos de tirada nacional sacan en primera página la noticia de la muerte de un hombre ayer, por la tarde, en un conocido parque público madrileño. Compro un par de ejemplares. El chico está bastante atareado colocando algunas revistas nuevas. Se interesa por mí, me pregunta qué tal estoy, aunque casi sin dirigirme la mirada. Realmente yo sé que no le intereso nada. Sólo está siendo amable porque no quiere que le compre periódicos a otro. Él mira por su negocio. Yo miro por mí. Le respondo cortés. Pago. Doy media vuelta y me voy.

Llego al trabajo caminando. Mi aspecto físico es deplorable. Llevo un par de días sin afeitarme y visto la misma ropa que ayer. Tengo ojeras. Miro mi cara en el espejo del ascensor. Siento lástima de mí mismo. Conmigo sube una mujer de mediana edad. Puedo oler su perfume. Está bien vestida. También sube un tipo trajeado. Lleva un maletín de la mano. Su traje está impecable, sin una arruga. Yo llevo unos pantalones vaqueros manchados, una camisa maloliente y una chaqueta sucia. Es la misma ropa con la que ayer asesiné a ese hombre en el parque. Ambos me miran con desprecio. Los miro. No digo nada. El ascensor emite un leve sonido cuando llega a mi planta.

Entro en mi oficina. La gente me observa extrañada. Imagino que mi aspecto, siempre tan cuidado, les sorprende. Cuando estoy llegando a mi mesa el jefe se acerca a mí. Quiere que vaya a su despacho. Maldita sea, seguramente tenga que aguantar una bronca por mi vestimenta. Entro. Allí está también el director de la oficina de Madrid. Lo sé todo antes de que me lo digan. La conversación dura poco. Me despiden. Me dan un cheque con el finiquito. No quieren volverme a ver. Dicen que no están contentos con mi rendimiento. Les miro a la cara. Escruto en su mirada. Veo odio. Me odian. Todo el mundo me odia.

Recojo algunas cosas de mi mesa. No me despido de nadie. Salgo por la puerta. No miro hacia atrás. No quiero saber nada de nadie, nunca más. La humanidad entera busca su propia destrucción. No confían en mí. Yo tampoco confiaré en vosotros.

De vuelta a mi casa recuerdo que me he quedado sin teléfono móvil. Judas hizo que lo rompiera lanzándolo contra el suelo. Compró otro. Mantendré el mismo número. Dedicaré todos mis esfuerzos a dar con él. Tengo que acabar con él. Después todo será distinto.

Día 46 (4 de la mañana)

Las noches pasan lentas, silenciosas, mientras me arrastro desde la cama hasta el baño, y de vuelta a la cama. Cierro los ojos. Intento dormir. Náuseas. Cada vez más fuertes. No lo puedo soportar más. Otra vez arrastro mi cuerpo hasta el retrete. Arcadas. Intento vomitar, sacar de mí esta parte que no me deja vivir, pero sólo consigo ese sabor amargo de la bilis. Amargura que denota mi autodestrucción. Mi final.

Llevo cuatro días encerrado en casa. Espero una solución, pero no llega. Intento mantener clara mi cabeza para ver la salida, pero no puedo buscarla. No soy capaz de dormir. El insomnio me impide pensar con claridad, y la ausencia de ideas me impide dormir. Estoy atrapado dentro de este cuerpo, antes perfecto, putrefacto ahora. Yo lo tenía todo. Todo. Os controlaba a todos. Podía arrebatáros la vida si quería. Podía dejaros seguir viviendo, si así lo deseaba. En cambio ahora estoy aquí, perdido, esperando mi muerte. La espero, sí. Espero que llegue, con su velo negro, y me lleve con ella. Espero obtener las respuestas en mi último viaje. Espero ver su calavera, su guadaña, saber reconocerla y aceptar mi fracaso.

Día 46 (6 de la mañana)

Veo la solución. Aún no he fracasado. No estoy perdido. Sé lo que tengo que hacer. Sé lo que debo hacer. Llevo varios días esperando una señal, algo que me indique el camino. Espero que Judas venga a mí. Estoy equivocado. Ahora lo veo. Ahora lo entiendo. Yo debo salir a buscarle. No debo dejar que me encuentre. Debo encontrarle yo a él.

Son las seis de la mañana. Aún es de noche. Me asomo a la ventana. Nadie pasea por la calle. La ciudad duerme. Si Judas está ahí fuera, lo encontraré. Visto mi cuerpo con la primera ropa que encuentro tirada en el suelo. Busco mis armas en los cajones. Salgo a la calle. Debo caminar hasta encontrarle. No volveré a pisar mi casa hasta terminar con él.

Día 47

He pasado todo el día caminando, buscando. Todo el mundo es sospechoso, pero estoy seguro de que aún no lo he visto. Sé que cuando lo vea lo sabré. Imagino su rostro. Imagino un hombre fuerte, ojos inteligentes. Debe ser alguien especial. Casi ha podido conmigo, pero esta vez yo ganaré.

Son las once de la noche. Aún no he comido. No lo necesito. Tampoco dormir. Primero acabaré con mis propios demonios y luego acabaré con él. Sigo andando. Casi no hay nadie por las calles. Pero él está ahí, seguro. Me paro en un cruce. Son pequeñas callejuelas cerca del centro. Cerca del bar donde murió la camarera. Espero. Permanezco allí, quieto, expectante.

Dejo pasar los minutos. Tal vez las horas. El tiempo es algo completamente ajeno a mí. Mi móvil vibra en mi bolsillo. Miro la pantalla. Es un número desconocido. Descuelgo.

–¿Diga?

–Deberías abrigarte. Estas noches son frías.

–Maldito seas Judas -maldigo su nombre. Maldigo el momento en el que nació—. Voy a acabar contigo –susurro.

–Puede ser, maestro. Si no acabo contigo yo antes. Tienes mal aspecto. Ya te lo dije la última vez. No te cuidas...

Miro alrededor. Él tiene que estar cerca. Tiene que estar muy cerca. Las calles están vacías. A lo lejos veo pasar una figura. Distingo el cuerpo de una mujer. No, no puede ser. Él es un hombre. Pero allí no hay nadie. Vuelvo a escuchar a través del teléfono.

–Dónde estás –digo con rabia.

–No pensarás que soy tan tonto como para decirlo, ¿verdad?

Camino desesperadamente. Voy hasta otra calle. No hay nadie. Vuelvo. Al pasar junto a un coche veo la figura de un hombre en su interior. Está hablando con un móvil. Le miro. Me mira. Cuelga el teléfono. Se queda paralizado. Me doy cuenta de que llevo mi cuchillo en la mano. Debo haberlo sacado inconscientemente. Dejo caer el teléfono y me lanzo hacia la puerta del conductor. Él intenta arrancar el coche. Soy mucho más rápido. Abro la puerta. Forcejamos. Él no dice nada. Intenta golpearme. Meto medio cuerpo en el coche. Mi mano izquierda sujeta la suya. Estoy casi a horcajadas sobre él. Mi mano derecha se acerca a su costado. Emite un pequeño gruñido. Empujo el cuchillo hacia dentro. Noto la sangre caliente manar de su herida. Intenta forcejear, esta vez con menos fuerza. El movimiento hace que mi cuchillo le cause destrozos internamente. De repente queda paralizado. Le miro. Saco mi cuchillo de su costado. Lo acerco a su cuello. Acabo el trabajo.

Es él. Es Judas. Lo sé. Ante mí veo un hombre muerto, degollado, acuchillado. Veo mi mal, mi enemigo muerto. Mi victoria. Salgo del coche. Corro. Estoy empapado en sangre. Debo correr

hasta mi casa. Mientras corro imagino mi nueva vida. Quiero gritar de alegría. Mañana podré ser yo mismo otra vez. Sigo corriendo con el cuchillo en mi mano, sumido en mis propios pensamientos. Un dolor intenso llena mi cabeza. Caigo al suelo. Casi no puedo ver qué ocurre a mi alrededor. Golpes. Dolor. Luces azules. Un tipo me grita. Sujetan con fuerza mis manos. Doy una patada a mi atacante. Es lo último que recuerdo.

Despierto. No sé dónde estoy. Una habitación. Dos tipos con uniformes de policía están en la puerta. Un tipo con bata comenta algo a los dos hombres. Estoy esposado a la cama.

–¿Que hago aquí? ¿Qué ha pasado?

–Estás detenido, hijo de puta. Por asesinato. Cierra la puta boca. Cuando salgas del hospital irás directo al calabozo. Estás perdido, jodido asesino psicópata.

Día 47 (por la noche, en mi celda)

El inspector ha venido a verme. Una extraña sonrisa se dibujaba en su cara. Soy el presunto asesino de un pobre hombre que estaba en su coche. Además, me dice, me van a intentar achacar todos los asesinatos. Creen que soy un loco asesino en serie.

Me da igual. No pienso declararme culpable, por supuesto, pero me da igual. Ahora mismo estoy completo. Soy Dios otra vez. Nada podrá detenerme. Nada podrá hacer que cumpla mi cometido. Podré esperar para hacerlo. Soy Dios. Soy inmortal. Tengo toda la eternidad para acabar mi trabajo.

–Ese hombre, el del coche, era un maldito asesino. Él era el asesino –digo con desprecio–. Era Judas.

–Ese hombre, desgraciado, era un don nadie. Y a ti se te va a caer el pelo.

Ahí acabó mi conversación con el inspector. Se dio la vuelta y se fue. Ahora estoy solo en mi celda. No llevo ni un día. Pero todo lo que tiene un principio, tiene un final. El fin de mis días negros está cerca, y la gloria vendrá a mí cuando salga de aquí.

Día 48

El silencio de las noches en la cárcel puede llegar a volverte loco. Los presos pasan horas preguntándose cómo han llegado allí. Algunos se compadecen. Otros sólo piensan en salir. De vez en cuando un gemido rompe la quietud. Algunos novatos rompen a llorar. Otros simplemente suspiran por la libertad. Yo, sin embargo, soy feliz. Estar aquí me dará tiempo para pensar en mi futuro. Judas está muerto. Yo estoy vivo. He vencido. Aún recuerdo su cara, su sangre resbalando

por mis manos, sus ojos detrás del cristal del coche. Yo gano.

Todavía no se ha celebrado el juicio. Estoy en prisión provisional. El juez dictaminó que debía ingresar aquí. Me creen peligroso. Todos son peligrosos. Todo el mundo es capaz de asesinar sin piedad. Sólo necesitan un motivo. Un buen motivo y una buena coartada es suficiente. Cualquier persona es un asesino en potencia. Una madre mataría por proteger a su hijo. Un buen novio mataría por proteger a su novia. Un soldado mata por salir vivo de un combate. El mundo está lleno de asesinatos. Dejamos morir gente en las calles. Les asesinamos cruelmente. Permitimos que países enteros mueran de sed y hambre. Dejamos que asesinos en masa dirijan nuestros gobiernos. Pero lo aceptamos. Aceptamos esas muertes porque nos dan vida a nosotros. Una vida mejor, más plena y más rica. Todos somos asesinos.

Llevo un día entero aquí dentro. Nadie se ha atrevido a dirigirme la palabra. Escoria inmunda. Tienen miedo. Creen que estoy loco. Que soy un psicópata. Los periódicos anuncian a bombo y platillo que el asesino psicópata ha sido detenido. No. Están equivocados. Yo no estoy loco. No soy ningún loco. Ellos están locos. Todos estáis locos. Yo sólo soy la mano de Dios en la tierra. Yo soy El Salvador.

Me permiten tener material de escritura en mi celda. Aquí podré terminar de escribir mis pensamientos. Aquí podré plantear un futuro mejor para todos vosotros. Mañana será la vista inicial de mi juicio. Me declararé inocente. Nadie me vio cometer ninguno de los asesinatos. Mi abogado dice que lo tengo difícil. Las pruebas serán concluyentes. Aceptaré la decisión. No es mi final. Es mi comienzo.

Día 49 (mañana)

Una insoportable sirena resuena en mi cabeza. Son las siete y media de la mañana. Abro los ojos. Veo el techo de mi celda. Giro mi cabeza y consigo ver los barrotes. Estoy en la cárcel. No tengo ningún compañero aquí dentro. Me han dejado solo. Me aíslan.

Me dirijo con pasos cansados a recoger mi desayuno. Me siento en una silla, dejo mi bandeja en la mesa. No hay nadie junto a mí. Vuelvo a recordar a cada uno de los personajes que han pasado últimamente por mi vida. Ahora lo veo todo distinto. Recuerdo a Lorena. Era una chica guapa. Yo la liberé. También pude hacer feliz a la dependienta. Enseñe a matar a un niño de diez años, antes de acabar con su vida. Y recuperé la ilusión de Marta por el mundo. Soy un buen hombre. Fue Judas quien casi consigue hacerme perder los papeles. Pero finalmente pude volver a sujetar las riendas de mi vida. Acabé con él para siempre. Soy libre. Soy el preso más libre de la historia. De este sucio y asqueroso mundo.

Dejo pasar las horas sin hacer nada. Permanezco en mi celda tumbado, con los ojos cerrados, meditando. Sólo abro los ojos cuando siento que alguien me observa desde fuera. Algunos de los internos de la prisión me miran como si fuera un bicho raro. Son ladrones, camellos, atracadores. Son escoria maloliente. Yo, sin embargo, soy la luz. Su luz. Ellos lo saben, por eso me admiran, por eso me observan. Quieren aprender de mí. Pobres.

La vista inicial del juicio se ha retrasado un día. Nadie ha querido explicarme por qué. He llamado a mi abogado. Me ha dicho que luego me lo explicaría. Que tenía que darme algunas buenas noticias para mí. Las espero con impaciencia.

Día 49 (noche)

–Ven aquí. Recoge tus cosas y ven conmigo –dice uno de los guardias, dirigiéndose a mí con cara de pocos amigos. Lo miro.

–¿Dónde vamos? –pregunto. Es tarde. Son casi las ocho. Dentro de poco cerrarán las puertas de las celdas.

–Coge tus cosas y ven conmigo. Te vas de aquí. Joder, ya te lo explicarán más tarde.

Recojo algunas de mis cosas. No tengo casi nada allí dentro. Unos papeles sobre los que he escrito algunas líneas y un bolígrafo. Sigo al guardia. Detrás de mí otro vigilante camina silencioso. Nos dirigimos a la salida del módulo. Prefiero no preguntar nada más.

En una de las salas, cerca de la salida, me espera mi abogado. Me mira con cara sonriente. No comprendo nada de lo que está pasando, aunque, inevitablemente, tengo la extraña sensación de que voy a salir de esta cárcel.

–Enhorabuena. Te van a soltar –dice el abogado estrechando mi mano con firmeza. Permanezco en silencio durante varios segundos.

–¿Cómo? –Pregunto.

–Bueno, tú no eres el culpable de todos esos asesinatos. Eso ya lo sabíamos, ¿verdad?

–Sí, es verdad. Yo no he hecho nada –respondo con cautela. Ambos permanecemos en silencio otro rato. El abogado me mira a los ojos.

–Mira tío, yo no te creo. Pero me da igual. Este es mi trabajo. Te vas de aquí.

–¿Por qué me sueltan?

–El asesino se ha entregado esta misma mañana. Un tipo, de unos cincuenta años, se ha entregado en una comisaría de policía del distrito centro. Ha confesado ser el autor de todos los asesinatos. Joder, si hasta ha confesado el asesinato de un padre con su hijo en la sierra, junto a un río. Aquello se cerró como un accidente.

Permanezco en silencio. Caminamos hacia el mostrador de salida. Un tipo con uniforme me hace firmar unos papeles y me devuelve mis objetos personales. El móvil, mi cartera y algo de dinero. Fantástico. Está todo. Salimos. Seguimos en silencio. Una vez fuera el abogado se dirige a mí.

–Por supuesto, el tipo ha confesado delante del juez. Entonces me llamaron a mí. Todos los detalles de los asesinatos coincidían con los informes forenses. Una de dos, o ese tío es el asesino, o sabía detalles que no se publicaron en la prensa.

–¿Por qué se ha entregado?

–Yo qué sé. Está loco. Como una puta chota. Bueno. Te llamaré. Tendrás que rellenar algo de papeleo. Te mantendré informado. ¿Te acerco a algún sitio?

Durante el camino de vuelta no he sido capaz de abrir la boca ni un instante. Intento imaginar qué clase de locura puede llevar a un hombre a confesar esos asesinatos. Sobre todo siendo inocente.

Día 50

Dormir. Por fin he podido dormir a pierna suelta. Esta noche he sido capaz de cerrar los ojos y sentir que la tranquilidad volvía a mi ajetreada vida. Aún sigo preguntándome por qué un loco tarado se ha entregado, asumiendo la responsabilidad de los asesinatos, pero me da igual. Ahora estoy aquí, Judas ha muerto, y yo vuelvo a ser el que era.

Son las nueve de la mañana. Tengo que empezar a replantearme mi vida. Empezaré por hacer deporte otra vez. Tendré que buscar un empleo. La idea de volver a relacionarme con la sociedad me da asco, pero es la única forma de seguir llevando a cabo mi plan.

Me visto. Salgo a la calle. Me acerco hasta el quiosco. Quiero comprar el periódico del día. Estaría bien ver las noticias, y de paso buscar algún trabajo. Allí está el joven encargado.

Definitivamente el pobre viejo no volverá. Le saludo. Me devuelve el saludo como si no le importara demasiado. Evito pensar demasiado en él. Es un maldito inútil. Con el periódico del día me da un suplemento: "guía de ocio en la ciudad". Lo miro. No me gustan estas gilipolleces.

–Debería echarle un vistazo. A veces hay cosas interesantes.

Vuelvo a casa. Quiero leer con tranquilidad las noticias. Me siento en un sillón, con un café. Abro el periódico. Suena el teléfono. Joder. Dejo el periódico encima del sillón y me levanto hasta una mesa. Cojo el teléfono y descuelgo.

–¿Diga?

–No se cómo lo has hecho, cabrón. Pero te estaré vigilando -la voz del inspector al otro lado de la

línea me sobresalta. Cuelga.

Me giro. Voy hacia el sillón. Veo un sobre blanco caído en el suelo. El corazón comienza a latir con fuerza. Mierda. No. No puede ser. Parece que ha caído del periódico. Lo recojo. Miro en su interior. Hay un papel, escrito a mano, con tinta negra. Es un número de teléfono.

Mi pulso se acelera. Vuelvo a coger mi móvil. Marco el número. Oigo la señal. Alguien descuelga. Permanece en silencio.

—¿Quién eres? —Pregunto despacio.

—Enhorabuena por tu salida de la cárcel, maestro. ¿O debería decir pobre pelele aprendiz? Eres mi más preciada marioneta. Jamás podrás librarte de mí.

La imagen del joven quiosquero aparece ante mí, mientras escucho su voz, tranquila y segura, como la de un Dios que ha estado manejando mi vida desde el principio.

Epílogo

El silencio se apoderó de toda la estancia. Durante largos minutos ambos nos mantuvimos callados, como esperando la reacción del otro. Por fin, sin mediar palabra, él comenzó a hablar: "Desde que oí por la radio que un asesino en serie estaba haciendo estragos en la ciudad, supe que tenía que hacerlo. Desde siempre he sabido que mi cerebro era privilegiado. Mi capacidad supera la de cualquier otro, incluida la tuya. Pero claro, eso no era demasiado complicado.

Me di cuenta de que eras tú cuando te vi, aquella madrugada, acechando al que esperabas fuera un viejo indefenso, para acabar con él. Lástima, ¿verdad? Igual te preguntas cómo, más adelante, pude obtener tu número de teléfono. Te sorprenderías de lo crédulos que son algunos trabajadores de atención al cliente, sobre todo cuando das por supuesto que te tienen que dar esos datos.

También deberías preguntarte cómo era capaz de anticiparme a tus movimientos. Bueno, es simple cuando cuentas con algunos buenos amigos. Además, tú tampoco eres tan listo como crees. Lo más complicado pudo ser convencer al pobre tipo del parque para que se presentara ante ti. Una buena suma de dinero y la mayoría de los hombres de esta ciudad harían casi cualquier cosa. Demasiada pobreza encubierta, mi querido amigo.

El más difícil todavía fue convencer al tipo que se entregó, confesando los asesinatos. Con ese tuve que hacer un trabajo fino. Su familia está viva gracias a su declaración. Ay ay ay, lo que es la vida. Un tipo decide que tienes que entregarte a la policía, y tú lo haces sólo porque quiere acabar con tus hijos... Demasiados apegos emocionales. No como tú, ¿verdad? O por lo menos ya no. Y ahora estás aquí. ¿Por qué? Porque quiero tenerte a mi merced. Quiero seguir manejando tus

hilos, que sufras sabiendo que hay alguien más grande que tú. Y que trabajes para mí...

Pero no, no intentes correr hacia el quiosco ahora. Te repito que soy mucho más listo de lo que crees. Ahora colgaré. Yo me pondré en contacto contigo. Eres un buen hombre, maestro. Nos mantendremos en contacto. Disfruta de la libertad que te he proporcionado. A más ver".

Fin de la primera parte

Madrid - 2006

SEGUNDA PARTE

Un esperado retorno

Nota del autor

Hace ya casi diez años escribí y publiqué la primera parte de esta obra: Yo, psicópata. Diario de un asesino. Los que ya habéis leído aquellas páginas, sabéis que la historia empezó siendo casi un experimento literario. Por aquellos días no imaginaba que tantas personas iban a leerla, ni mucho menos que tantos lectores fueran a pedir una segunda parte.

Durante estos años me he dedicado a escribir otras historias, otros relatos, que nada tenían que ver con este. Pero, desde hace varios años, sabía que tenía que escribir una segunda parte. De hecho, este texto que tienes en tus manos, querido lector, es el segundo intento de segunda parte de la obra.

La primera parte podía descargarse gratis de Internet, y creo que no haber hecho lo mismo con esta segunda parte hubiera sido absurdo y descortés. Absurdo porque no sería coherente con la forma en la que empezó esta historia. Y descortés porque, después de tantos correos electrónicos recibidos felicitándome por la primera parte, y preguntando por la segunda, hubiera sido realmente una desconsideración hacerlo de cualquier otra forma.

No será difícil apreciar que en esta segunda parte el formato, aunque es parecido, contiene algunas diferencias. Ahora no sólo tenemos ante nosotros un único punto de vista, sino que tenemos dos diarios, dos puntos de vista, además de un desenlace que, espero, alcance vuestras expectativas. Mi único deseo, amigo lector, que esta segunda parte te guste y te divierta tanto como la primera. Recuerda que puedes escribirme para darme tu opinión a juanjo.escribano@gmail.com.
Un abrazo.

Juanjo Escribano

Introducción

Siento el calor de su sangre sobre mi mano y mis ojos se detienen en el delicado reguero rojizo que su vida va marcando, centímetro a centímetro, sobre mi piel limpia, cuidada, perfecta. Me excito cada vez más. Un grito suyo. Empujo con mis caderas y noto cómo su cuerpo se

estremece cuando penetro más profundo, cada vez más lejos, mientras hundo un poco más el cuchillo sobre la carne fofa de su antebrazo. El flujo de sangre se hace más fuerte, más continuo, caudaloso, y el líquido rojizo va tiñendo mi piel con el encarnado color encendido que la inunda. Otro empujón de mis caderas y mi sexo continúa el recorrido placentero por su interior. El filo taja un poco más su carne, y el flujo continuo se convierte en borbotones sangrientos. Ella gime de placer bajo mi peso. Lloriquea y escupe palabras horribles, en un lenguaje descuidado, soez, basto, muy propio para lo que estamos haciendo. Es lo único acertado de todo aquello, pienso, mientras sigo excitándome con su sangre. Su olor a hembra sedienta y mi rencor desmesurado me llevan a empujarme con despiadada fuerza hacia su interior, mientras el acero, ya caliente y completamente rojo, se hunde un poco más en su brazo.

¡Basta!

Es una voz lejana, en otra dimensión. Yo sigo sintiendo el calor de su sangre que ya alcanza mi brazo, y gotea sobre el suelo blanco de la habitación. Y empujo más hondo, y clavo más fuerte.

¡Basta! ¡Ya basta!

La voz suena algo más cerca. Dejo de observar el líquido rojizo y miro su rostro, oculto tras una espesa capa de pelo negro, liso, desordenado. Entre los mechones, a duras penas veo uno de sus ojos. Ella está de espaldas a mí, y tiene que girar la cabeza para poder observarme algo. Su rostro demuestra un delicado equilibrio entre el placer y el dolor. Poco a poco vuelvo en mí. Despacio, como si no quisiera hacerle daño, más daño, retiro el cuchillo del brazo y lo dejo caer en el suelo. Lentamente salgo de ella y me alejo. Desato las ataduras de sus piernas. Después hago lo mismo con las que sujetan sus brazos. Ella me mira con media sonrisa en la boca. Entonces observa su brazo mutilado. Sin inmutarse, coge una gasa de una bolsa que hay en la habitación y presiona con fuerza el corte. Se hace un vendaje provisional y se acerca a mí.

—Pensé que no ibas a parar —susurra a mi oído, mientras con su mano, aún recubierta de sangre, acaricia mi pene.

—No te oí la primera vez.

—Da igual, estuvo bien. La incertidumbre me puso... Sin embargo tú... —su mano sigue acariciándome—. Tú no te has corrido.

—Estaba a punto.

No dice nada más. Dejo que se arrodille delante de mí y acoja con sus labios mi querido sexo. Yo me dejo hacer, mientras observo su sangre impregnando mi cuerpo. Mis ojos saltan de la sangre al cuchillo en el suelo, y del cuchillo a la sangre de mi mano. Siento el calor que sube desde mi vientre y se desplaza hasta mi pene y mis testículos. El placer inunda mi cuerpo y mi mente mientras eyaculo. Cierro los ojos y en la oscuridad de mi interior se dibuja la imagen del acero afilado teñido de rojo. Gruño en un último espasmo de placer mientras a mi cabeza vuelve una idea

que lleva años contenida, esperando el momento. Allí mismo, entre sangre y sexo decido volver a Madrid: decido volver a buscarle.

1

No creo que tenga más de cincuenta años, pero la maldita gorda haría un favor a la especie si muriera hoy. Podría suicidarse. Eso me ahorraría tiempo y esfuerzo. Podría haberse suicidado ayer, o la semana pasada. Si fuera mínimamente consciente de la desgracia que supone para el resto de nosotros, se habría arrancado la vida hace ya muchos años. Pero no lo hizo. Ni lo hará. Adora demasiado su patética existencia, su miserable vida, la asquerosa forma de su grasiento cuerpo, la triste soledad de sus noches, acompañada sólo por los papelillos dorados de los bombones que devora justo antes de dormir. Imagino su lecho rodeado de envoltorios aún sucios de chocolate derretido. Imagino una novela rosa en la mesilla de noche, una que le permita soñar con algo que nunca tendrá. Imagino los pliegues de su inmensa tripa empapados en sudor sucio mientras lee la maldita novela, recostada sobre la almohada, esparciendo el hedor de la podredumbre hacia la atmósfera. Eso me desespera, me enfurece. Ella lo contamina todo con su presencia, contamina el aire que respiro con su olor nauseabundo. Pero no se da cuenta. Su olfato ya no percibe esa agresión al buen gusto. Se ha acostumbrado a sí misma. Es el horror envuelto en grasa.

Se ha sentado junto a mí en el metro. Hacía calor. El aire acondicionado del viejo vagón no funcionaba, y las gotas de sudor le resbalaban por el cuello, perdiéndose en la ingente montaña de piel y grasa bajo la camiseta. Ha abierto el bolso, que había dejado descansar sobre sus rodillas, y, después de hurgar un rato con sus horribles dedos en su interior, ha sacado un caramelo. Ha tardado más de un minuto en desenvolverlo. El maldito sonido del plástico se me clavaba en el cerebro. El caramelo estaba pegado a su envoltorio. Era una imagen repulsiva, asquerosa. La mujer se lo ha metido en la boca y ha comenzado a chuparlo, mientras sus dedos gordos, cortos, sebosos, continuaban jugueteando con el papelillo dorado. No he podido evitar mirar sus labios. Se movían hacia un lado y hacia otro, adelante y atrás, mientras el caramelo chocaba con sus dientes, haciendo un ruido desesperante.

He vuelto a sentir, sin ninguna duda, la necesidad de matar. He deseado golpear su cabeza contra el ventanal y machacar su rostro grasiento una y otra vez contra el suelo. He deseado cortar el cuello, destrozarla, asesinarla... Salvarla... Salvarme...

En un esfuerzo terrible me he contenido. He decidido levantarme y bajar antes de tiempo de aquel horrible vagón de metro. Pensé que un paseo me vendría bien; respirar aire puro; olvidarme de aquel rostro deformado por la obesidad. He salido del metro casi corriendo, angustiado.

Necesitaba respirar aire fresco. Pero la maldita gorda ya ha contaminado parte de este mundo. Ya nunca más respiraré aire limpio. Ella ya lo ha jodido todo.

Esta ciudad no me ha recibido como yo imaginé. Esperaba un recibimiento triunfal, el regreso de un héroe perdido que vuelve para completar la labor tan importante que le ha sido encomendada. En lugar de trompetas y aplausos, me ha recibido una maldita gorda sudorosa comiéndose un caramelo en el metro. Pero no me puedo enfadar. Me doy cuenta, sin duda, de la importancia que tiene mi regreso. Me doy cuenta, sin duda, de que me necesitáis.

2

Hoy he paseado cerca de mi antigua casa. Cuando mi mente viaja hasta aquel pequeño apartamento en el que vivía hace más de seis años, una oleada de sensaciones extrañas recorre mi cuerpo. Hay odio y angustia; también deseo de matar, e incluso de morir; y también hay amor, pasión y compasión. Recuerdo a Marta. No he vuelto a saber nada de ella desde que me fui de esta ciudad. Siempre he deseado que le fuera todo bien, pero no puedo estar seguro. Era una mujer lista, inteligente. Pero eso ya no garantiza nada. El mundo ya no pertenece a los listos, ni a los inteligentes. Tampoco pertenece a los estudiosos ni a los investigadores. Ahora pertenece a los mediocres. El mundo pertenece a las cucarachas sucias, negras, apestosas. Sobreviven porque se alimentan de la mierda, de los excrementos, de la basura que dejamos los demás. Ellos se la comen y continúan creciendo, expandiendo su poder y su infestación por toda la tierra. No pararán de crecer, de expandirse, mientras nosotros sigamos alimentándonos. Es una jugada perfecta, una jugada maestra. Se alimentan de nuestros desechos y se hacen cada vez un poco más fuertes. Crecen y nos siguen dominando. Y nosotros nos seguimos alimentando en nuestra falsa ilusión, hundiendo nuestros pies cada vez más en turbias mareas de insectos. Repugnantes y asquerosos insectos. Cucarachas. Malditas y asquerosas cucarachas.

Desde lejos observé el quiosco de prensa donde solía comprar los periódicos del día. Ya sólo queda un almacén vacío, sin nadie en su interior. El muy maldito se ha marchado, no me ha esperado. Hubiera sido demasiado fácil volver y encontrarle vendiendo tristes periódicos y aburridas revistas. Pero sé que está en esta ciudad. Nunca ha dejado esta ciudad. Anda por ahí, escondido, agazapado, seguramente esperando a que vaya a por él. Hace bien en tener miedo. Sería imprudente no tener miedo de mí.

Durante todos estos años he estado pensando mucho. Os mentiría si os dijera que no tuve momentos difíciles, extraños. Llegué a imaginar que yo no era tan perfecto, tan bueno como pensaba. Pero estaba completamente equivocado. Bastaba levantar la mirada del suelo para darme

cuenta de mi perfección, de la superioridad en la que vivo. No soy malo, soy justo. Hace años ese maldito petulante, ese presuntuoso traidor, esa víbora imperfecta que aprovechó mi afán por salvaros a todos, por llevaros a un mundo mejor, utilizó mi bondad, mi amor por todos vosotros, para su propio vil y triste beneficio. Pero ahora yo he vuelto. Ahora he recapacitado, he meditado sobre mis errores. Ahora no seré tan descuidado. Ahora yo te encontraré, maldito, y te descuartizaré. Y cuando hunda mis manos en tu vientre cálido, y vea tu rostro pálido y tembloroso, y pueda observar en tus ojos cómo se escapa tu vida entre mis dedos, entonces podré dedicarme a vosotros, a salvar vuestras almas, a ayudaros a vivir y a morir con dignidad.

Después del paseo, volví caminando hasta el centro de la ciudad. He decidido alojarme en una vieja pensión barata durante mi estancia en Madrid. Creo que debo pasar desapercibido, esconderme entre las clases más bajas de esta decadente urbe. Tengo que mezclarme con ellos, con vosotros, y comenzar mi labor de búsqueda. No necesitare preocuparme por el dinero, o al menos no demasiado. Lo que tengo acumulado debería servir para mantener este mísero modo de vida durante unos meses.

Tengo un plan trazado en mi cabeza, un plan que debería darme la victoria sobre el maldito traidor. Es como una partida de ajedrez. Las piezas están colocadas de nuevo en el tablero. Ahora veremos quién hace mejores movimientos. Mientras caminaba hasta la pensión decidí que ya era hora de mover la primera pieza. Los primeros peones, inevitablemente, caerían pronto.

3

Esta mañana me desperté contento. No es volver a esta ciudad lo que me alegra, sino la idea de enfrentarme con el maldito traidor. Es una batalla que venceré, pero para eso necesito hacer algo antes. Debo volver a contactar con él. Verle ayer hubiera sido demasiado fácil. Es preferible así, difícil. Eso me gusta, me hace devanarme los sesos para encontrar la solución. En realidad, la solución la encontré hace tiempo. Será necesario utilizar un cebo para atraer su atención, su curiosidad. Debe saber que estoy aquí, y que le estoy buscando. Y el único cebo que el maldito traidor conoce es el cebo humano. Va a morir gente.

En realidad, que muera gente es algo que no me preocupa. O al menos, no demasiado. Mejorar la raza humana es la misión para la que nací, y la única manera de mejorarla es quitar de en medio los restos que sobran. Son demasiados, pero no voy a desfallecer, no voy a detenerme ahora. Sin duda, debo aprovechar esta oportunidad que se me ha presentado para hacer ambas cosas. Buscaré los cebos adecuados y le buscaré a él.

Estuve pensando en todo esto mientras desayunaba en una cafetería del centro de la ciudad.

Preferí no hacerlo en la pensión, aunque la dueña se ofreció a prepararme el desayuno por dos euros. Le dije que tenía prisa, que debía salir enseguida. Intentaré no pasar allí demasiado tiempo, aunque supongo que será inevitable.

Debo encontrar un cebo para empezar la partida. Sigo manteniendo el atractivo, y un físico envidiable. Durante estos años traté de mantenerme en forma. Es importante seguir cuidando el cuerpo, pero tampoco hay que despreciar el cuidado de la mente. También he leído, he estudiado, he aprendido. Cada día soy más sabio, más grande, más especial. Estoy seguro de que, con tiempo, podría ligarme a cualquiera de esas mujeres casadas solitarias que desayunan cada día en esa cafetería. Hoy las he visto. Desayunaban deprisa, mirando el reloj, como si el mundo estuviera a punto de acabarse y el lugar donde quisieran pasar sus últimos segundos fuese la oficina. Para ese último segundo, que añoran desperdiciar sentadas en una fría mesa de oficina, se maquillan, se visten con trajes insinuantes, y pasan demasiado tiempo frente al espejo peinando sus preciosas cabelleras. Veo sus caras, sus ojos. Veo la soledad y la amargura. Muchas llevan un anillo en el dedo que dice “estoy casada, por favor, sálvame”. Son tristes máquinas diseñadas para la infelicidad eterna.

También hay hombres en ese bar. También lucen anillos dorados, y en la pantalla de sus teléfonos móviles aparecen las figuras de sus hijos vestidos con bañador, junto al mar: las últimas vacaciones. Sus teléfonos, depositados con cuidado sobre la barra del bar, se iluminan de vez en cuando, pero ellos están ocupados mirando el culo de la mujer que desayuna a su lado. Mientras beben el segundo café, el primero lo tomaron en su casa, están imaginando cómo se depilará el pubis esa mujer, y cómo le gustará que se la follen. Se imaginan a sí mismos follándosela, ella a cuatro patas sobre la cama de un hotel, y él penetrándola con fuerza, casi con odio. La imaginan postrada ante ellos, sintiendo un placer doloroso, sumisas ante los empujones de sus pelvis. Lo que esos hombres no saben es que en realidad se odian a ellos mismos, desprecian sus propias vidas, aburridas, monótonas. Es todo ese odio, el rencor de una vida que no es como esperaban, con el que penetran en sus tristes mentes a la mujer que desayuna a su lado cada mañana, mientras sus propias esposas les envían mensajes al teléfono que se ilumina sobre la barra.

El desayuno ha supuesto un verdadero espectáculo de mierda. Ver todos esos rostros, esos gestos, esas vidas derrotadas sin tan siquiera haberlo intentado... Todos ellos merecerían un escarmiento, algo que les hiciera despertar. Quisiera poder explicarles lo equivocados que están, lo lejos que se encuentran de la perfección. Pero no había tiempo. Necesitaba buscar un cebo que me permitiera acercarme al maldito. Salí del bar dispuesto a recorrer la ciudad hasta encontrarlo. No tardé demasiado. Esta ciudad está repleta de oportunidades. Una calle repleta de prostitutas y chulos era ideal para mis planes. Mataría. Lo haría allí mismo, y dejaría mi señal. Pero no mataría a una prostituta, eso sería lo fácil. Mi cebo sería uno de sus chulos. Así limpiaré de verdad la raza, y me

acercaré a ti, maldito traidor.

4

Hoy he repetido la rutina de ayer. Me desperté en un colchón repleto de bultos; me duché en una ducha sucia, repleta de manchas de color marrón. El agua apenas sale con fuerza de aquel maldito grifo. Por la mañana, cuando salí de mi habitación, noté que algo se arrastraba al final del pasillo, y se colaba por debajo de la puerta de otra de las habitaciones de la pensión. No hace falta ser demasiado listo para imaginarse la situación. El insecto desapareció rápido de mi vista, atravesando el suelo de frías baldosas negras y blancas. Supongo que todo aquello, aquella forma de vida que yo mismo había escogido para mi regreso, era una forma de condena por todo lo que no supe terminar hace años; un toque de atención del Destino que me advierte, sutil, delicado, que mi misión requiere todos los sentidos de mi cuerpo. No puedo perder la concentración. No debo. Hay demasiadas cosas en juego.

Desayuné en el mismo bar que ayer. Vi los mismos rostros. Las mismas mujeres maquilladas, con sus faldas ceñidas, sus pantalones más ceñidos aún. Y también vi a los hombres, sedientos de sexo y repletos de dolor por sus tristes vidas. De nuevo los teléfonos sobre la barra, con las fotos de sus hijos iluminándose de vez en cuando mientras ellos seguían absortos en los culos de ellas. Muchos se imaginaron esos cuerpos imposibles para ellos mientras anoche follaban con sus mujeres. Se corrieron, tuvieron un orgasmo con los ojos cerrados, buscando una salida para una vida que no es la soñaron cuando tenían dieciocho años.

Después del espectáculo de mediocridad, volví a pasear por la ciudad, haciendo exactamente el mismo recorrido que había hecho ayer. Me detuve más de una hora en aquella calle repleta de prostitutas. Observé su comportamiento, y el de sus clientes. Aquellas mujeres aceptaban que cualquier cerdo se las follara por apenas unos billetes. Ellos llegaban con la mirada perdida, muchos medio borrachos, y hablaban con ellas durante un rato. Ajustaban el precio, aunque supongo que eso estaba ajustado antes de empezar la conversación y, si todo iba como esperaban, se marchaban juntos calle abajo, hasta alguno de los portales oscuros adornados con una pequeña placa donde se indicaba que se alquilaban habitaciones por horas. Normalmente no hacía falta más de media hora para que el cliente saliera, como algo natural, y continuara su paseo hasta cualquier otro bar, donde podría seguir bebiendo. Poco después salían ellas. Imagino que limpiarse y volver a colocarse la ropa llevaba su tiempo. Y entonces, allí estaban ellos, esperándolas a la salida del portal para recibir el dinero. No había ningún tipo de discreción en todo aquello. Ellas se metían la polla de cualquier hombre, y ellos recibían el dinero.

La escasa reserva de aquellas transacciones no me lo pondría fácil. Mi objetivo estaría a la vista de demasiada gente. Acabar con uno de aquellos chulos sería complicado. Pero no imposible. Continué mi paseo por los barrios más oscuros y bajos de la ciudad. Todo me parecía repulsivo. Todo era repugnante. Pero aquello era algo que ya no me llamaba la atención. Simplemente lo aceptaba. Sabía que así debía ser. Aquella suciedad era necesaria para que otros se alimentaran de ella. Y la suciedad de esos otros alimentaría a la del siguiente nivel en la escala. Así hasta las cucarachas superiores, tan sucias y repulsivas como las que encontré esta mañana en la pensión, pero poderosas. Todo esto debía cambiar. Tenía que cambiar.

Por la tarde volví a la pensión. Decidí cenar allí mismo. La cena se servía en un comedor no demasiado grande. Varios de los inquilinos se hacinaban allí, con sus malditas caras de perdedores, con los ojos rojos del alcohol, vino barato, que habían bebido antes de subir. Salchichas y huevos. Olor rancio. Humo de tabaco impregnado en sus ropas. Pelo grasiento. Y la televisión de fondo, hablando de gente inepta a la que le ocurren cosas asombrosas.

Las náuseas se apoderan de mí. Estar allí, entre aquellas cuatro paredes, rodeado de ellos, me produce ganas de vomitar. Pero tengo que ser firme, tengo que conseguirlo. Este tipo de antros me ayudarán a pasar desapercibido. Nadie se fija en la escoria que vive en lugares así. Debo sobrevivir.

Al final de la cena, decidí bajar a tomar el aire un rato. Un paseo corto, algo que me hiciera respirar aire fresco. Me detuve en el portal y me apoyé contra la vieja puerta de madera. De momento, aquello sería suficiente. En ese momento, una mujer joven se aproximó hasta el portal. Llamó por el telefonillo a la pensión y alguien le abrió la puerta directamente, sin preguntar. Noté que me miraba. ¿Estás bien?, preguntó. Respondí que sí, que sólo necesitaba tomar un poco el aire.

—¿Vives en la pensión? —preguntó.

—Sí.

—Y has cenado arriba.

—A cualquier cosa le llaman cenar.

—Entonces necesitarás tomar el aire algo más que un rato —respondió con una sonrisa en la boca.

La mujer subió las escaleras. No pude evitar fijarme en ella. Tenía un cuerpo bonito, y parecía inteligente. Aquel no era un lugar para ella. Pero tampoco lo era para mí. Tal vez, pensé, ella podría ayudarme. Tal vez...

5

Dos pensamientos han venido a mi cabeza cuando he despertado esta mañana. Los dos han acudido a mí casi a la vez, de forma consecutiva, como si ambos estuvieran ligados. Primero me he acordado de ti, maldito traidor, y he sentido odio. Justo después, me he acordado de la mujer que conocí anoche en el portal, y una extraña sensación de apetencia sexual se ha apoderado de mis sentidos. No entiendo el motivo, pero supongo que saber que una mujer atractiva y aparentemente inteligente ha dormido sola en una de las habitaciones de este cuchitril, me ha hecho sentir cierta lástima, pero también muchas ganas de ella, de su cuerpo. He notado la erección antes de empezar a acariciarme. Me he masturbado. Mis pensamientos divagaban, saltaban del cuerpo atractivo de esta mujer a imágenes que se repiten constantemente en mi cabeza: cuchillos afilados penetrando carne, cortando vísceras y músculos; arterias seccionadas; venas destrozadas al paso del filo de acero. Muerte, sangre, sexo y yo. Supongo que esos son los cuatro ingredientes de los que está hecha la perfección. Muerte... sangre... sexo... yo... muerte... sangre... sexo... yo... muerte... sangre... sexo... yo...

He eyaculado antes de lo previsto. Toda mi esencia se ha desparramado sobre mí y sobre la cama. No estoy orgulloso de eso, pero al fin y al cabo no puedo hacer nada para evitarlo. Durante estos años he aprendido a conocerme, a respetarme más. Esto es parte de mí. No es malo. Los malos sois vosotros, todos vosotros.

Me duché y volví a desayunar en el bar de siempre. Las mismas caras. La misma mediocridad. La misma derrota dibujada en los mismos ojos. El deseo. La lujuria. El ansia de poder. La certeza de lo imposible. Vuestra mierda de vida, al fin y al cabo.

Hoy era el día. Paseé por la ciudad hasta bien entrada la tarde. Ni siquiera comí. Tracé el plan definitivo, el que me haría acercarme a ti de una vez. A última hora del día comencé mi primera jugada de la partida. Fui hasta la calle repleta de prostitutas. Las observé durante un rato. Comprendí quién era el chulo de cada una de ellas. Escogí una víctima. Todos me parecían iguales, todos la misma escoria. Todos me producían el mismo asco, las mismas náuseas. Ellas, sin embargo, me daban pena. Una pena que se apagaba por momentos y se transformaba en rabia. Y la rabia se transformaba en una especie de dolor. Dolor por todos vosotros. Dolor por la raza perdida. Un dolor imposible, pero tan real...

Hablé con ella. Ajustamos un precio por follar. No más de una hora en total. Treinta euros, más los 5 euros de la habitación. Entramos en un portal oscuro, frío. Llamamos a una puerta. En la entrada no había ningún cartel, nada que indicara que aquello era una pensión. Abrió un hombre bajo y enclenque, medio calvo. Llevaba puesto un pantalón de chándal y una camiseta blanca de tirantes. “Cinco pavos la hora”, dijo a modo de saludo. Le largué un billete de cinco y nos indicó

una de las puertas. La puta y yo entramos. Tenía más de una hora por delante antes de cumplir mi plan.

Cuando fue a desnudarme, le pedí que no lo hiciera. Prefería hacerlo yo. Mientras se lavaba en un pequeño bidé que había en una esquina, junto a un lavamanos minúsculo, yo aproveché para sacar mi cuchillo y dejarlo sobre la cama, justo debajo de la almohada. Me desnudé y me tendí en el jergón. Era un colchón blando, y casi podías sentir los muelles bajo la tela que lo recubría. Ella se acercó a mí y comenzó a tocarme. Volví a sentir la erección. Con habilidad, me puso un condón ayudándose de la boca. Era buena en eso, en sexo. ¿Sería buena en todo lo demás?

Tardó poco en demostrarme que era buena follando. Se subió encima mío y, con un ligero movimiento de su cadera, ayudándose apenas de la mano durante un instante, se introdujo mi pene erecto en la vagina. Empezó a moverse sobre mí, mientras me miraba a los ojos y me susurraba frases absurdas. Mis ojos iban de su rostro hasta su sexo, unido al mío. Ella se movía cada vez más rápido. El tacto de sus pechos era delicioso entre mis dedos. Su pelo suelto se movía al compás de cada empujón de sus caderas. La piel de su vientre parecía suave, tersa. Era una chica joven, demasiado joven. Nunca imaginé que los peones de la partida fueran a ser tan jóvenes. Siempre imaginé soldados viejos, cansados ya de la vida. Eso lo haría todo más fácil, más grandioso. Pero el Destino es caprichoso. Ella era un peón que había adelantado su posición para ser masacrada por el enemigo, en busca de otra pieza mayor.

Metí la mano debajo de la almohada y sentí el filo del cuchillo. Lo sujeté firme por el mango y, sin pensármelo dos veces, lo saqué y se lo clavé en la tripa. El cuchillo penetró suave, casi sin resistencia. Ella no llegó a gritar. Estaba sorprendida. Empujé más con el cuchillo. Noté cómo se desgarraban sus órganos internos. Giré sobre mí y me puse encima de ella. El cuchillo continuó haciendo su terrible labor allí dentro. Mi pene seguía penetrándola. Tapé su boca con mi mano izquierda, apoyado por completo sobre su cara, mientras saqué el cuchillo con la derecha. Noté el chorro de sangre caliente saliendo de sus entrañas. Aún seguía viva. Coloqué el filo sobre su cuello y la degollé. La sangre salió rápida al principio, y más despacio al final. Saqué mi pene de su interior justo cuando la vida abandonaba su cuerpo.

Pero ella no era la pieza que yo perseguía. Era un simple peón. Mi objetivo de aquel día era el alfil de negras. Sólo tenía que esperar, y el chulo acabaría llegando. Dejé pasar el tiempo. El cuerpo de la chica fue perdiendo color. Yo observé lentamente cómo su piel palidecía poco a poco, con calma. Sus labios cambiaron su color rojizo por otro mucho más pálido. Así era la muerte, reflexioné.

Al cabo de una hora y media escuché voces cerca de la puerta. Todo transcurría como yo esperaba. El chulo, al no ver aparecer a su puta, subió a la pensión, y el encargado le había señalado la habitación. Aguardé junto a la puerta, con el cuchillo en la mano. El chulo llamó con los nudillos

tres veces. Abrí la puerta, haciéndome el despistado. Venía solo. Me aparté y le franqueé el paso. En cuanto vio a la mujer tendida sobre la cama, tiré de él hacia mí. Le clavé el cuchillo en la tripa con fuerza. Empujé hacia arriba, casi cargando su peso sobre mi cuerpo. Noté cómo la punta de mi acero llegó casi hasta la parte inferior del pecho. Intentó gritar, pero de su boca sólo salió sangre. Lo tiré al suelo y continué apretando con mi cuchillo, mientras tapaba su boca, como había hecho con la puta. Saqué el cuchillo, lo miré a los ojos y lo degollé como a un cerdo. Dejé que se desangrara mientras cerraba la puerta. Ya faltaba poco para terminar mi obra.

Cuando salí de la habitación, ya había limpiado todas las pruebas posibles. Sobre el cabecero de la cama, pintado con sangre en la pared, dejé una frase: Traidor, tu maestro espera. Sería más que suficiente.

En la puerta de la pensión me esperaba el encargado.

—Oye tío —dijo—, no sé qué rollos os traéis la puta y tú con el jodido ruso ese, pero has estado casi dos horas ahí dentro.

—Te pagarán ellos —respondí.

—Y una mierda. De aquí no se va nadie sin pagar.

Ya lo tenía todo previsto. Le dije que estaba bien, que le pagaríamos allí mismo. Fuimos de nuevo hasta la habitación. Abrí la puerta y entré. Él entró detrás de mí. Cerré justo antes de que pudiera decir nada. Lo golpeé con dureza en la cara. Cayó al suelo con estrépito. Pateé su cabeza con todas mis fuerzas. El hombre se desmayó allí mismo. Me hubiera gustado dejarle ahí, vivo, pero aquella partida de ajedrez no podía jugarse en falso. Era otro peón. Debía morir. Le rompí el cuello y salí por la puerta con tranquilidad. Caminé calle abajo, cada vez más contento. El día se estaba acabando, pero era un gran día, sin duda.

Cuando llegué a la pensión, volví a encontrarme con la mujer atractiva:

—Le veo contento —dijo con una voz que me sonó preciosa.

—Un buen día —respondí con elegancia.

—Eso es fantástico.

—Lo es.

Nos quedamos un rato mirándonos. Después, ella se despidió y salió de la pensión. Yo subí a mi habitación y me tumbé en mi cama. Tenía muchas cosas en las que pensar.

6

Sábado por la mañana. Hoy he vuelto a bajar a desayunar al mismo bar. Esta vez las caras no eran las de siempre. Sólo había tres personas en toda la cafetería: muchachos jóvenes que hablaban

a gritos. Los tres tenían la mirada perdida, los ojos enrojecidos por una noche de alcohol y música. Desayunaban sentados en una mesita, mientras se contaban las hazañas de las últimas horas. Yo los observé tranquilo, apoyado sobre la barra. Supuse que ninguno de ellos tendría más de veinticinco años. Hablaban de las chicas que habían conocido aquella noche, de sus tetas y sus culos. Uno de ellos había conseguido ligar, y contaba en voz alta cómo se había follado a una muchacha morena en el asiento de atrás de su coche. Hablaba tan alto que era evidente que pretendía que le escuchara todo el mundo. Pero allí casi no había nadie más. Su hazaña quedaría envuelta en una neblina de alcohol y drogas. El olor a mujer desaparecería después de ducharse, y entonces volvería a ser el mismo ser mediocre de siempre. Seguiría sentándose delante del ordenador para hacerse pajas viendo vídeos en Internet, mientras sobre la mesa se acumulan los apuntes del máster que está estudiando. Y dejaría pasar los días entre pornografía gratuita y apuntes, esperando el siguiente fin de semana, la siguiente fiesta, el siguiente polvo. Y nada más.

El camarero los miró de reojo mientras encendía el televisor, que gobernaba el local desde lo alto de una de las esquinas. Permanecí atento a las imágenes, esperando que algún noticiero contara mi jugada de ayer. Pero en la pantalla sólo aparecía gente hablando de estupideces: crisis, economía, mercados, bolsas, divisas... Todos eran malditos expertos, todos hablaban como si fueran las máximas autoridades. Pero todos estaban igual de jodidos que los demás. Su gran sabiduría no les había ayudado a evitar los problemas. Farsantes. Malditos mentirosos. Todos.

Saqué mi teléfono del bolsillo y busqué en todas las ediciones digitales de los periódicos. No encontré nada. Mi jugada inicial, mi apertura, no era digna de su interés. Me extrañó bastante. Aquello no era normal.

Pagué mi desayuno y salí a la calle, justo antes de que los tres muchachos volvieran a contar, de nuevo, las mismas historias que llevaban contando desde el principio. Caminé en busca de un quiosco para mirar en las ediciones en papel. Tardé bastante en encontrar un quiosco que no estuviera cerrado. La mayoría de ellos ya sólo servían para pegar carteles anunciando conciertos, y para que los grafiteros dejaran allí su firma. El mundo estaba cambiando.

Por fin, encontré un quiosco. Ninguna de las ediciones en papel decía nada de mi obra. Sentí ira, náuseas. ¿Cómo podía estar ocurriendo aquello? Sin la prensa, mi cebo no serviría de nada, y todo mi plan se venía abajo. Había que solucionarlo. Había que volver a matar. Y había que avisar a la prensa.

Repetir el mismo patrón podría ser un problema. Estaba seguro de que nadie me había visto, pero no debía volver por esa calle, al menos durante unos días. Decidí caminar, buscando otro objetivo, otro peón para mi partida de ajedrez. De repente, la solución se presentó ante mí. Una sala de cine. Allí volvería a matar. Lo haría el domingo. Y el lunes el traidor ya estaría tratando de dar conmigo.

7

Hoy será un día difícil. Tendré que mover otra ficha en esta partida de ajedrez. En una partida, cada movimiento puede suponer un error terrible, pero también acercarse a la victoria. El jaque al rey traidor no se consigue sin sufrimiento. Tampoco se consigue sin sacrificar piezas. Es la ley del ajedrez. La ley de la guerra. La ley de la vida.

Salgo de la pensión temprano. Hoy no quiero desayunar en el mismo bar. Hoy quiero caminar un rato, aclarar mis ideas, repasar los movimientos. Dos horas de paseo me acercan hasta el cementerio. Decido entrar. Tengo que hacer algunas visitas.

Casi no me atrevo a ver la tumba de mi madre. No estoy seguro de merecer ese privilegio. Durante estos últimos años, he tenido tiempo de reconciliarme conmigo mismo, pero aún es demasiado pronto para hacerlo con ella. Aunque no falta mucho, madre, no falta mucho...

Paso cerca de la lápida de Lorena. El odio invade mis sentidos. Con ella empezó mi pena. Ella me obligó a dar el primer paso en falso. Y sin embargo, el odio va dirigido contra mí y, sobre todo, contra el maldito traidor. Ella, al fin y al cabo, no tuvo demasiada culpa de nada. La follé y la maté. Debería sentirse afortunada.

Vuelvo hacia el centro caminando. Sigo observando el mundo que me rodea. Nunca dejo de hacerlo. Y sigo dándome cuenta de la terrible enfermedad que nos afecta. Le doy muchas vueltas. Pienso, medito, reflexiono sobre todo esto. El gobierno de la ignorancia, la época de lo servil, lo indigno, lo patético. Es un tiempo difícil para la humanidad. Está al filo de la navaja. Nuestra supervivencia es complicada. Nuestra especie se aproxima a su final, se deteriora cada día que pasa, y nos sentimos plenamente orgullosos de ello. No quedan valores, no queda justicia. Ya casi no queda nada. Es urgente que yo termine mi labor para poder dedicarme por completo a vuestra redención. Me necesitáis. Es tan evidente...

Paro a comer en un pequeño restaurante de una conocida cadena. Miro alrededor. Familias enteras celebran el domingo; fingen alegría; simulan felicidad; tratan de enterrar su mediocridad entre montañas de aros de cebolla, pizza y tarta de chocolate. Globos y chucherías para que los niños cierren la boca un rato, mientras los padres tratan de buscar algo de lo que hablar. Hace mucho tiempo que no se soportan; que él se querría follar a cualquiera mientras ella sueña con un romance que le haga sentir especial. Después volverán a sus casas, a sus mediocres vidas. Y se olvidarán de la tarta y de los aros. Y los globos se habrán deshinchado.

Ya es la hora de ir al cine. Salgo del restaurante y me pongo una gorra y las gafas de sol que acabo de comprar. Camino hasta la sala y compro una entrada para una de esas películas noruegas.

Creo que hay tres diálogos en toda la cinta. Supongo que la sala no estará demasiado llena.

Me siento en la última fila. Me quito las gafas. Mantengo la mirada baja, mirando mi teléfono. Nadie se fija en mí. Hay pocas personas. Tres parejas y otras tres personas solas. Antes de que apaguen las luces ya he escogido una víctima. Un hombre joven, de unos treinta años. Empieza la proyección. Espero a que pasen diez minutos. Me acerco despacio, agachado. En silencio, me siento justo detrás de él. Nadie parece fijarse en mí. Dejo pasar otros diez minutos para cerciorarme de que todo está en calma. La trama de la película no es mala. De hecho, me gusta bastante. Saco mi cuchillo y, en un movimiento ágil, tapo la boca del hombre con mi mano izquierda y le corto el cuello con la derecha. Escucho un leve quejido, pero el sonido de la película está demasiado alto como para que lo escuchen los otros. Noto cómo su cuerpo se queda sin vida. Limpio el cuchillo en el asiento y lo guardo. Con cuidado, busco su teléfono móvil. Sobre su regazo dejo una nota que ya tenía preparada. De nuevo, el mismo mensaje: Traidor, tu maestro espera.

Vuelvo a sentarme en la última fila y espero otros diez minutos. Nadie se ha dado cuenta de nada. Me levanto y abandono la sala. Salgo del cine con la gorra y las gafas y camino rápido mientras utilizo su propio teléfono para hacer un par de llamadas. Espero que los periodistas no tarden mucho en llegar. Limpio las huellas del teléfono, lo apago y lo tiro a una papelera. Ya está hecho.

Poco después vuelvo a la pensión. Ha sido un día muy largo, y necesito un descanso. Repaso en mi mente todos mis movimientos. Una jugada perfecta. Sólo lamento haberme perdido el final de la película. Era buena.

8

De nuevo lunes. De nuevo bajo a desayunar al mismo bar. De nuevo vuelvo a encontrarme las mismas caras. No es necesario esperar a las noticias de la televisión para saber que mi plan dio resultado. Todas las ediciones digitales de los periódicos más grandes hablan del asesinato del cine. Cuando desperté esta mañana, lo comprobé en mi teléfono. Fue lo primero que hice. Allí estaban los titulares. Las noticias hablan del asesinato de un hombre joven en un conocido cine del centro. Mencionaban también la nota que el asesino había dejado sobre el cuerpo de la víctima.

En mi cabeza no dejan de repetirse las palabras que escribí en aquella nota: traidor, tu maestro espera. La misma frase sale de los labios del presentador de las noticias. Y la misma frase se repite una y otra vez en las páginas de los diarios. A estas horas, todo el país conoce esas palabras. A estas horas, el maldito también las conoce. El movimiento ya está hecho. Ahora te toca a ti. ¿Cómo llegarás a mí? ¿Serás capaz de hacerlo sin que yo te vea antes? Una sensación agradable

recorre todo mi cuerpo. Ahora ya no hay vuelta atrás. Lucharemos y morirás. Y entonces yo podré continuar con mi trabajo.

Termino de desayunar mientras observo todo alrededor. Siempre he adorado los lunes, es un día maravilloso. Todas esas caras serias, somnolientas; todos esos rostros apagados, tristes; todas esas mentes mediocres dándose cuenta, en una fugaz reflexión, de la pena que dan sus vidas. Todos esos asalariados inútiles, sacos de mierda repletos de sueños incumplidos, pensando ya en el siguiente fin de semana, en el próximo polvo aburrido con sus parejas, en los pequeños momentos de felicidad pasajera de ayer y la larga travesía hasta el próximo sábado. Inútiles. Yo os conozco, sí. Conozco vuestra frustración. Y también conozco vuestra cobardía. Y así seguiréis pasando los lunes, con los gestos alicaídos, con la derrota eterna pegada a vuestra espalda. Se os dio la capacidad y no la supisteis aprovechar. Vuestra historia no merece un buen final.

Después de desayunar voy a la biblioteca pública. Tengo todo el día por delante. Ahora debo permanecer quieto hasta que él conteste; hasta su próximo movimiento. Paso todo el día leyendo. Hoy escojo una novela policiaca de un conocido autor irlandés. Me gustan sus novelas. Intento comprender la mente de esos personajes, los asesinos. Intento entender por qué matan ellos. Lo hacen porque están locos, enfermos, desequilibrados. Yo mato porque estoy cuerdo; porque pienso con la claridad de los elegidos; porque os amo. Desde el odio más profundo de mi alma surge un sentimiento de amor hacia todos vosotros. Soy el verdadero Mesías.

Por la noche vuelto a la pensión con calma, despacio, meditando las posibles opciones, calculando las variaciones, imaginando el tablero de ajedrez en mi cabeza. De repente, una voz conocida. Es ella, la mujer de la habitación de al lado. Lleva un bonito vestido de color rojo, elegante, sensual. Me detengo junto a ella y nos miramos a los ojos. Permanecemos unos segundos en silencio, hasta que ella lo rompe con una voz cálida.

Conversar con ella es una sensación muy agradable. Creo que es una mujer increíble. Cenamos juntos en un restaurante cerca de la pensión. Por supuesto, yo pago la cuenta. Después, tomamos una copa. Charlamos hasta casi las dos de la mañana. Había quedado con una amiga, pero ha roto sus planes para cenar conmigo. Todo surge natural con ella. La conversación fluye inteligente a lo largo de las horas. Es un oasis de luz en mitad de un desierto. Creo que tengo mucha suerte de conocerla.

Al volver a la pensión, nos despedimos con dos besos y un abrazo. Cada uno se va hacia su habitación. Justo antes de entrar en mi cuarto, me doy la vuelta y miro hacia el suyo. Ella también se ha girado. Nos sonreímos. Ella abre su puerta y desaparece en la oscuridad de su cuarto. Pienso si ir detrás y entrar allí dentro. Pienso si follar con ella sería una buena idea. Decido esperar. Esta noche prefiero pensar. Tal vez mañana.

Abro los ojos y miro al techo mal pintado de mi habitación. Me fijo en un desconchado que hay justo en una de las esquinas. No puedo apartar mi vista de esa imperfección. La habitación está repleta de imperfecciones, la casa también lo está. Esta ciudad es imperfecta. El mundo es un jodido lugar repleto de imperfecciones. Pero yo me fijo en esa. Es pequeña, mide unos cinco centímetros, pero es el comienzo de algo mayor, de una imperfección más grande. La observo con tranquilidad, mientras dejo que el aire cargado de la habitación entre en mis pulmones. Inhalo y exhalo lentamente, tratando de memorizar el contorno de aquella terrible muestra de realidad en una esquina de mi habitación en la pensión. Es el mundo exterior representado en un minúsculo trozo de yeso destruido por la ineptitud y el paso del tiempo.

Dejo que el aire cargado siga contaminando mis pulmones durante un buen rato más. Después cierro los ojos y trato de recordar la figura del desconchado. La imagen se representa nítida en mi mente. Imagino que recorro su contorno con mis dedos. Abro los ojos. Vuelvo a ver la imperfección y veo tu rostro reflejado en ella.

Me levanto de la cama y busco noticias tuyas con mi teléfono móvil. Espero encontrar una respuesta tuya, algo que me indique que has recibido el mensaje. Pero no leo nada de eso. Sólo las mismas noticias de siempre, pero con las fechas actualizadas. Política. Economía. Guerra, que al fin y al cabo es política y economía. La estupidez humana una y otra vez, repetida en un bucle eterno, sin fin.

Mientras me ducho pienso que quizá sea demasiado pronto. Imagino que te costará un tiempo asimilar todo lo que te va a pasar. Todo lo que te está pasando. Dejaré que te tomes tu tiempo para hacer tu movimiento. Pero no debes tomarlo con demasiada calma, traidor, las agujas del reloj ya giran y tu momento está a punto de acabar.

Antes de bajar a desayunar me fijo en la puerta cerrada de la habitación de ella. Siento ganas de llamar a la puerta, de entrar y hablar con ella para desintoxicarme de lo absurdo del mundo. Cuando uno encuentra mentes así, dignas de ser llamadas humanas, debe cuidarlas bien, cuidarlas mucho. Son demasiado escasas.

Sin embargo, decido continuar con mi plan para hoy. Prefiero esperar. Debo ser paciente. Estoy en una época extraña de mi vida, y debo tomar las cosas con calma. No puedo permitirme más errores.

Bajo al bar. Es temprano. Veo los mismos rostros de cada día. Las ojeras, el cansancio, la mediocridad. En la televisión, el presentador anuncia lluvias para ese día. Hace un chiste malo, trata de ser gracioso pero es patético. Junto a la barra, un hombre vestido con un elegante traje me dirige una mirada despectiva. Yo llevo unos pantalones vaqueros y una camiseta. Aún no hace demasiado

frío. Debo parecerle poca cosa al hombre elegante. Aparta la vista de mí y la vuelve a fijar en su teléfono móvil, pero yo ya no puedo dejar de mirarle. Algo se ha encendido dentro de mí, una maldita luz que ya no se apaga. No puedo evitar el deseo que surge en mi interior. Quiero verle morir, desangrarse sobre un sucio suelo, mientras sus ojos se clavan en los míos, comprendiendo, aterrorizado, que yo le arrebaté la vida que no supo aprovechar.

Pero debo tranquilizarme. No puedo precipitarme. Un paso en falso podría significar el final de mi magistral partida. Pido un vaso de agua para tomar junto al café con leche. El gilipollas vuelve a levantar la mirada y vuelve a fijarse en mí. Noto los latidos de mi corazón. Bebo el vaso de agua con calma, sosteniéndole la mirada. Él vuelve a mirar el móvil, lo guarda en el bolsillo, de donde saca unas monedas. Cuenta el dinero y lo deja sobre la barra. Justo antes de irse, lanza una última mirada sobre mí y desaparece en la vorágine de la calle.

Ese gilipollas del traje me ha estropeado todo el resto del día. Apenas he podido concentrarme en la lectura. De nada han servido los paseos que he dado durante todo el día, ni la agradable conversación que, otra vez, he tenido con ella. No he podido borrar su imagen de mi cabeza. Ese hombre, ese maldito hombre... ¿Cómo podría utilizarlo en mi partida de ajedrez?

10

Miércoles. La mitad de la semana laboral para la mayoría de los malditos mediocres que deambulan por la ciudad sin saber que están vivos. Responden a impulsos nerviosos, estímulos externos, sin saber exactamente por qué lo hacen. Anhelan más dinero, como el perro espera su golosina después de defecar en la calle, sin plantearse otra forma de ser, de expulsar cada día su mierda. Y también quieren más poder, porque tienen miedo, pánico, a perder lo que creen que poseen ahora mismo. Pero no poseen nada, no tienen nada. Son simples esclavos de sus pertenencias, de sus ideas. Almas engañadas, patéticas, penosas.

Así es el hombre del traje que ayer me miraba con desprecio mientras tomaba mi café en el bar. Pero hoy será distinto, hoy no me verá, no me podrá mirar con el ceño fruncido, como si mirara a un vagabundo cualquiera. Hoy seré yo el que le observe, el que le siga, con la paciencia del cazador, con la certeza del que sabe que, si juega bien sus cartas, aniquilará a su presa.

Él está dentro del bar, desayunando mientras mira su teléfono móvil. Yo estoy fuera, en la acera de enfrente, esperando tranquilo, paciente. Al cabo de diez minutos, el hombre sale y se dirige directamente hacia la estación de metro más cercana. Sigo sus pasos desde una distancia que considero prudente. No tengo miedo de que me vea. Sé que está sumido en sus propios pensamientos, en las tareas que deberá hacer ese día en el trabajo. Lo último que se le pasa por la

cabeza es que le puedan seguir.

Se mete dentro del metro. Yo entro en el mismo vagón que él, pero por otra puerta. Está repleto de gente. Hace un calor horrible dentro de esa sauna móvil. No puedo dejar de impresionarme con los rostros que me rodean. Caras serias, tristes, apagadas. No encuentro ni un ápice de vida en ninguna mirada. Siento una tremenda tristeza por todos ellos, por todos vosotros. Espero poder devolveros la felicidad pronto, muy pronto.

El metro avanza, estación tras estación. En cada parada, la gente sube y baja del vagón intercambiándose sitios, posiciones, como granos de sal en un vaso de agua demasiado saturado. Pero yo sigo sin perderle de vista. Él continúa serio, con la mirada perdida en algún punto del suelo. De vez en cuando, levanta la cabeza para observar el culo de alguna chica joven. Entonces sí le cambia la cara. Puedo detectar en su rostro la ansiedad, el deseo, la lujuria. Quisiera follarla allí mismo, en ese vagón repleto de gente. Pero en la siguiente parada el culo joven se baja del vagón y su lugar lo ocupa el de un hombre gordo. Entonces él vuelve a mirar al suelo, y espera hasta la siguiente mujer joven.

Por fin llega a su destino. Bajo en la misma parada que él y sigo sus pasos. Camina deprisa. De vez en cuando saca el móvil del bolsillo y mira la pantalla. Salimos a la superficie. Agradezco el aire fresco de la mañana después del horror contaminante del metro. Continúa caminando hasta entrar en un edificio de oficinas. Coincide con otro hombre al entrar y desde mi lugar les observo saludarse hasta que desaparecen en el interior de la gran mole de cemento y cristal ahumado. Busco un lugar donde esperar el resto del día. Va a ser una jornada larga para los dos.

Paso el día entero entre dos cafeterías y un banco desde el que puedo controlar las entradas y las salidas del edificio. Le he visto salir a comer con varios compañeros. Volvió a entrar una hora después. Por la tarde le veo salir del edificio y, de nuevo, coger el metro de vuelta a casa. Sigo sus movimientos. Analizo la situación. Va a ser complicado acabar con él. Demasiada gente, demasiado ruido.

Pero la constancia siempre trae cosas positivas. Por fin encuentro el momento. Cuando vuelve a casa, pasa por una calle poco transitada donde hay una entrada de garaje. Calculo que ese será el lugar donde acabaré con su vida. Pero debo esperar a mañana. Hay que planificar algunas cosas. Mañana, amigo mío, será tu último viaje en metro. De nada.

11

Han pasado ya varios días desde que eliminara mi peón en el cine y tú sigues sin ponerte en contacto conmigo. Aún no tengo demasiada prisa, pero me gustaría, querido amigo traidor, saber de

ti. Quisiera saber que estás bien, que estás vivo. Me encantaría saber que has recibido mi mensaje, mi invitación a jugar esta hermosa partida de ajedrez. Pero tú no respondes, te escondes en tu madriguera, esperas pasar el invierno ahí dentro, bien calentito, sin arriesgarte al frío desgarrador del mundo. Yo soy un cazador paciente. Esperaré aquí fuera lo que haga falta, el tiempo que sea necesario, hasta acabar contigo de una vez por todas. Voy a echar un poco más de cebo. Carnaza. Piezas que deben morir en el tablero para acabar derribando al rey cobarde. Tómate tu tiempo. El final será el mismo.

Bajo a desayunar, como cada día, y observo la pieza que sacrificaré hoy. Vuelve a mirarme con desprecio. Yo espero tranquilo, sosegado, saboreando lentamente mi café con leche, mientras dibujo en mi mente el callejón solitario, la entrada del garaje, su sangre oscura confundándose con la porquería aceitosa que recubre el cemento. Es una escena tan perfecta que casi no puedo esperar a verla...

Estoy hundido en mis propios pensamientos cuando su voz dulce me devuelve a la realidad. Es Gema, la mujer de la pensión. Mi amiga. Nunca la había visto a esas horas allí, pero me comenta que hoy tenía algo urgente que hacer por la mañana. Lleva prisa, dice, y tiene cara de sueño, pero aún así la conversación con ella es muy agradable. Le digo que yo también tengo un día ajetreado por delante, pero que si quiere podemos cenar juntos esa noche. Ella me observa con media sonrisa en la boca. Le parece bien, me dice. Quedamos a las nueve de la noche en la puerta de la pensión.

Cuando Gema se va, me doy cuenta de que el trajeado, que aún sigue allí, la mira con deseo, con lujuria. Ella es una mujer atractiva, y soy consciente de que muchos hombres desviarán sus miradas hoy para tratar de fijarse en su hermoso cuerpo, pero me molesta especialmente que lo haga ese gilipollas.

De nuevo vuelvo a sentir la sangre fluyendo rápida por mis venas, mi corazón bombeando con fuerza. Debo controlarme, parecer tranquilo. Esta tarde ocurrirá todo. Él morirá, y yo enviaré un nuevo mensaje al traidor. Y después cenaré con ella. Será un día perfecto.

Dejo pasar las horas tranquilo, sereno, mientras leo en la biblioteca. Sigo devorando novelas policíacas, mientras trato de averiguar si el autor del relato ha vivido alguna vez una situación semejante a las que describe en sus páginas. ¿Cómo será ese escritor en la intimidad? ¿Sería de verdad capaz de asesinar como lo hacen los personajes de sus historias? ¿Sería capaz ese cuentista de hundir el filo de un cuchillo en el cuerpo de un hombre, y admirar la belleza de la muerte mientras el otro boquea como un pez fuera del agua buscando el aire insuficiente para evitar el final? Seguro que no. Ese hombrecillo de vida insulsa y desperdiciada no pasará jamás de la imaginación, nunca llegará a vivir de verdad. Todo ocurrirá en su mente. Nada más.

Pasan las horas. Llega el momento de sacrificar otra pieza. Vuelvo a la pensión a recoger el material. Dispongo de todo lo necesario para acabar el trabajo. Soy metódico, soy una máquina

perfecta. Salgo del portal y camino hasta el garaje. Hay mucha gente aún por las calles, pero la oscuridad es mi aliado más fiel esta tarde.

La calle está casi vacía, como esperaba. Sólo hay un hombre paseando a lo lejos. Camino hasta la esquina contraria. Esperaré a que aparezca el peón. Luego, volveré hasta el centro de la calle, y me agazaparé en el garaje oscuro. Allí ocurrirá todo.

Mientras espero, noto cómo mi pulso se acelera ligeramente, pero sin llegar a desbocarse. Eso es buena señal, mi cuerpo está respondiendo bien. Soy capaz de controlarme. De pie, junto a un portal, espero paciente. Nadie se fija en mí. Yo no me fijo en nadie. Pasan los minutos. Son más de las ocho y cuarto de la tarde, y el maldito peón aún no ha aparecido. Sigo esperando...

Por fin le veo a lo lejos. Distingo su cara de cansancio desde mi posición. Tranquilo, pronto descansarás, pienso mientras avanzo por la calle estrecha y desierta hasta mi escondite. Allí permanezco en silencio, atento a cualquier ruido. Escucho pasos que se acercan, lentos, cansados. A los pocos segundos, su figura aparece frente a mí. Sin dudarlo ni un momento, me abalanzo sobre él desde detrás. Con la mano izquierda tapo su boca, mientras la mano derecha hunde el cuchillo en su espalda. Noto cómo se estremece su cuerpo, y sus ochenta kilos cayendo al suelo me arrastran con él. Los dos caemos, yo sobre él. Mi propio peso hunde más el cuchillo. Está tan petrificado que no hace nada para evitar lo que está a punto de suceder. La punta metálica y afilada toca algo duro. Al principio pienso que es un hueso, pero no tiene sentido. Entonces comprendo que es el suelo. Le he atravesado por completo. Con fuerza, me incorporo a la vez que tiro de él, arrastrándolo hacia el interior de la entrada del garaje. Un reguero de sangre inunda el cemento. Allí dentro, saco el cuchillo. Él vuelve a sacudirse. Más sangre. Aún está vivo. Destrozado, pero vivo. Le miro a los ojos. Observo su expresión de horror. Es incapaz de emitir ningún sonido. Me encantaría recrearme en esa escena, pero no puedo permanecer más tiempo allí, así que con un movimiento rápido secciono su garganta. El líquido rojo brota a borbotones. Su rostro cambia de expresión. Su horror se transforma en una mueca casi cómica, con la lengua fuera de la boca. Es patético. Limpio el cuchillo en su camisa, mientras dejo que su sangre termine de manar con fuerza. Cojo su teléfono móvil y me lo guardo. Todo ha acabado ya. Dejo una nota sobre el cuerpo y salgo de allí rápido, sin mirar hacia atrás. Todo ha salido de maravilla.

Sólo queda una cosa por hacer. Mientras camino hacia la pensión para guardar el cuchillo, llamo a la prensa. No doy demasiados datos: digo lo suficiente para asegurarme de que publicarán la noticia, aunque a esas alturas no tengo ninguna duda.

Llego a mi habitación, guardo el material en mi maleta y me dispongo a salir. Me doy cuenta de que llevo la chaqueta manchada de sangre. Me quedo quieto, mirando los oscuros goterones de líquido vital, tratando de recordar cuánta gente me había cruzado en mi regreso.

Miro la hora: son las nueve de la noche. He quedado con Gema. Me quito la chaqueta, la

guardo en una bolsa de plástico, y me visto con ropa limpia. De momento me desharé de ese maldito trozo de tela sucia y después iré a cenar. Lo más probable es que nadie se haya fijado. Tendré que tener más cuidado la próxima vez.

12

Abro los ojos. La luz se cuela por las rendijas de la persiana de la habitación, rompiendo la oscuridad. El perfil de algunos objetos se dibuja en la penumbra. Me noto muy relajado en este lugar. He dormido como un bebé esta noche. Siento que mi cuerpo está descansado, listo para un nuevo día. Me incorporo con tranquilidad, mientras repaso en mi mente los acontecimientos de ayer. Fue un gran día. Acabé con la vida del inútil del bar y después cené con Gema. Nos quedamos hablando hasta las dos de la madrugada en un bar que hay cerca de la pensión. Nos despedimos con un beso dulce, suave, en los labios. Las cosas están yendo tranquilas entre ella y yo. Eso me gusta. Así tendré tiempo de preparar con calma mis planes. La partida requiere mucha concentración. Todas las piezas deben estar controladas. De momento, todo va bien.

Salgo de la pensión y bajo a desayunar. Es viernes. Veo caras plagadas de sonrisas. Llegar hasta el último día de la semana es todo un logro para una gran mayoría de mediocres. Lo saben. Saben que son completamente infelices, aunque no se atreven a cambiar sus vidas. Pero cada vez está más cerca la redención. Pronto liberaré sus almas.

Pido un café con leche mientras abro uno de los periódicos que hay en la barra. De fondo, el murmullo de la televisión martillea mi cabeza. Hoy me desperté más tarde que otros días, y aún no he mirado las noticias en el teléfono. He preferido leer con calma los titulares en los viejos periódicos de papel. El papel tiene cierto encanto. Es algo antiguo, arcano cuando se compara con las tecnologías actuales. Aún no sé si avanzamos o retrocedemos.

Miro la portada. Se me hace difícil contener la sonrisa. Mi rostro no muestra ningún indicio de alegría, pero por dentro estoy gritando de emoción. Leo y releo el mismo titular. Una y otra vez. Me embriago de emoción. El gran día ha llegado. Mi oponente ha decidido comenzar sus movimientos. La ciudad es un tablero de ajedrez. Las fichas caen. Los peones mueren. Es tan emocionante...

Bebo mi café con leche con tranquilidad, mientras sigo leyendo. Me tomo mi tiempo. Hoy es un día importante. Será necesario reflexionar bien cada movimiento a partir de ahora. Acabo de desayunar y devuelvo el periódico a su sitio. Lo dejo doblado, con el titular bien visible. Pago y echo un último vistazo antes de irme: "Locura homicida: dos asesinatos en la misma noche sacuden Madrid". Bienvenido, viejo amigo.

13

Cuando despierto, Gema aún sigue junto a mí. Noto su cuerpo desnudo junto al mío. Entra bastante luz por la ventana. Debe ser tarde. Recorro la habitación con la mirada. Todo está bien ordenado, a excepción de la ropa con la que anoche salimos a cenar, que está tirada por el suelo. No esperaba que esto ocurriera tan rápido, pero supongo que fue algo inevitable. Volvimos a llegar a la pensión tarde, muy tarde. Pero esta vez no nos separamos en el pasillo. Ella me abrazó y me besó en los labios. Sentí una sacudida dentro de mí, y los dos acabamos en su habitación. No me arrepiento, pero sé que puede ser un problema más en mi compleja partida de ajedrez. Otra variable más a tener en cuenta. Otra pieza. Una reina. Mi reina.

Escucho su respiración lenta, relajada. Sigo sumido en mis pensamientos. Estudio el tablero en mi mente. Veo mis piezas dispuestas para el ataque. Y la veo a ella, junto a mí. Es peligroso. El exceso de celo sobre la reina puede llevar perder una partida. El equilibrio es necesario, es importante. No debo dejar que se exponga demasiado. Debo controlar el centro del tablero. Debo manejar la partida.

Recuerdo el nombre de la calle en la que sacrificó su primera pieza, apenas unas horas después de que yo lo hiciera. En silencio, acerco el pantalón hasta mí y cojo el móvil, que aún permanece en el bolsillo. Miro la ubicación de la calle en el mapa. Está lejos de mí. Nos separan casi seis kilómetros. Es curioso. Ha matado muy cerca del quiosco en el que trabajaba hace años. Siento como si el tiempo no hubiera pasado. También siento la necesidad de acabar la partida lo antes posible. Debo hacerlo bien, pero rápido. Estoy acumulando demasiado trabajo. Debo apresurarme para centrarme en mi objetivo real: salvarlos a todos.

Por fin, Gema despierta. Me mira y me besa los labios con suavidad. Yo respondo a su beso, mientras noto cómo su mano acaricia mi pecho y desciende, poco a poco, hasta mi pene ya erecto. Lo acaricia y comienza a masturbarme. Mi mano también se desliza por su cuerpo hasta su sexo. Lo noto húmedo. Mi erección parece crecer por momentos. Con un movimiento brusco ella se coloca encima de mí, a horcajadas. Utiliza su mano para guiar mi pene hacia su interior. Yo me dejo hacer. Ella comienza a moverse. Despacio al principio. Más rápido después. No tarda mucho en gemir, mientras el movimiento se vuelve algo más brusco. Intento seguir su movimiento. Elevo mis caderas justo en el momento en que ella desciende sobre mi pelvis. Noto como la penetro más y más cada vez. Así seguimos un rato hasta que los dos comenzamos a perder la cabeza. Ya no hay sincronización en los movimientos. Ya sólo hay sexo y gemidos. Y flujos. Y movimientos bruscos, casi violentos. De repente, giro sobre mí hasta que ella está debajo. Le pido que se coloque boca

abajo. Ella lo hace rápidamente y yo la penetro así, mientras observo su espalda y el pelo que cae sobre su cuello y los hombros. Empujo con fuerza y noto cómo su vagina acepta mis embestidas. Ella gime. Yo respiro con fuerza. Mientras sujeto el peso de mi cuerpo con mi mano izquierda, recojo su pelo con la derecha, y me inclino sobre ella. Gema gira la cabeza y nos besamos, mientras sigo embistiéndola con fuerza. Poco después, ella grita de placer, y yo noto una oleada de calor en mi sexo. El orgasmo también invade mi cuerpo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Mi reina, mi querida reina.

Pasamos todo el día en su habitación, sin salir de la cama. Hacemos el amor y descansamos. Después volvemos a hacerlo y volvemos a descansar. Ni siquiera salimos para comer. Son más de las ocho de la tarde cuando, después de todo un día de sexo, decidimos salir a cenar.

Las calles están repletas de gente paseando, felices, ajenos a todo lo que está ocurriendo. Es sábado por la noche, y todo lo malo parece desvanecerse después de la segunda copa. Cenamos en una taberna del centro. La comida está deliciosa. Nos miramos y sonreímos. A ratos, pienso, yo también soy como todos los demás. A ratos, soy ajeno a lo que está ocurriendo. Pero entonces, una imagen llama mi atención. Clavo los ojos en el televisor que hay en una esquina del local. El sonido está desactivado, pero sobre la imagen de un cuerpo tumbado en el suelo, tapado con una manta plateada, se puede leer un letrero informativo: “Brutal asesinato en un barrio de Madrid. La policía desconcertada”.

No tengo ninguna duda. Eres tú. Has tardado poco en mover. Ahora me toca a mí.

14

Domingo. Me despierto temprano y, en silencio, abandono la habitación de Gema. Antes de irme, ella se da la vuelta y me mira. Le indico que siga descansando, que yo tengo que ocuparme de unos asuntos personales. Ella asiente en silencio y vuelve a cerrar los ojos. No me pregunta nada más. Adoro esa clase de discreción. Es justo lo que yo necesito en estos momentos.

Voy hasta mi cuarto y enciendo el ordenador portátil. Repaso con calma las noticias del día anterior. Ayer lo hiciste bien, enemigo mío. Pero yo lo haré mejor. Según la prensa, la víctima de ayer murió de un corte en el cuello. Al parecer, el corte fue realizado con una cuchilla muy afilada, tal vez un cúter. El tajo fue preciso, directo a la yugular de la víctima, que se desangró en pocos minutos. La policía, dice la prensa, no tiene ninguna pista del asesino. El difunto no guardaba relación con ninguna banda organizada. El robo está descartado, pues el hombre aún llevaba la cartera en el bolsillo de la chaqueta cuando fue descubierto por un empleado de la limpieza. Podría tratarse de una discusión que acabó mal, asegura el periodista, pero sin duda la forma recuerda

demasiado al que ocurrió justo el día anterior. La policía está desconcertada... La preocupación por los asesinatos crece cada día.

Los artículos que leo son bastante interesantes, sobre todo el de uno de los periódicos que habla de dos asesinos en Madrid: uno, al parecer, se hace llamar “maestro”, y menciona a un “traidor” en cada escenario de muerte. El otro sólo mata; no deja notas ni se hace llamar de ningún modo. El periodista habla de una posible relación, pero es demasiado pronto para saber nada. Un tipo listo, ese juntaletras.

Las piezas de la partida ya se mueven, imparables, hacia el desenlace. Me gusta que nos relacionen, y me encanta que vean los dos estilos diferentes... Y adoro que no sepan la verdad de todo eso; que no sepan que, en realidad, son peones de una partida que jamás llegarían a comprender.

Debo reconocer tus méritos, maldito traidor. Aprendiste bien de tu maestro. Fuiste un discípulo aventajado. En cierto modo, siento admiración por ti. Por supuesto, no lamentaré acabar contigo. Es algo que debo hacer. Es necesario para mí, para ti y, sobre todo, para el bien de la humanidad. No podemos, no debemos, olvidarnos de por qué estamos aquí. Esta sociedad tan triste, tan apática, tan llena de pena y de ira, nos necesita. Ahora más que nunca. Y cada día que pasa, la curación será más dolorosa.

Observo en el mapa la ubicación de tu última obra mortal. Ahora estás a tres kilómetros de mí. Será necesario mover otra ficha para acercarme un poco más a ti. Un nuevo peón deberá ser sacrificado. Pero, ¿cómo? Tiene que ser un movimiento espectacular. Algo distinto. Algo fuera de lo común. Algo que demuestre al mundo quién es el mejor, el único.

De repente, alguien llama a mi puerta. Cierro todas las ventanas del ordenador antes de que entre. Es Gema. Acabo de recordar que aún no he desayunado, y ella querrá salir a dar un paseo después. No me vendrá mal dar un paseo. Necesito encontrar la situación adecuada en el tablero para el siguiente sacrificio. Aprovecharé para abrir bien los ojos. A veces, la solución a los problemas está justo delante de nuestras narices. Sólo hace falta saber mirar.

Nos duchamos juntos y salimos. Desayunamos. Después decidimos caminar por los rincones escondidos de esta ciudad. Recorremos un sinfín de callejones solitarios, estrechos, donde apenas se escucha el rumor de los coches a lo lejos. Vamos cogidos de la mano, como una pareja de adolescentes enamorados. Mientras disfrutamos del paisaje urbano, yo voy buscando posibilidades para mi proyecto personal.

Hacia mediodía encuentro el lugar perfecto. Se trata de una heladería que hay al comienzo de una calle, cerca de una plaza. Hoy está repleta de gente, pero sé que mañana, lunes, no habrá nadie. Tendré una buena oportunidad. Gema y yo compartimos un helado de vainilla con nueces. Yo no puedo evitar mirar a la heladera. Es una chica joven, extranjera. Yo diría que de el este de

Europa. Es un peón rubio y con ojos azules. Una mujer verdaderamente atractiva. Para muchos será una pena. Par mí será algo natural. La belleza también muere.

15

Lunes. Ya han pasado quince días desde que comenzara de nuevo a escribir este diario. Hace dos semanas que dispuse las piezas sobre el tablero, y los acontecimientos se suceden rápidos. Son movimientos feroces, como los zarpazos de dos tigres luchando entre la hierba baja.

Desayuno fuera de casa, en la misma cafetería de siempre. Hoy está un poco más vacía. El viernes pasado no me di cuenta. Creo que aún estaba embriagado por el aroma de la sangre que derramé la noche anterior. Pero hoy sí lo veo con claridad. El idiota trajeado ya no vendrá jamás a molestarnos tan temprano. Aquí todos le conocían. De alguna manera, todos habían cruzado algunas palabras con él. Es curioso cómo suceden las cosas; cómo ocurre la vida. No veo señales de dolor ni de tristeza en ninguna cara. Sí saben que ha muerto. Lo comentan abiertamente. Incluso yo me atrevo a hacer algún comentario. “Qué barbaridad. El mundo se ha vuelto loco. Ya no se puede ir seguro por la calle”, respondo. Intervengo en la conversación porque me toca, porque sé que es necesario fingir consternación ante un hecho semejante. Qué ridículo. En sus ojos veo que no les importa nada el muerto. Tienen miedo por ellos mismos, no quieren ser los siguientes en la lista. Pero el tipo ese, el del traje... Ese no le importa a nadie. Nadie le importa a nadie. Es el egoísmo en el que vivimos; en el que nos hundimos; en el que naufragamos como una patera a la deriva.

Paseo con tranquilidad por el centro después de desayunar. Paso por delante de la heladería. Aún está cerrada. Leo en el cartel que abren a las once de la mañana. Es perfecto. Tengo tiempo de volver a la pensión para recoger el material. Lo guardo en el doble fondo de una maleta de esas que tienen ruedas y asas para transportarla. Hoy bastará sólo con un cuchillo mediano, bien afilado. A veces no es necesario mucho más.

Antes de salir de la pensión de nuevo, me tumbo en la cama boca arriba, dejando que pasen los minutos. Iré a eso del mediodía. Tendré que ser cuidadoso. Repaso el plan en mi cabeza una y otra vez. Es simple, fácil. Un movimiento directo sobre el tablero. Sin complejidad. Una jugada valiente, a la luz del día. Espero que sepas apreciar su valor.

Salgo hacia la heladería. Una vez allí, espero fuera el momento justo. Hay dos personas comprando helados. Son extranjeros. Dejo que salgan y, justo después, entro yo. La muchacha me atiende con educación. Finjo no decidirme por el sabor del helado que quiero. Señalo uno. Ella me dice que es una gran elección, que ese es su favorito. Vainilla con pequeños trocitos de chocolate. Miro hacia la puerta. No hay nadie. Ella se inclina sobre el congelador. En su mano lleva el

cucharón para sacar el helado. Está bastante duro, y veo cómo tiene que esforzarse para rellenar el cucurucho grande que he pedido. Vuelve a agacharse para sacar otra bola. En ese momento yo agarro su cabeza con mi mano izquierda desde el otro lado del mostrador. En la derecha ya empuño el cuchillo. Ella no llega a gritar. Clavo el acero en su cuello y tiro del mango con un movimiento brusco, seco. Secciono parte de su garganta. La sangre sale a borbotones y se desparrama sobre los helados. En menos de unos segundos el color de su cara cambia por completo. Su cuerpo, ya flácido y sin fuerza, se desploma sobre los tarros. Suelto su cabeza y, rápido, voy hasta la puerta de la calle. No hay nadie. Es una calle tranquila. Me pongo los guantes y bajo la persiana de seguridad. El interior de la tienda queda en una penumbra que me parece hermosa, romántica. Vuelvo hasta el cuerpo de la mujer. El calor de la sangre derramada derrite lentamente los helados. Una pasta con sabor a muerte se forma en el congelador. Saco algunas tarrinas. Necesito hacer sitio para su cuerpo. El tronco ya está dentro del congelador. Agarro sus piernas y las empujo dentro. Cierro. Observo la escena. A través del plástico translúcido del congelador veo la mezcla de sabores. Un helado humano con toques de vainilla.

Dejo mi nota sobre el mostrador. Recojo su teléfono móvil, que está junto a la caja registradora. Limpio la sangre del cuchillo con los trapos de cocina que encuentro. Reviso la escena antes de acercarme a la salida. Subo la persiana hasta la mitad. Alguien pasa por la calle. Dejo que se marche. Espero unos segundos hasta asegurarme de que no queda nadie. Salgo y vuelvo a bajar la persiana. Me voy caminando tranquilo. Me cruzo con un grupo de extranjeros. No se fijan en mí. Están encantados observando los edificios.

Cuando estoy a varias manzanas de la heladería, marco el número de un periódico distinto al de las otras veces. Hay que repartir la suerte. En medio minuto explico lo que necesitan saber. Borro las huellas del teléfono y lo tiro a una alcantarilla.

Despacio, camino hacia un restaurante de la zona. Tengo ganas de comer algo. El trabajo duro me abre el apetito. Y hoy he trabajado muy duro.

16

Mi obra de arte aparece en la primera página de todos los periódicos del país. También los diarios extranjeros en Internet hablan de mí. En realidad hablan sin saber muy bien de qué. Opinan. Escupen noticias, una detrás de otra, como si supieran lo que está ocurriendo. Inútiles. No saben nada.

“Terror en Madrid”, es uno de los titulares más alarmistas. “Horrible serie de asesinatos”, dice otro titular. Varios incluyen el contenido completo de la nota que dejé ayer en la heladería:

“Querido traidor:

Nuestra partida sigue su curso. Espero impaciente tu próximo movimiento. No te equivoques. A estas alturas del juego, cualquier error puede resultar fatal.

Te saluda atentamente:

Maestro”

La policía, al parecer, está desconcertada. Según informan, no están realmente seguros de lo que está pasando. Creen que se trata de dos o más asesinos, pero no descartan la posibilidad de que sea uno solo. O que incluso puede tratarse de una simple casualidad. Oportunismo. Nada. En realidad no saben nada.

Es martes. He pasado el día en la biblioteca, leyendo. A mediodía hablé con Gema por teléfono. Quedé con ella para dar un paseo por la noche y cenar fuera. Decido pasar el resto del día leyendo, hasta la hora de la cita. Me gusta la tranquilidad de la biblioteca. Es un lugar silencioso, repleto de ideas brillantes plasmadas en miles de hojas de papel. Todas esas páginas, todas esas palabras, todo ese conocimiento, esas historias, hacen que me sienta cómodo allí dentro. Es como un oasis de paz en un mundo completamente loco.

A las ocho de la tarde salgo de la biblioteca y voy al encuentro de Gema. Mientras la espero me doy cuenta de que me ha dejado un mensaje en el contestador de mi teléfono móvil. Dice que ha visto las noticias y que tiene miedo, que es horrible lo que está ocurriendo. También me dice que llegará un poco tarde a la cita. Quisiera decirle que no tiene nada que temer, que todo irá bien, que yo la protegeré de cualquier maldito asesino psicópata, pero no es más que un mensaje grabado. No puedo hablar con ella. Tener miedo es natural, pero uno no debe dejar que el miedo se apodere de él, que le bloquee, que le impida razonar o actuar. El miedo debe servir para mantenerte despierto.

La espero sentado en un banco de la calle mientras observo pasar a la gente. De vez en cuando miro mi reloj, pero nunca pierdo la atención de todas esas personas que van de un lugar a otro como hormigas cerca de un hormiguero. La ciudad es un continuo vaivén de gente que parece caminar sin sentido, sin un destino determinado. En realidad creo que nadie sabe adónde va. Quizá ellos crean que saben hacia dónde se dirigen, pero están completamente equivocados. No tienen la más mínima idea, no saben qué hacen aquí. Simplemente están, como si su vida fuera una casualidad, un efecto de una serie caótica de acontecimientos que, regidos por unas extrañas leyes incomprensibles, desembocan temporalmente en un ahora que sólo es lugar de tránsito hacia el mañana.

Vuelvo a mirar el reloj. Gema se retrasa más de media hora. Es extraño. Miro el teléfono. No tengo ninguna llamada perdida, ni un nuevo mensaje. Trato de llamarla, no puedo establecer la comunicación. Su móvil debe estar apagado, tal vez sin batería. O quizá esté en el metro, donde no haya cobertura. Sigo esperando. Sigo observando.

Una hora después, sé que algo va mal. Algo no funciona en todo esto. Me levanto y miro alrededor. Cada vez hay menos gente por la calle. Vuelvo a mirar el teléfono. No hay ningún mensaje. Intento llamarla de nuevo, pero sigo sin poder comunicarme con ella. Apago el teléfono y lo meto en el bolsillo, mientras pienso qué puede estar pasando. Una sensación horrible recorre mi estómago cuando noto que el teléfono vibra en mi bolsillo. Es un mensaje. Lo saco despacio. Antes de leerlo sé que no será Gema. No sé por qué, pero estoy convencido de que no será ella. Miro la pantalla del móvil. El mensaje viene de un número desconocido, pero el texto es completamente familiar: “Hola, maestro. ¿Te acuerdas de mí? Qué pregunta más estúpida. Claro que te acuerdas de mí... Qué poco queda para que nos volvamos a ver. Gema te manda saludos. Por cierto, es una mujer preciosa. Bravo”.

Permanezco en silencio, de pie, en mitad de la calle. Maldito seas. Maldito una y mil veces. Te arrancaré la vida. Te arrancaré el alma... Maldito...

1 (del diario del discípulo)

Creo que debería enfadarme contigo, querido Maestro, pero no estoy seguro de poder. Es posible que, en realidad, deba alegrarme de que hayas vuelto. Significa mucho para mí. De todos modos, no es de buena educación llegar sin avisar. ¿Y si yo hubiera estado ocupado? ¿Y si me hubieras cogido en un mal momento? Bueno, olvidemos lo ocurrido. Afortunadamente, yo estoy disponible para ti y, por lo que veo, tú también estás disponible para mí. Será divertido volver a jugar juntos, como hicimos hace años.

Será necesario advertirte, mi querido Maestro, de algunas cosas importantes. Llegado el momento, cuando te tenga ante mí, postrado, suplicando por tu miserable existencia, me gustará dejarte leer estas líneas para que entiendas todo lo que habrá ocurrido. Pero supongo que en ese instante de dolor y sufrimiento para ti, te resultará realmente difícil entender qué fuerzas ajenas a tu control te habrán llevado hasta ese punto. Y, claro, será importante empezar a explicarte todo desde el principio, de lo contrario no serás capaz de comprender la verdadera magnitud de mi obra. Allá voy.

Nunca, mi querido amigo, estuviste solo. Abandonaste la ciudad después de que yo te otorgara la libertad y, por qué no decirlo, te perdonara la vida. Te marchaste rápido, derrotado. Yo

diría que hasta avergonzado. No tenías porqué. Hiciste un gran papel. Me enseñaste muchas cosas. Yo aprendí de ti, aprendí tanto y tan bien que te superé. Y tú no lo soportaste.

Durante muchos años has vivido una vida anodina, aburrida, lejos de mí, lejos de tu ciudad. Pero yo sé, querido mío, que en tu cabeza siempre tuviste la idea de volver. Pero no volver por ti, ni volver por venganza, sino volver para completar el trabajo que dejaste a medias. Porque tú, Maestro, eres bueno. Eres la bondad personificada. Tú, amigo mío, te crees de verdad el salvador de la raza humana. Tú, sublime todopoderoso, eres una creación esencial de la madre Naturaleza, una pieza diseñada para realizar un papel. Tú eres fiel a tus sentimientos. Crees que matando depurarás una raza en declive y actúas en consecuencia.

Yo, sin embargo, mato por gusto. Mato por el placer de matar, de ver sufrir. Mato porque adoro jugar a ser Dios, arrebatando una vida, la que sea, sólo porque a mí me da la gana. Mato porque puedo. Mato porque, en el fondo, soy malo. Soy la maldad personificada. Yo no busco mejorar la raza. A mí me da igual la raza. Yo quiero hacer daño. Quiero sentir el poder, saber que una vida está en mis manos. Adoro ver cómo se deshace una persona cuando sabe que va a morir. Y lo hago lentamente, despacito, dejando que el pobre futuro cadáver sea consciente de lo que le está ocurriendo. Ya te contaré cómo lo hago. Tendrás ocasión de probarlo, amigo mío. Y desearás una muerte rápida que no te concederé.

Así que, como te decía, yo sé que has pasado todos estos años pensando en volver. Claro que quieres acabar conmigo. Al fin y al cabo todos tenemos nuestro pequeño orgullo. Pero quieres volver porque necesitas continuar tu labor. Y, durante todos estos años, en los que has estado dando vueltas a esa enferma cabeza tuya, yo te he estado observando a través de un agujerito. Desde la lejanía, yo conocía cada uno de tus movimientos. Yo siempre he estado a tu lado, esperando. A veces dudé, pensé que jamás volverías. Pero, querido Maestro, al final se impuso la cordura en tu mente estropeada, y decidiste regresar.

Y ahora aquí estamos los dos. Tú, tratando de llamar mi atención. Yo, que nunca desvié mi atención de ti. Va a ser divertido. Bienvenido, Maestro. Te estaba esperando.

2 (del diario del discípulo)

Hoy estuviste paseando por nuestro antiguo barrio. Es divertido verte en la distancia, sin que tú sepas que yo estoy ahí. He decidido dedicarme en cuerpo y alma a ti, amado maestro. Al fin y al cabo, yo no soy nada sin ti.

Después de estar un rato contigo, he decidido dejarte solo. Todo hombre necesita algo de intimidad. Además, tenía trabajo que hacer en casa, así que decidí volver a mi pequeña y humilde

morada. Vivo en una casita en las afueras. Uno de esos chalés pareados, con un jardincito minúsculo en la parte de atrás. No creas que es algo grande. Nada más lejos de la realidad. Es una minucia en comparación con lo que hay por ahí. Ya, ya sé lo que estás pensando. Crees que me he vendido. Que he escogido la vida cómoda, la vida burguesa. Y si fuera así, ¿qué tendría de malo? ¿Por qué crees que es malo tratar de vivir una vida tranquila, repleta de las comodidades que la tecnología es capaz de ofrecernos? Sí, también imagino tu respuesta. Para ti es una vida insustancial, sin sentido. Pero, querido mío, ¿acaso no lo son todas? ¿O ninguna?

Tú también llevas una vida insustancial. Es necesario que lo sepas, ahora que vas a morir. Tú llevas una vida sin sentido, alejada de esa gran vida maravillosa, salvadora de la raza, en la que te imaginas a ti mismo. Eres un ser anodino. Ya verás por qué.

Pero no perdamos el hilo. Te decía que vivo en un pequeño chalé, de esos a las afueras de la ciudad. Es pequeñito, pero, como te decía, sirve perfectamente a mis propósitos. Tiene dos plantas, además de un pequeño sótano donde está el cuarto de calderas y la entrada al garaje. Pero yo prefiero aparcar fuera. Aquí todo el mundo lo hace. Al fin y al cabo, este es un sitio tranquilo, y no hay necesidad de guardar el coche dentro. Así que, con unos retoques por aquí, una mano de pintura por allá, unos ladrillos bien colocados y, sobre todo, una buena insonorización, me he creado mi propia sala de los horrores. Es una gozada. Tendrías que verla, maestro. Tengo todo lo necesario para causar dolor, para hacer sufrir a mis pequeños cadáveres andantes hasta que sus ojos (mientras aún los conservan) piden la clemencia de una muerte prematura. Yo, por supuesto, no se la doy. ¿Qué clase de persona crees que soy? Yo no mato para conseguir un objetivo tan grande y noble como el tuyo. Yo mato porque quiero. Y no estoy enfermo ni nada de eso. No me excito sexualmente cuando los veo sufrir. No. Nada de eso. Simplemente me gusta sentir que puedo hacerlo. Ver cómo se deshacen poco a poco. Ver cómo se escapa su vida lentamente.

Me ha llevado mucho tiempo, querido maestro, refinar mi técnica. Han sido muchos años de cadáveres inútiles, trozos de carne con los que no me sentía satisfecho. Durante un tiempo me llegué a plantear si realmente sabría hacerlo bien; si mi arte llegaría a merecer la pena. Pero, amigo mío, el esfuerzo, la constancia, las ganas de mejorar, son armas infalibles a la hora de mejorar. Y yo he practicado mucho... Muchísimo...

No he salido en los periódicos, claro. Eso no es para mí. Al menos, no hasta ahora. Uno no puede mostrar sus obras menores. Debe esconderlas, almacenarlas en un trastero y seguir trabajando hasta conseguir algo grande, algo que merezca la pena. Eso he hecho yo todos estos años. Crear arte para luego destruirlo. Era arte bajo, arte mediocre. Arte incipiente. Pero ahora que estás tú aquí, crearé arte para ti. Y al final, mi querido amigo, tú serás mi arte. Qué honor...

3 (del diario del discípulo)

Me gusta estudiarte desde lejos. Durante todo este tiempo te he vigilado muchas veces. Unas veces era yo mismo el que seguía tus movimientos desde la seguridad de una azotea cercana, escondido entre un mar de rostros extraños. Otras veces no era yo el que te vigilaba, sino alguno de mis ayudantes. Porque tengo mis propios discípulos. Supongo que estarás orgulloso de mí, ¿verdad, maestro?

He evolucionado. Después de pasar mucho tiempo pensando, me di cuenta de que la mayoría de los asesinos como nosotros han sido siempre personas solitarias, de carácter enfermizo. Algunos tienen unas historias realmente oscuras, inquietantes. Yo mismo siento escalofríos cuando leo artículos en la prensa sobre las personalidades de algunos asesinos en serie. Seres repletos de ira, trastornados, enfermos al fin y al cabo.

Yo no estoy enfermo. Al menos no más que tú, y, por supuesto, no más que cualquiera de los pánfilos acomplejados que abarrotan este mundo. No. No es enfermedad. Es un pasatiempo. Matar, causar dolor, regocijarse en el sufrimiento extremo es una forma como otra cualquiera de pasar las horas. ¿Por qué habría de ser distinto a, por ejemplo, sentir una euforia exagerada cuando gana tu equipo de fútbol? ¿O a atiborrarse de pizza una noche en casa, mientras ves tu serie favorita? Yo no veo fútbol, y casi no sigo las series de televisión. Sin embargo, me deleito arrebatando vidas.

Y, como te decía, maestro, no es necesario hacerlo en soledad. Después de pensarlo bien, imaginé que mi pequeña diversión también debería ser la de muchas otras personas. Empecé a investigar, y encontré lugares muy interesantes en Internet. Dentro de la gran red de redes existe una zona aparte, una pequeña subred formada por ordenadores y servidores alternativos, alejados del control de los gobiernos; puntos de encuentro para todo tipo de almas con necesidades especiales, como nosotros. Allí, en esa especie de Arcadia para los sentidos, repleta de asesinos a sueldo, prostitutas, compra y venta ilegal de armas y personas, donde el único límite lo pone la cantidad de dinero que poseas, encontré a mi gente; y allí hicimos nuestro pequeño clan. Nuestro pequeño grupo de asesinos.

¿Te está gustando lo que te estoy contando? Es importante para mí que sepas todo esto, admirado maestro, porque todo buen discípulo debe saber agradecer a su antecesor las enseñanzas recibidas. Te lo cuento también para que te sientas orgulloso y sepas, sin lugar a dudas, que tú y yo no somos muy distintos, pero yo mato mejor que tú.

Así que mientras que tú estabas por ahí, tratando de encontrar de nuevo tu senda, follando con todo tipo de mujeres, destrozando el templo en el que habías convertido tu cuerpo, yo estaba pasándolo en grande con mis amigos, disfrutando de los secuestros, gozando con la sangre derramada de esas almas descarriadas que no significaban nada para mí ni, por lo visto, para nadie.

Y así, mientras tú perdías el tiempo, yo me perfeccionaba cada día y enviaba a mis pequeños aprendices a volar y matar por todas las ciudades del mundo. Y ellos lo hacían con diligencia y pasión. Y ellos mataban para mí.

No sabría decirte cuántos hemos matado a lo largo de estos años. Han sido cientos los mutilados, los degollados, los abrasados, los masacrados, los aplastados hasta la muerte. Cientos a lo largo de todo el mundo. Cientos de personas borradas, eliminadas, aniquiladas.

Muchos eran vagabundos, personas sin hogar. Gente que no importaba a nadie. Otros, al contrario, eran hombres y mujeres con vidas corrientes, quizá algo aburridas. Personas que, de repente, desaparecían para siempre sin dejar rastro. ¿Y quién las buscaba? ¿Y durante cuánto tiempo? ¿Sabes la cantidad de personas que desaparecen en un país a lo largo de un año?

Bien, querido mío. Ahora que sabes todo esto: ¿qué opinas de mí? ¿Sigo siendo tu discípulo, o eres tú el mío?

4 (del diario del discípulo)

Sigo vigilándote. Hoy has paseado por una zona algo turbia de la ciudad; por esas calles repletas de prostitución barata y drogas; calles atiborradas de proxenetas y mafias. Y he visto cómo observabas sus movimientos. Sé lo que piensas, amigo mío. Buscas una víctima entre toda esa basura. Es normal. Yo creo que matar es un acto superior, un acto divino. Pero sobre todo es un placer que pocas otras actividades humanas ofrece.

Es posible que este sea un buen momento para contarte, amigo mío, un pequeño secreto que casi nadie conoce. Mientras mis queridos pupilos andan por ahí, apuñalando, degollando, masacrando cuerpos, yo he perfeccionado mi técnica del dolor. Es una forma simple en esencia, pero hermosa de ver. ¿A que no adivinas cómo lo hago, maestro? Con ácido. Mato con ácido, mi querido amigo.

Es una forma sublime de producir dolor; de acabar con la vida de alguien; de hundirle en la miseria, mientras suplica, día a día, que le mates ya. Ácido. Esa es la clave de mi obra de arte. Ácido.

Supongo que, a estas alturas, estarás preguntándote cómo lo hago. Es bien simple. Lo primero, por supuesto, es escoger a tu víctima. Pero no me vengas con tonterías extrañas. No escojo a una víctima para salvar a la raza humana, no. Simplemente escojo a alguien, a quien sea, que cumpla dos requisitos: que minimice la posibilidad de que me atrapen y que, de algún modo, yo sepa que me va a extasiar verlo sufrir.

Después de escoger al futuro cadáver, lo atrapo. Aquí entran en juego multitud de variables,

y cada uno se atrapa de una forma distinta, claro. A veces uso drogas. Otras veces, simplemente empleo la violencia hasta dejarles inconscientes. Eso es lo de menos. Cada circunstancia es diferente.

Y por último, el placer. A partir de este momento viene lo realmente divertido. Encierro a mis víctimas en mi pequeño laboratorio y empiezo a ofrecerles un dolor tan intenso que... Oh, amigo mío, te encantaría verlo. Los ato a una estructura metálica recubierta de un plástico especial que evita que el ácido deteriore el conjunto. Ellos quedan en posición horizontal, como si estuvieran tumbados en la dulce y suave cama de un hotel de cinco estrellas. Del techo cuelgan pequeños tubos, conectados todos al depósito de ácido. Estos tubos tan pequeños permiten que el líquido caiga lento, imparable, gota a gota, sobre las diferentes partes de sus cuerpos. Y así, despacio, al ritmo que yo considere en cada momento, dejo que las gotas de ácido caigan sobre los pobres desgraciados. No es un ácido muy potente, claro, eso los mataría demasiado pronto. Es una solución de ácido y agua mezcladas con sutileza, en su justa medida, lo estrictamente necesario para que, primero la piel y después la carne, sus vidas se vayan diluyendo con lentitud y dolor. De vez en cuando, cambio las posiciones de los tubos en el techo, y dejo que otra zona de sus cuerpos sufra el deterioro del ácido.

Al cabo de varios días, las partes superficiales de sus cuerpos está deshecha, pero sus entrañas continúan casi intactas. Normalmente tardan una semana en morir, aunque cada desgraciado es distinto de todos los anteriores.

Y así, amigo mío, es como mato yo. ¿Qué te parece? Supongo que dentro de un tiempo tú serás el que gritarás, te desgañitarás en mi pequeño laboratorio de los horrores. Será hermoso verte pedir clemencia. Yo, por supuesto, no te la daré. Pero tú inténtalo. Nunca se sabe.

5 (del diario del discípulo)

Sé lo que has hecho hoy, querido maestro. Hoy has asesinado a tres personas. Después, con la sangre de una de ellas, has escrito una frase en una pared: Traidor, tu maestro espera. Noto la ira dentro de ti. Es un sentimiento peligroso, querido amigo, puede llevarte a cometer errores; a querer hacerlo todo demasiado deprisa; a acabar antes de lo previsto. Ni tú ni yo queremos eso. Esperaré un poco antes de seguirte la corriente.

Mientras tanto, querido amigo, sigo preparando todo. Hoy he bajado a mi laboratorio. Es un lugar tan especial... He comprobado que tengo todo lo necesario. El ácido está bien preparado, en sus barriles de plástico. Los conductos del goteo parecen funcionar a la perfección. Todo está dispuesto.

Después, amigo mío, he salido a dar un paseo. Te he seguido. Yo estaba allí fuera, en la calle, mientras tú estabas con la prostituta en la pensión barata. Has tardado bastante en bajar. Después de que salieras, he entrado en la pensión y he visto tu obra. Aquella habitación olía a sangre, sexo y odio. Demasiado odio. No creo que el odio arregle nada. Mezclar sentimientos en esto que hacemos tú y yo no es una buena idea. Creo que los sentimientos lo ensucian todo, lo emborronan todo. El mundo se presenta ante nosotros distorsionado por una capa de sentimientos, culpabilidades, que nos impide ver la realidad tal y como es. Tenemos que mantenernos alejados de todo eso. Debemos ser capaces de observarlo todo sin esa maldita tela de araña que nos nubla la visión. Deberías, maestro, ser un poco menos visceral. Aunque, bien pensado, probablemente cuando leas estas líneas ya te quedará poco para terminar. Para entonces ya todo te dará igual.

6 (del diario del discípulo)

Hoy no has tenido un buen día. Lo sé, porque te he observado desde lejos, mientras buscabas, casi desquiciado, un quiosco de prensa. Qué ironía. Yo trabajé en un quiosco hace años. Supongo que lo recuerdas. No será necesario, claro, que te lo recuerde. Fue una época bonita. Recuerdo cómo jugábamos tú y yo al ratón y al gato. Es difícil olvidar, maestro, la cantidad de cosas útiles, interesantes, que me enseñaste. Ahora, después de tantos años, sólo puedo agradecerte todo lo que hiciste por mí.

Pero hoy, sin embargo, no has tenido un buen día. Y yo sé que es porque tu obra no ha salido en los papeles. No desesperes, amigo mío. Sé que la siguiente saldrá. Al final, las cosas bien hechas acaban por dar fruto.

No estoy seguro de la razón por la que estás tan interesado en que tu obra salga publicada en los medios de comunicación. Supongo que andas buscándome. Imagino que estás tratando de llamar mi atención, para que yo vaya en tu busca. Sé que es por eso. No tenías que haberte molestado. Pero, igualmente, agradezco tu esfuerzo. No caerá en saco roto. Recogeré tu guante, me acercaré a ti. Pero aún no. Aún no es el momento.

Entre tanto, mi querido maestro, quiero hablarte sobre algo en lo que he estado pensando últimamente. Creo que comienzo a entenderte bien, amigo mío. Verte de nuevo por esta ciudad, caminando por estas calles, me ha hecho reflexionar mucho. He pasado noches enteras pensando, divagando, recordando. Y creo que ya te comprendo. Tú eres bueno. Eres el bueno de esta película, de esta vida. Ellos son los malos, los malvados, los perversos. Y por eso hay que matarlos, aniquilarlos. Pero, ¿qué soy yo? Yo, querido mío, no soy ellos. Pero tampoco soy tú. Entonces, ¿qué es de mí? ¿Cuál es mi papel en toda esta farsa? Siempre, claro, desde tu punto de vista. Esta vida,

amigo, es como un experimento teatral. Es como una gran obra de teatro coral, en la que cada personaje es su propio director. Así que, claro, cada uno tiene su propia visión del texto, del espacio y del tiempo. Y en esa obra, en la tuya, ¿qué soy yo?

Yo no puedo ser un simple malo más. Eso me colocaría a la misma altura que el resto de tus... víctimas. Y me niego a creer que estés tan obsesionado por un simple personaje más. No, yo tengo que ser algo distinto, algo especial. Pero no soy el bueno, ese eres tú, ni uno de los malos. ¿Soy yo, tal vez, el Dios supremo que todo lo ordena?

7 (del diario del discípulo)

Me encanta saber que lo has vuelto a hacer. Es maravilloso verte de nuevo en marcha, al pie del cañón. Sigues utilizando medios algo rústicos, si me permites la expresión, pero bastante efectivos. Y además, a la sala de cine no le ha ido tan mal como pudiera parecer. Al fin y al cabo, le has dado una promoción por la que ellos no pagaron. Lo de escoger una sala medio vacía... Simplemente genial. Evidente, pero genial. Es en esos detalles tontos donde uno puede acabar perdiendo los papeles y la vida. Respecto al tipo al que degollaste... Bueno, uno más. Uno de los malos. En las grandes películas, estos mueren casi a cada instante. En realidad, estamos siendo bastante comedidos, sobre todo teniendo en cuenta que esto se trata de una guerra entre tu y yo.

Te he visto al salir de la sala. No me ha hecho falta entrar dentro para saber lo que había pasado. Y luego te he visto, desde lejos, utilizar el teléfono del muerto para llamar a la prensa. ¡Bravo! Brillante. ¿Ves? Si es que, en el fondo, sigues siendo mi maestro. Sigues enseñándome cosas, sorprendiéndome con cada movimiento que haces. Tengo que reconocerlo. El mundo perderá bastante cuando te mate.

En otro orden de cosas, amigo mío, tengo que decir que yo también estoy haciendo mis deberes. A mi regreso a casa, ya de noche, pasé por una conocida zona de prostitutas. Ya sabes, de esas que están esperando en la carretera a que algún salido con necesidad de eyacular se detenga junto a ellas, y las suba al coche. Y eso mismo es lo que hice yo. Dejé que la rubia, vamos a llamarla Natacha, de exagerado acento ruso, un rostro hermoso y una vida destrozada, subiera a mi coche, con la esperanza de ganarse 40 euros por un polvo rápido. Tengo que decir, y no sé si esto a ti te gustará o no, que aproveché los 40 euros. Llegué al orgasmo justo un segundo antes de clavar una aguja minúscula, casi inapreciable, cargada con un potente somnífero, en su brazo. Ahora mismo está ahí abajo, en mi pequeño laboratorio de los horrores. Siempre sonrío cuando lo llamo así. El ácido ha comenzado a gotear sobre su cuerpo desnudo. Es una pena, porque Natasha está realmente buena, y las primeras gotas están cayendo directamente sobre sus pezones perfectos. Creo

que otra de las gotas está haciendo estragos sobre su nariz, y alguna cae cerca de la zona vaginal. Una pena.

Disfrutaré viéndola derretirse estos días, mientras ajusto toda la maquinaria. Creo que esta zorra será la última víctima antes de ti. Digamos que, dentro de nuestra común obra de teatro, esto está siendo el último ensayo general antes de actuar. ¡Qué nervios!

8 (del diario del discípulo)

Es agradable ver que cultivas tu mente en la biblioteca. Con la cantidad de horas que has pasado allí dentro, supongo que habrás terminado de leer, como mínimo, una novela entera. ¿Qué has leído? ¿Novela histórica? No, eso no va contigo... ¿Una de amor, tal vez? Tampoco. Yo apuesto por una novela policiaca, de esas en las que salen detectives muy listos y asesinos enfermos, de extrañas manías... ¿Verdad que sí?

También es muy interesante saber que sales a cenar con alguien. Desde lejos, querido mío, parecías un tonto enamorado. No te estarás enamorando... ¿Y ella quién es? Vive en la misma pensión que tú... ¿Será esa cueva repleta de caos y de fracaso vuestro nidito de amor? Qué cosas tiene la vida...

Mientras cenabas con ella, yo te observaba desde el otro lado del restaurante. Es increíble que no me hayas visto. Esta, probablemente, ha sido la vez que más cerca hemos estado desde hace años. Nunca me arriesgo tanto, pero verte así, de cerca... Tenía que hacerlo. Era necesario comprobar algunas cosas. Que no me hayas reconocido me ha llamado la atención. Yo estaba dispuesto a salir corriendo de allí al menor indicio de que me hubieras reconocido. Pero, y esto es lo más curioso, no es que no me reconocieras. Es que ni siquiera me miraste. No te preocupaste de mirar alrededor, como sueles hacer siempre. Eso, amigo mío, te ha pasado sólo otra vez: cuando estabas con Marta. Y ahora vuelves a caer en la misma equivocación. Ella te quitará concentración. Ella hará que cometas errores. Y, sobre todo, ella hará que yo pueda atraerte hacia mi delicada trampa.

De vuelta a casa, he bajado a ver cómo estaba Natasha. La pobre tiene mala cara. La piel sobre su nariz es ahora un amasijo rojizo. El hueso se deja ver con claridad. Imagino lo doloroso que tiene que ser eso. De momento, puede respirar, pero probablemente tenga que cambiar el goteo de esa zona. Sus pechos se están deshaciendo poco a poco... De los pezones ya no queda nada, y un agujero sangriento se está abriendo paso hacia el pecho. Pero aún queda mucho para que tenga daños críticos. Su pubis no está mucho mejor. Además, varias gotas más van cayendo poco a poco sobre sus brazos y sus piernas. Imagino que el dolor debe ser inmenso.

En vista de la situación, muevo un poco el sistema de goteo. Ahora, el líquido empieza a caer lento sobre uno de sus ojos. Dejo el otro libre, para que pueda seguir mirándome. La boca la tiene amordazada y tapada con cinta adhesiva. Un leve goteo empieza a caer también sobre su garganta y sobre su estómago. También cambio las cánulas que apuntan a sus extremidades. Hago que una deje caer el ácido sobre su vagina. Es mi pequeña venganza.

Observo sus ojos antes de irme. Uno de ellos ya está rojo por el ácido que ha empezado a gotear. Del otro caen lágrimas. Su mirada parece desquiciada. Creo que intenta pedir algo. No me importa. Su dolor me alimenta. Me doy cuenta de que toda la estancia huele a heces. Es lo común. Debería usar un ambientador. Cuando vengas tú, seguro que lo tendré preparado.

9 (del diario del discípulo)

Es curioso cómo suceden las cosas, pienso mientras observo a Natasha deshacerse lentamente. Llevo varias horas sentado frente a su cuerpo desnudo, que ya va siendo una masa de carne y sangre que algunos considerarían desagradable. ¿Por qué resulta tan desagradable ver algo así? Es algo que me he preguntado muchas veces. De todas las cosas que tú me has enseñado, maestro, esa es una de las más ciertas: nos da miedo vernos como somos.

La humana es una raza increíble. Somos seres extremadamente delicados, complejos, compuestos de una infinidad de elementos químicos capaces de generar grandes ideas abstractas, de pensar y de pensarnos e imaginarnos a nosotros mismos (al fin y al cabo, el cerebro no es más que una inmensa colección de conexiones químicas y eléctricas). Y, a pesar de ser conscientes de todo eso, nos da miedo afrontar que, por muy complejos que seamos, somos tan débiles como un eslabón de cristal en una cadena de acero. Es tan fácil rompernos...

Natasha ya está rota. Su cuerpo empieza a sufrir heridas serias, pero su vida aún no corre peligro. Sin embargo, su mente ya está destrozada. Su único ojo (el otro ya es un amasijo irreconocible y pastoso) ya no es capaz de sostener mi mirada. Creo que no mira a ninguna parte. Creo que su cerebro se ha desconectado por completo. Sin embargo, cuando me acerco y le susurro algo al oído, noto cómo su respiración se acelera un poco, y su pecho sube y baja más rápido. Deduzco, por tanto, que me escucha.

Nunca me había pasado algo así. He realizado este experimento con muchas otras personas y, aunque cada una respondía de un modo distinto, nunca habían desconectado tan rápido. Al fin y al cabo, ella sólo lleva aquí algo más de dos días. Supongo que no todos los humanos somos iguales.

He probado una cosa: he vuelto a cambiar la posición del sistema de goteo. Ahora, las gotas,

están cayendo sobre zonas que aún permanecían intactas. En ese instante, ella ha vuelto a hacer algún gesto, y ha emitido un pequeño sonido a través de su garganta. No me atrevo a quitarle la mordaza. No es que nadie la pudiera escuchar, eso sería imposible dada la insonorización de mi pequeña cámara de los horrores, pero no me apetece para nada escucharla. He dejado que el ácido comenzara a deshacer esas zonas aún intactas y me he quedado observando cómo era el proceso de deterioro de la piel y la carne. Ya lo conozco, no te vayas a pensar. Es más bien un afán científico. Quiero ver si en su cuerpo algo sucede de forma distinta.

Tras varias horas puedo asegurar que, aunque cada uno de nosotros tiene una mente distinta, el cuerpo se comporta de un modo muy parecido. Primero, las zonas afectadas se enrojecieron. Poco después, la piel comenzó a deshacerse, y una especie de herida purulenta empezó a surgir entre la masa de piel muerta. Al cabo de un rato, la carne ya empezaba a deshacerse también. Y ella ha vuelto a desconectar. Bueno, ella no sé si ha sido consciente. Creo que ha sido su cerebro el que le ha enviado la señal de desconectar. Natasha está resultando un experimento de lo más interesante. No quiero ni imaginar cómo será el que haré contigo.

10 (del diario del discípulo)

¿Dónde has estado hoy, querido maestro? Sé que estuviste todo el día frente a un edificio de oficinas. Supongo que estás preparando tu próxima obra. Imagino que alguien se ha cruzado en tu camino, te ha sacado de tus casillas, y ahora va a pagar por eso. Ser tan impulsivo no es buena idea. No debes mezclar los sentimientos con tu objetivo. Un día de estos saldrá mal...

Yo he pasado gran parte de la mañana observando a Natasha. Mejor dicho, observando los restos cada vez más deshechos de Natasha. Aún está viva, claro, y supongo que aún pasarán unos cuantos días hasta que su cuerpo pierda la batalla. Pero, sinceramente, da un poco de asco mirarla. Recuerdo que era un rostro hermoso. Es curioso. Si ahora la dejara escapar, probablemente podría llegar a salvar su vida, aunque quedaría desfigurada para siempre, medio ciega, y con algunos órganos sexuales destrozados. Supongo que podría orinar por un tubo...

En fin, a veces me quedo horas y horas divagando sobre estas cuestiones, y me olvido de lo más importante. ¿Sabes a quién vi hoy? Es fácil, seguro que si lo piensas un poco lo adivinas... Te lo diré. Vi a tu chica. ¿Se puede decir que es tu chica? Yo creo que sí, ¿no? Al fin y al cabo, eso es lo que sientes en tu interior. De alguna manera, piensas que ella es tuya, que te pertenece. O, peor aún, que tú le perteneces a ella. Qué locura eso del amor, ¿verdad? Juramentos de amor eterno, aunque el amor eterno sea un pobre invento literario. Frases hermosas lanzadas al aire. Promesas que acabarán incumplidas, simplemente porque el paso del tiempo es más poderoso que cualquier

sentimiento humano. Es la naturaleza. Así funciona. Nosotros intentamos organizarlo todo, ordenar nuestras vidas, tener una pareja estable para toda la vida... Hasta tú buscas una chica... Pero el universo tiende al caos, al desorden, a la máxima entropía. Eso, amigo mío, implica claramente que la unión de dos personas acabará por deshacerse. Tendrá que romperse, y cada una de las dos personas se cruzará con otras que también deshicieron sus lazos. Como las bolas de billar que salen rebotadas en ángulos diferentes para acabar golpeando a otras bolas, rompiendo así su estado de tranquilidad, su orden momentáneo.

Tú, querido maestro, intentas controlarlo todo, intentas luchar contra la naturaleza, contra el universo. Luchas contra corriente, en un desesperado intento por volver todo a un estado de perfección. Pero eso no ocurrirá. La perfección dura un instante. Es tan breve que apenas es perceptible. Luego, todo se rompe, se deteriora, se echa a perder. ¿No te das cuenta? ¿Es que acaso no eres capaz de ver que lo que intentas no se puede conseguir?

Yo, sin embargo, acepto lo que soy, lo que somos. ¿Para qué luchar una batalla que se sabe perdida? Sé que, más tarde o más temprano, todo lo que hago acabará. Algún policía me descubrirá, o algún insensato al que intente deshacer con ácido me matará a mí. O simplemente moriré, y el universo continuará su decadente rutina. No deberías intentar organizar tu vida. Cuanto más lo intentes, más lejos estarás de conseguirlo. Ella te llevará a la ruina. Aunque eso, supongo, no te importa.

Estuve con ella un rato. En realidad la observé desde lejos. La seguí por la ciudad mientras iba de un lado a otro. Entró en varios domicilios particulares. Me extrañó bastante. No tengo ni idea de a qué se dedica ella, pero en realidad me da igual. Me servirá para atraerte hacia mí. Será más que suficiente para hacerte caer en mi trampa. Sigo esperando el momento. Será precioso.

A última hora del día he vuelto a ver a Natasha. Su cerebro parece haber despertado de nuevo. Es curioso cómo funcionamos. He notado vida en su mirada. Bueno, en el único ojo con el que es capaz de mirar. Creo que suplicaba que la matara. Le he susurrado al oído que, por supuesto, eso era lo que estaba haciendo. Poco a poco... Gota a gota...

11 (del diario del discípulo)

¡Bravo! No tengo otra expresión para hoy. ¡Bravo y mil veces bravo! Lo has hecho bien, maestro. Has acabado con la vida de ese hombre, has movido otra pieza en tu tablero, y hubieras llamado mi atención si yo no hubiera estado atento desde el principio. Me gusta. El de hoy se ha parecido mucho a aquellos asesinatos que cometías hace años. Qué curioso, pasa el tiempo pero tú

te has quedado anclado en un pasado lejano, algo triste. En el fondo, sigues siendo el mismo. Y claro, ya sabes lo que dicen: renovarse o morir.

Pero estás perdiendo la precaución, y eso puede hacer que acabes mal. Te lo he dicho muchas veces, pero sigues despistado. ¿No te diste cuenta de las manchas en tu chaqueta? Por favor, es un error de chiquillo, de novato. Caminaste un buen rato con goterones de sangre en tu ropa, como si esperaras que todo el mundo supiera quién eres y lo que acababas de hacer. No se dio cuenta nadie. Bueno, nadie más que yo. Y claro, supongo que, cuando llegaste a tu pensión, viste las manchas y decidiste cambiarte de ropa, meter la vieja en una bolsa y tirarla a un cubo de basura a varias calles de distancia. Bien pensado. Nadie se hubiera dado cuenta jamás. Esa ropa habría acabado en un camión de basura, y después en un vertedero, donde hubiera esperado paciente su turno para ser desintegrada, quemada y enterrada, hasta el fin de los días. Pero yo lo vi, amigo mío. Lo vi. Así que, ¿cómo no iba yo a recuperar esas piezas de ropa manchada de la sangre de un muerto? Me estabas dejando en bandeja las pruebas de tus asesinatos.

Fue precioso. Fue un momento sublime. Cuando llegué a casa, guardé toda esa tela manchada con tu delito. Ya verás qué buen uso daré de todo este material. De verdad, estás siendo muy despistado. Creo que esta partida, amigo mío, la vas a perder más rápido de lo que esperas. Porque, para ti esto es una partida, ¿verdad? No creas que no conozco tu mente. Sé perfectamente que en tu cabeza se ha dibujado un tablero de ajedrez. Sé que estás moviendo fichas, dejando que mueran peones inútiles, esperando que tu contrincante cometa un error y deje el rey al descubierto. Pero, amigo mío, eres tú el que estás haciendo movimientos descuidados. Esta noche, cuando todos duerman, haré mis movimientos.

Supongo que te preguntarás cómo está Natasha. Está bien. Aun vive, y está despierta, aunque creo que está perdiendo la cabeza. Esta vez del todo. Su único ojo mira a todas partes, muy abierto; se mueve constantemente, dando saltos, como si pretendiera salirse de su lugar. Pero, a pesar de todo, noto que no se fija en nada. El ácido ya está llegando a algunos órganos vitales, y el color de su piel en las zonas que aún no han sido regadas con ácido está cambiando hacia un amarillo pálido. Creo que tiene mucho que ver con que uno de los chorros lleva cayendo sobre su hígado desde el primer día, y ya ha llegado hasta el órgano.

Aún así, creo que aguantará más de un día aún. Es una chica fuerte. Ha tenido que pasar muchas cosas para llegar hasta aquí, y eso hace que su sistema de defensas aún no se haya rendido del todo. De cualquier modo, ahora creo que ya está desahuciada. Me refiero a que ya hemos pasado ese punto a partir del cual, aunque yo me detuviera ahora, moriría sin remedio entre inmensos dolores.

De todos modos, tengo que revisar de nuevo la composición de mi ácido, porque creo que he estado empleando una solución algo más concentrada de lo que hubiera querido, y este pequeño

error de cálculo por mi parte está acelerando algo las cosas. No es grave, por supuesto. Pero me gustaría dar con la medida exacta antes de que llegues tú a mi pequeño laboratorio de los horrores. No me gustaría para nada ver que te deshaces en menos de una semana. No me entiendas mal, seguiría siendo muy divertido, pero se me quedaría corta la diversión, y eso sería una pena. No hay nadie más en el mundo como tú. Qué lástima.

En fin, voy a dejar de escribir ahora, que tengo que preparar un pequeño movimiento para esta noche. Será a tu estilo, como a ti te gusta. Pero supongo que es lo que esperas. Si supieras que mis movimientos llevan produciéndose desde que abandonaste la ciudad, hace tantos años, supongo que caerías en una de tus múltiples depresiones... Otra más... Ahora que lo pienso, tu vida es bastante triste, ¿verdad, maestro? Creo que saber que has vivido en una mentira desde el principio, te dolerá más que las gotitas de ácido cayendo sobre tu piel. Supongo que cada uno tiene su ácido, ¿verdad?

12 (del diario del discípulo)

Supongo que a estas alturas estás encantado, sintiendo que la vida te sonrío, que todo va de maravilla. Tienes a tu chica y crees que me tienes a mí. Ya te lo he dicho miles de veces. En realidad no tienes nada. Pero no me quieres escuchar.

Anoche hice mis deberes para ti. En realidad, los hice para mí, pero tú crees que los he hecho pensando en ti. Qué divertido es todo esto. A eso de las doce de la noche, cuando las calles estaban prácticamente vacías, me acerqué a un hombre y lo asesiné. Fue algo rápido, sin demasiada parafernalia. No adorné aquella acción. Fue simplemente un movimiento de peón en esta partida que has montado en tu cabeza.

Lo dejé allí tirado, sobre la acera de una calle de Madrid, desangrado hasta morir. Para mí fue sencillo, nada especial. Pero sé que desde tu perspectiva esto supone un mensaje. Tú crees que lo que quiero es decirte que te he escuchado, que estoy aquí, que vamos a enfrentarnos. Pero estás equivocado. Estoy jugando contigo. Y seguiré haciéndolo hasta que todo esto acabe.

Después de enviarte mi pequeño mensaje, volví a mi casa. En la madrugada, cuando todo estaba en silencio, pasé un par de horas con Natasha. Fue uno de esos momentos de intimidad que uno recuerda con sincera gratitud. Descorché un buen vino tinto, y me tomé una copa tranquilamente, sentado frente a ella, mientras observaba caer el ácido lentamente. Gota a gota. Sus heridas comienzan a desprender un olor muy intenso. El ácido ya está haciendo estragos en el hígado, y su ojo se ha perdido por completo. Es una masa repugnante y sanguinolenta. Sus órganos sexuales también se han echado a perder por completo. Las escasas heces y la orina salen sin

control por conductos incontrolables. Los esfínteres están deshechos. Los primeros días sí expulsaba excrementos, porque aún guardaba en su organismo, pero ahora ya casi no produce nada. La alimentación en vena que le doy no genera prácticamente desperdicios orgánicos.

La de hoy es la quinta noche de Natasha aquí, y no sé si aguantará otra más. Supongo que en las próximas doce horas su organismo sufrirá un colapso y su corazón se parará, sobre todo teniendo en cuenta que hay órganos vitales que están prácticamente destrozados ya. Las zonas en las que han caído más gotas son masas irreconocibles, de aspecto gelatinoso y rojizo. Supongo que mañana tendré que deshacerme del cuerpo. No será complicado. Luego tendré que limpiarlo todo, y prepararlo para la siguiente víctima. ¿Adivinas quién será?

En fin, mi querido maestro. Mañana será otro día. Yo debo descansar un poco. Se aproximan momentos interesantes. ¡Qué emoción!

13 (del diario del discípulo)

Esta noche dormí de maravilla. No tengo la menor idea de la razón, pero lo cierto es que dormí como nunca antes había dormido. Cuando desperté, me sentía completamente renovado, como si fuera un chaval de pocos años, con toda la energía de la juventud y toda la vida por delante. Es extraño el cuerpo.

Por la mañana, mientras tomaba un café, bajé a ver a Natasha. El ácido ha continuado su camino, y los estragos que está haciendo en sus órganos vitales son ya irreparables. Estuve allí, observándola un rato. Su cuerpo sufría convulsiones. Sus músculos se tensaban y se relajaban automáticamente, como disparados con un resorte. El hígado está prácticamente destrozado. Su piel parece la de un muñeco de cera. Me fijo en su rostro, que ya es irreconocible. Donde antes había un ojo, ahora hay una cavidad extraña, rodeada de una masa rojiza. Creo que el ácido está empezando a alcanzar las primeras zonas del cerebro, a través del agujero que se ha ido formando.

Miro a Natasha. El otro ojo está cerrado. Me imagino qué debe pensar ahora, si es que piensa algo. ¿Cómo funcionará el cerebro? ¿Se habrá desconectado por completo? Si es así, en este amasijo de carne ya no queda nada. Si, por el contrario, no es así, debe estar padeciendo la mayor agonía que se pueda sufrir en esta vida. Calculo que morirá en unas cuantas horas. Decido que me quedaré allí a verlo.

Vuelvo arriba, a la cocina, y preparo una buena ración de comida. Al cabo de un rato, bajo a mi pequeño laboratorio con una bandeja repleta de alimentos, y una botella de agua. Suficiente para pasar allí todo el día. No quiero perderme nada. También bajo la cámara de vídeo. Pienso grabar todas las horas que faltan. Es una prueba. Si sale bien, lo repetiré contigo. Pienso grabarte en tus

últimos días. Será una película que veré una y otra vez.

Sostengo la cámara en un trípode, y conecto los cables a un ordenador portátil, que he colocado sobre una mesa pequeña. Me siento en la silla junto a la mesa, con el portátil y la comida. Allí pienso pasar todo el día.

La imagen se reproduce en la pantalla de mi ordenador. Es como si estuviera viendo una película. Es curioso. Luego, giro la cabeza y veo la realidad, veo a Natasha deshacerse en sus últimos momentos de vida. Al rato, vuelvo a la ficción de la pantalla. Este cambio de lo real a lo virtual me produce una sensación extraña. Cuando miro la pantalla siento como si ella no estuviera allí. Sin embargo, cuando vuelvo la mirada hacia ella, todo se aclara, todo es mejor.

Estas reflexiones ocupan las horas, mientras veo cómo su cuerpo sigue sufriendo espasmos aleatorios. Hacia las cinco de la tarde, noto que todos los músculos de su cuerpo se tensan en un movimiento rápido, casi imperceptible. Al poco rato, ocurre lo contrario, y todo su cuerpo se relaja, convirtiéndose en una masa sin vida compuesta de sangre, vísceras y ácido.

Definitivamente, Natasha ha muerto. Y yo lo tengo todo grabado. Creo que es la mejor snuff movie del mundo.

De repente, una gran idea se me pasa por la cabeza: matar a alguien para ti. Ya, ya sé que debería recoger todo este desorden y pensar en deshacerme del cuerpo de Natasha, pero ¡qué demonios!, ya lo haré mañana.

Corto el goteo de ácido y dejo el cuerpo allí, aún atado sobre la mesa. Salgo de casa y conduzco hasta el centro de la ciudad. Hoy mataré algo más cerca de ti. Quiero que sientas que me acerco a ti, que acepto tu reto.

Matar no es difícil. Sólo hay que esperar el momento adecuado. No necesito demasiado tiempo, ni demasiada preparación. Llevo una cuchilla afilada en el bolsillo, y un movimiento certero será más que suficiente. Esto sí lo aprendí de ti, maestro. Es justo reconocerlo.

El objetivo es un pobre hombre que pasaba por una calle demasiado solitaria, en una hora que, sólo porque a mí me interesaba, se convirtió en su última hora. Me acerque a desde atrás y le rajé la garganta. Un chorro de sangre salió disparada. Cayó al suelo. De su cuello abierto manaba un imparable caudal rojo. Me miró. Lo miré. Después, me di la vuelta y corrí.

Por la noche, ya en casa, vi en las noticias que la policía estaba desconcertada, y que no sabían qué estaba pasando. Pobres, siempre llegan tarde a todo.

Paso el resto de la noche trabajando sobre el cuerpo de Natasha. A eso de las dos de la mañana ya he terminado de cortarlo en pedazos pequeños, y lo tengo almacenado en bolsas de basura. Acercó mi coche al garaje y cargo el maletero con los pedazos. Conduzco una hora hasta un lugar apartado, en mitad de un bosque. Entierro el cuerpo y lo tapo. Hasta siempre, Natasha.

Cuando vuelvo a casa ya está amaneciendo, pero yo no me siento cansado. Qué suerte tengo:

me encanta lo que hago.

14 (del diario del discípulo)

Hoy me he permitido levantarme tarde. Aunque no me sentía cansado, decidí echarme en la cama a dormir un rato. Tardé en dormirme más de lo habitual, pero al final pude dormir unas cuantas horas. Hoy pasaré un día tranquilo, casero, de planificación. Tengo que preparar nuestra pequeña cita, amigo mío.

He revisado mi pequeña cámara de los horrores. Todo está en su sitio. Tengo suficiente ácido para los dos. Creo que dejaré la misma mezcla que utilicé con la pobre Natasha. Al fin y al cabo, ha sido más que suficiente para disfrutarlo. Además, todo quedará grabado en vídeo. Pienso grabarlo todo, desde el primer minuto. Va a ser emocionante.

Por otra parte, tengo que pensar cómo hacer que vengas a mí. Y creo que ella va a ser la solución. No tengo ninguna duda. La utilizaré como cebo. Y, como un pez que no es capaz de razonar, tú caerás en mi red.

A última hora de la tarde he estado paseando por el campo, cerca de mi casa, justo antes del anochecer. He pensado en ti, en todo esto que haces. Me pregunto qué es lo que pasa por tu cabeza para hacer todo esto. No hay ningún motivo aparente, no encuentro nada que te empuje a hacer todo lo que has hecho hasta ahora. ¿Qué pretendes demostrar? Yo tengo un objetivo claro. Es decir, no tengo objetivo. Sencillamente disfruto haciendo esto. Me encanta. Es un placer que supera cualquier orgasmo. Pero tú... Tengo la sensación de que tú lo haces creyendo en algo, con un objetivo... Tendré que preguntártelo.

Mañana es lunes. Creo que iré a buscarte, a vigilar tus movimientos. Necesito saber un par de detalles más sobre ti, antes de empezar nuestra pequeña fiesta. Debo acostarme pronto hoy. Tendré que madrugar para ir en tu busca. Mañana acecharé a mi presa como el más fiero animal acecha en la sabana. Mañana será otro día.

15 (del diario del discípulo)

Glorioso. Simplemente glorioso, amigo mío. Ejecutaste a aquella pobre chica en su heladería de una forma verdaderamente maravillosa. Creo, amigo mío, que por fin has vuelto a ser tú mismo. Debo reconocer que hace tiempo perdí toda esperanza de que alguna vez recuperaras la esencia de lo que eres. Estuviste tanto tiempo alejado de Madrid que llegué a pensar que ya nada te haría volver. Y luego, cuando llegaste, estabas tan perdido... No eras tú mismo, ¿me comprendes? Ya no

tenías esa chispa, esa genialidad, esa capacidad que sólo unos pocos tienen para entender el mundo, para visualizar la realidad, trazar un plan brillante y ejecutarlo sin fallos, sin dudas... Y después conociste a Gema, y entonces pensé que estabas cavando tu propia tumba. Y en realidad así es, amigo mío. Ella te va a matar. Ella va a ser la única causa de que mueras, pero al menos, después de lo de hoy, ya no será una muerte tan patética como la que iba a ser. Bravo, amigo mío.

Entré en la heladería justo después de que tú abandonaras aquella calle. Sabía lo que habías hecho, pero quería ver la obra con mis propios ojos. Entré, hice unas fotos y salí de allí antes de llegara la policía. Ya, ya sé que fue una estupidez, pero salió bien. Tenía que ver con mis propios ojos aquella escena. Era sublime. Después he vuelto a casa y he observado las fotos un buen rato. He analizado la escena. He pasado varias horas observando los colores de los helados mezclados con el líquido rojizo y oscuro que lo teñía todo. Era tan hermoso...

De todos modos, amigo mío, que fuera hermoso no quiere decir que fuera una obra que yo hubiera firmado. He de reconocer que el helado de sangre ha sido una idea genial, pero sigue siendo todo demasiado... ¿Cómo definirlo? Demasiado... Quizá la expresión sea demasiado antiguo. Seguir empleando cuchillos... Yo también lo hago de vez en cuando, pero sólo cuando no me queda más remedio, como el mensaje que tuve que mandar el otro día... Pero lo encuentro demasiado impersonal; tal vez muy frío. Yo prefiero esto mío, lo de ahora... La innovación que he desarrollado es tan grandiosa... Estoy deseando que la pruebes.

Estoy seguro de que esta noche no podré dormir de los nervios. He decidido que mañana iré a por ti. Por fin. Ya ha llegado el día. Es hora de que tú y yo nos encontremos. Es hora de que tú y yo acabemos con esto. Y ella, amigo mío, será mi cebo... ¡Hasta pronto!

16 (del diario del discípulo)

Amigo mío, todo va saliendo a pedir de boca. Tú pasaste todo el día en la biblioteca, como haces tantas veces, metido entre todos esos libros. Pero estoy seguro de que nunca dejaste de pensar en mí. Cada personaje de la novela que estabas leyendo te recordaba a mí. Cada página que pasabas te hacía pensar en mí.

Yo, sin embargo, estaba pensando en tu chica. Ahora sé que se llama Gema. Es un nombre bonito. Y ella también es bonita. Tendrías que verla ahí abajo, atada a la mesa, completamente desnuda. Una verdadera belleza, si tengo que ser sincero. Bravo. Aún no he abierto los conductos del ácido. Voy a dejar que pase unas cuantas horas ahí metida, antes de que empiece su verdadera tortura.

Capturarla ha sido más fácil de lo que yo esperaba. Eran más o menos las ocho de la tarde

cuando ella salió de la pensión y se dirigió a su cita contigo. Imaginé que habría quedado contigo, y luego ella me lo confirmó. Pero, como te digo, todo fue muy fácil. Me acerqué y le pregunté por una calle. Antes de que se diera cuenta, la aguja ya había inoculado la sustancia en su cuerpo. Durante un rato, el suficiente, ella estuvo completamente a mi merced. Su voluntad estaba completamente sometida a mí. La que yo uso es una droga difícil de conseguir, pero, como ya te dije, hay lugares suficientemente oscuros en Internet donde se puede encontrar de todo. Dios, qué maravilloso es el hombre, ¿no crees? Cada cosa que inventamos, la transformamos hasta conseguir algo perverso, pensado para el dolor y el mal.

Ella entró en mi coche como un corderito manso. Poco después estábamos en mi casa. No tardé demasiado en desnudarla y atarla a la mesa. Ahora está allí, mientras que te escribo estas líneas. Esperaré a que se despeje del todo, y entonces le contaré toda la verdad. Le diré quién eres en realidad. Le mostraré todas tus obras. Y después le diré quién soy yo. Y entonces dejaré que el ácido comience a fluir por los conductos, y su cuerpo comenzará a deshacerse lentamente, mientras yo lo observaré todo. Voy a tener que preparar mucho café. Pero antes debo enviarte un mensaje. Ya va siendo hora de que sepas que estoy muy cerca de ti.

17

Anoche no pude dormir. Después de recibir tu mensaje, maldito aprendiz de nada, volví a la pensión y me encerré en mi habitación. Tenía que pensar algo, un plan que acabara contigo. Tenía que recuperar a Gema. Tenía que recuperar el control. Tenía que derrotarte para siempre.

Pero no puedo dar contigo. Por lo menos no ahora. Tengo que esperar a que tú contactes conmigo. Así eres tú: un cobarde, un pobre desgraciado que ya está contando sus últimos días en este mundo. Tú, maldito, has cometido un gran error. Has aceptado enfrentarte a mí. Y ahora tienes que morir. No podrá ser de otro modo.

He esperado tu llamada durante todo el día. Me he dedicado a pasear de una punta a otra de la ciudad, observando todas las caras que me encontraba a mi paso. Eran caras terribles, caras aburridas, miradas angustiadas dirigidas hacia el suelo; rostros con miedo a mirar arriba; rostros tristes; rostros horribles. Y ninguno era el tuyo.

He tenido que esperar hasta el final del día para recibir tu mensaje. Cuando lo he leído, una asquerosa sensación de odio ha recorrido todo mi cuerpo. Debo encontrarte. Debo saber dónde estás. Debo acabar con todo esto.

17 (del diario del discípulo)

Imagino cómo estarás pasando estas horas, querido maestro. Pero no te preocupes, amigo mío. Pronto nos veremos las caras. Pronto estaremos juntos, cara a cara, tal y como deseas. Todo llega.

A primera hora de la mañana, bajé a verla. Tantas horas ahí tumbada... La pobre ya se había orinado encima. No ha podido evitarlo. Supongo que el miedo habrá tenido algo que ver. Y eso que aún no había empezado su verdadera tortura. Por cierto, por si no lo sabes, ya estoy grabando todo lo que pasa en mi pequeña cámara de los horrores. Es maravilloso poder contar con esta tecnología.

He desayunado tranquilamente mientras la miraba, sin decir nada. Anoche le expliqué quién eres tú. Y quién soy yo, por supuesto. Se lo conté todo. Tardé más de una hora en explicarle todos los detalles. Antes de que acabara de contarle todo, sus ojos ya estaban bañados en lágrimas, así que decidí no contarle lo que le esperaba hoy.

Después de desayunar se lo he contado. Le he explicado que el ácido iría deshaciendo poco a poco su cuerpo, primero las capas superficiales y después los órganos y las capas internas de su cuerpo. Le expliqué que el dolor sería espantoso. Y le dije la verdad: que tardaría varios días en morir, y que probablemente, según mis experiencias anteriores, perdería la cabeza un par de días antes de fallecer. Pero claro, cada cuerpo es distinto, y no podía asegurar los plazos.

Dejé que las primeras gotas de ácido fluyeran desde el tanque, a través de los tubos, para acabar cayendo sobre su delicada piel. Las pequeñas cánulas por las que sale el líquido apuntaban a distintas partes de su cuerpo: el ojo derecho, el pecho, el vientre y la rodilla izquierda. Y me quedé allí, viendo cómo la piel de su cuerpo empezaba a enrojecerse en las zonas sobre las que caían las gotitas de muerte líquida. El ojo no tardó mucho en adquirir un feo tono sanguinolento.

A última hora del día, cuando de las capas externas de la dermis ya estaban completamente deshechas, y su ojo derecho ya parecía una extraña mezcla roja, saqué varias fotos y las envié a tu móvil.

De momento, hoy no haré nada más. Dejaré que te muerdas de odio, mientras yo me quedo aquí, observando cómo tu chica se desintegra ante mí.

Oh, amigo mío. Qué ganas de verte tengo.

18

Las horas pasan lentas, demasiado lentas, mientras trato de averiguar la manera de encontrarte. Sólo deseo dar contigo; encontrarte y arrancarte el corazón con mis propias manos;

destrozar tu cuerpo poco a poco mientras observo cómo el dolor te traspasa. Y después dejar que te pudras, bañado en tu propia sangre, envuelto entre tus entrañas.

Salgo de casa como un perro enfurecido. Recorro todas las calles de la ciudad tratando de distinguir tu rostro entre la multitud que estorba mi camino. Un par de veces he creído distinguir tu cara entre todas las demás, pero la imagen se ha evaporado enseguida, rápida, como el humo de un cigarrillo mal apagado. Debo de tener mal aspecto, porque he sentido muchas miradas clavadas en mí. Y eso sólo puede significar desprecio o compasión... O ambas cosas.

¿Es eso lo que te inspiro? ¿Desprecio? ¿Compasión? ¿Es por esto que retienes a Gema y la mutilas de esta manera? Eres un ser despreciable. Un vil y asqueroso ser repugnante; un vulgar asesino; un hombre triste en una ciudad triste. Eres el último ser de este planeta.

Por la noche, cuando llego a la habitación de la pensión, después de más de doce horas vagabundeando sin éxito, encuentro tu nota. Es una nota escrita en una hoja de papel, dentro de un sobre blanco. Sonríe al recordar tus malditos sobres blancos. Ha pasado mucho tiempo de aquello, pero tú aún te empeñas en continuar.

Abro el sobre y leo el contenido de la nota. Sonríe. Casi no puedo creer lo que leo. Es una dirección y una hora: una cita. Quieres verme mañana. Y, según veo, quieres que sea en un lugar público: una cafetería. ¿Qué esperas de mí? ¿Qué quieres que haga?

Leo detenidamente la nota una y otra vez. ¿De verdad esperas que aparezca allí? Observo el papel al trasluz. No hay nada que me indique de dónde ha salido. Vuelvo a observar la nota. Nada, allí no veo nada.

De repente, la pantalla de mi teléfono móvil vuelve a brillar. Es un mensaje tuyo. Es curiosa esta mezcla de elementos antiguos y nuevos. Es como si tú también estuvieses en plena transformación.

Abro el mensaje: un texto con una foto. El texto es breve pero suficiente: no faltes. La foto es de Gema. Mejor dicho, del rostro enrojecido de Gema, y de su ojo casi deshecho. ¿Qué le estás haciendo? Eres un bastardo, un maldito bastardo.

En un momento decido que debo estar allí, en esa cita que pretendes tener. Y también decido cómo acabará esta historia. Enciendo el ordenador portátil y empiezo a escribir. Sonríe mientras la luz de la pantalla ilumina mi rostro. Ahora me toca mover a mí.

18 (del diario del discípulo)

Todo va como esperaba. Gema se está deshaciendo poco a poco, gota a gota, mientras que tú, maldito maestro, caminas por la ciudad sin saber muy bien dónde ir. Es fantástico.

Esta mañana desayuné frente a tu chica. Tomé un café con leche y dos tostadas mientras observaba las gotas de ácido caer sobre su carne. A veces, un pequeño espasmo recorre su cuerpo. Otras veces, ella misma intenta liberar sus ataduras. Yo la calmo y trato de decirle que se quede tranquila. No va a poder liberarse. Es absurdo gastar energía.

He hablado con ella un buen rato. He intentado que comprendiera que no iba a salir viva de allí, que no tenía sentido que luchara. Es mejor rendirse a la realidad, y esperar nuestro destino con cierta dignidad. Claro, es verdad que esperar el destino propio mientras uno se va diluyendo lentamente entre el ácido no es fácil. Pero ahí está el truco de todo esto: perseguir y conseguir la dignidad en pleno proceso de una muerte dolorosa y lenta. Ella no parece estar consiguiéndolo. Al menos no de momento.

Le he dicho que iba a citarme contigo en una cafetería de la ciudad. Ella ha abierto mucho uno de los ojos, el único que aún puede abrir, y me ha mirado fijamente. No sé si siente miedo o simplemente está sorprendida. He llegado a pensar que cree que la puedes salvar. Pobrecilla.

Después le he explicado lo que pasará. Le he explicado que los dos moriréis, que es algo inevitable. También le he dicho que es posible que ella muera antes que tú, porque estoy pensando atarte frente al cuerpo destrozado de Gema para que veas cómo se deshace lentamente. Y así, de ese modo, tú tendrás una idea de cómo morirás. Es posible que lo haga, sí. Cada día se me ocurren cosas nuevas, distintas. Es como un torrente de ideas que no termina de fluir. Es precioso.

Después de desayunar y hablar con ella, he ido en tu busca. He visto cómo salías de la vieja pensión y cómo has recorrido todas las calles como un perro enjaulado que acabara de escapar. Me ibas buscando. Me he sentido feliz de saber que te estoy haciendo todo esto. No he podido evitar aparecer varias veces frente a ti. Ha sido divertido, como jugar al gato y al ratón.

Antes de volver a mi casa dejé la nota para ti. Mañana nos veremos, amigo mío. Será un verdadero placer sentarme frente a mi maestro y tomar un café. He estado esperando ese momento desde hace tanto tiempo...

Anexo al informe policial. Parte I

A continuación se procede a transcribir el contenido (conversación y descripción de la situación) del vídeo grabado y encontrado en la casa donde suceden los hechos. Marcaremos con INT1 al interlocutor número uno. Es un hombre que permanece atado a la estructura en forma de cama metálica, que parece recubierta de plástico. Marcaremos como INT2 al interlocutor número dos. Se trata de otro hombre, que parece ser el secuestrador. Manipula los artefactos y realiza la grabación. También hay un tercer cuerpo sobre otra mesa. Se trata de una mujer a la que el

interlocutor dos (INT2) parece estar torturando.

INT2. Fácil, amigo... Demasiado fácil.

INT1. Nada es fácil.

INT2. Sin embargo, esto sí ha sido fácil, ¿no crees? Me refiero a traerte aquí. Aún no termino de entender cómo te presentaste a la cita sin armas, casi desnudo.

INT1. (Mira al tercer cuerpo, tendido cerca de él). Suéltala.

INT2. Maestro, por favor... ¿Cómo pretendes que la suelte?

INT1. Me querías a mí. Ya me tienes. Ella no pinta nada en esto.

INT2. Pero, amigo mío, maestro... ¿Cómo es posible que digas esto? Tú, más que ninguna otra persona en este mundo, deberías saber que yo no soy como tú. Yo no mato con un sentido, con una idea. Yo mato porque adoro matar. Me encanta verla ahí tumbada, deshaciéndose poco a poco. Fíjate en su ojo; bueno, en lo que queda de ojo. ¿Ves esa masa rojiza? Antes era su globo ocular. ¿No te parece hermoso, maestro? ¿No crees de verdad que yo he conseguido arrebatarte la gloria? ¿No es verdad que he mejorado tu método, que lo he perfeccionado hasta llevarlo a algo tan grande y tan glorioso como esto?

INT1. Voy a matarte.

INT2. Que así sea, maestro. ¿Por qué no? Pero me temo que estás equivocado, amigo mío. Estás ahí tumbado, atado, desnudo... Y yo estoy aquí, sentado en esta cómoda silla mientras veo cómo tu novia se licúa lentamente. Y después, amigo mío, te desharé a ti. Y todo quedará grabado en este ordenador, para que yo pueda levantarme cada día de mi vida y ver cómo te arrebaté la gloria, cómo acabé con tu vida; observar cómo te fuiste consumiendo lenta y dolorosamente en esta ingeniosa máquina de muerte que tengo aquí...

El hombre desconocido se levanta y manipula algo en la máquina. Vuelve a sentarse y permanece en silencio. A los pocos minutos, el cuerpo de la mujer comienza a convulsionar.

INT2. ¿Ves? He subido un poco la mezcla de ácido, y ahora ella se empieza a derretir más rápido. Es maravilloso que justo hayas venido hoy, en este momento, cuando el ácido empieza a acariciar algunas de las terminaciones nerviosas principales. Es bonito, hermoso, ver cómo su cuerpo lucha, se retuerce. Esas convulsiones son completamente involuntarias, ¿lo sabías? Ocurren porque las terminaciones nerviosas, confundidas ante lo que está ocurriendo, emiten falsas órdenes de contracción a los músculos. Estos, obedientes, se agarrotan, como cuando haces un esfuerzo muy grande. Pero todo sucede rápido, tan rápido que se producen esos movimientos bruscos que ves. Y ella, claro, sufre. Ella sufre tanto... Es tan doloroso...

INT1. Maldito bastardo.

INT2. Sí, maestro. Tal vez yo soy un bastardo. Pero entonces ¿qué eres tú sino otro bastardo? Tú y yo, maestro somos en cierto modo parecidos. Ambos matamos, sí, y eso es lo que nos hace iguales. Sin embargo, tú matas con una idea; matas por un ideal; matas creyendo que salvas a la humanidad; eres un pobre idealista. La humanidad, maestro, no merece ser salvada. ¿Por qué habrías de salvar a alguien que no lo merece? Yo, sin embargo, eso lo comprendí rápido. No merecía la pena perder el tiempo en salvar a nadie. ¿Para qué? Sólo tiene sentido el aquí y el ahora, el momento actual. Y por eso mato yo: por el momento actual; por conseguir, querido maestro, placer, más placer; por conseguir disfrutar en esta vida, que le follen a la otra vida; que le den por culo a la humanidad. Mato porque quiero y porque puedo. Mato porque disfruto haciéndolo. Mato porque me encanta ver sus ojos cuando suplican, por favor, que les deje vivir. El resto es historia. El resto es debilidad. El resto, maestro, eres tú.

INT1. Mereces morir.

INT2. ¿Ves? Sigues sin entenderlo. Todos merecemos morir, lo mismo que merecemos vivir. ¿Quién eres tú para decidirlo? ¿O yo? ¿Quién soy yo para decidirlo? Yo no decido si mereces morir o no. Simplemente disfruto matándote. Igual que disfruto matando a esta novia tuya tan guapa. ¿Ves cómo se deshace poco a poco? Es hermoso, ¿no crees?

En ese momento, el interlocutor número dos enciende una grabación con lo que parecen ser sus diarios.

INT2. Amigo mío. Te preguntarás cómo ha sucedido todo... Pero yo hoy estoy cansado. Voy a dejarte con esta grabación, a modo de diario, que relata cómo te he conseguido dar caza. Desde el principio... Te dejo escuchándola. Yo tengo que descansar. Mañana regresaré y continuaremos hablando. Que descanséis.

El interlocutor dos abandona la estancia, y deja atados al hombre y a la mujer. Esta ha dejado de convulsionar, y en el vídeo se aprecia cómo su pecho sube y baja a más velocidad de lo normal. El audio suena una y otra vez, en un bucle, durante toda la noche.

Anexo al informe policial. Parte II

Aparece el interlocutor número dos en la habitación. El interlocutor uno y la mujer siguen en sus lugares. Ella parece completamente inconsciente.

INT2. Buenos días, querido maestro. ¿Ha descansado usted bien? ¿No dices nada? Qué horror, qué maleducado. Bueno, veamos entonces cómo está nuestra querida muchachita.

El interlocutor dos observa el cuerpo de la mujer.

INT2. Vaya, parece que el final está cerca. Mi idea original, amigo mío, era dejar que se pudriera lentamente, mientras tú la observabas. Pero ayer, después de verte aquí, decidí que era mejor hacerlo más rápido. Supongo que estoy más ansioso de lo que debería estar...

El primer interlocutor no dice nada. Sólo observa la escena desde su lugar.

INT2. Querido amigo mío. Como hoy te ha comido la lengua el gato, creo que seré yo el que hable por los dos. ¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a acelerar al máximo el proceso... Voy a hacer que todo el ácido caiga directamente sobre tu chica... Va a ser divertido... Jamas lo he hecho antes, pero hay que atreverse con cosas nuevas, ¿no crees? Al fin y al cabo, de eso va todo esto, de dolor y muerte, ¿verdad?

El segundo interlocutor manipula el sistema de tortura. De repente, el cuerpo de la mujer comienza a temblar, y se puede apreciar cómo su carne se deshace. Un sonido gutural sale de la garganta medio destrozada de la mujer.

INT2. Glorioso, ¿no te parece? Mira, mira cómo el ácido se come la carne. Dios, es hermoso... Y mira cómo gotea su cuerpo... Mira esos fluidos mezclados con la sangre.

El cuerpo de la mujer deja de moverse. El ácido sigue cayendo sobre ella. El interlocutor dos espera un minuto y corta el flujo de ácido. Observa a la mujer, que parece muerta.

INT2. Vaya, vaya, maestro... Su corazón no ha podido resistir más. Y sin embargo, y debo decir que esto me asombra, tú no has dicho nada. ¿De verdad la querías?

En ese momento, Luis Barrientos, inspector del Cuerpo Nacional de Policía, entra en la estancia con el arma reglamentaria en la mano. Se escucha cómo da el alto.

Anexo al informe policial. Parte III

Nota para el archivo del caso: Las imágenes que pudo captar la cámara de vídeo sólo nos muestran lo que ocurre en la sala de forma parcial. La cámara no recoge todos los ángulos de la estancia en la que suceden los acontecimientos.

Al entrar el inspector L.B. en la sala y dar el alto, el personaje conocido como interlocutor 2 (INT2) sujeta uno de los tubos por donde sale el ácido y salta hacia los mandos que permiten controlar la salida del líquido. Se escuchan de nuevo los gritos del inspector, que trata de que el sospechoso se detenga. Sin embargo, el sospechoso consigue activar los mandos, y un chorro de líquido (ácido) sale por todas las bocas de los tubos, incluido el tubo que él sostiene en la mano, y que apunta directamente hacia el inspector L.B. A pesar de que la distancia que les separa es de unos tres metros, un chorro de ácido cae sobre el cuerpo del inspector que, sin saber qué está pasando, grita y consigue saltar hacia un lado, justo tras el cuerpo del primer interlocutor, que permanece tumbado.

El segundo interlocutor sigue el movimiento del inspector con el tubo, rociando con el líquido gran parte de la habitación. Una gran parte de ácido cae sobre el interlocutor 1, que comienza a gritar. El inspector se incorpora, apunta con su arma hacia el primer interlocutor y dispara. El interlocutor 2 cae al suelo. Se siguen escuchando los gritos del interlocutor 1. El segundo interlocutor desaparece de la imagen. De repente, todas las luces de la sala se apagan. La imagen se pierde. Sólo queda el sonido.

Se escuchan varios golpes fuertes, y el chirriar de unas patas metálicas contra el suelo. Poco después, un estrépito inunda el sistema de audio y se escuchan gritos desesperados. También suenan varios disparos, que parecen provenir del arma del inspector. Los disparos continúan hasta que L.B. vacía por completo el cargador.

El silencio vuelve a la estancia. Al cabo de un rato, se distingue el sonido de lo que parecen ser pasos lentos, como si una persona se arrastrara con dificultad a través de la habitación. Casi un minuto después, se aprecia una pequeña luz que parece provenir de la puerta de salida, pero es insuficiente para iluminar la estancia. Todo queda en penumbra. Los pasos continúan alrededor de la habitación hasta que, de repente, la luz vuelve a encenderse y se puede apreciar la escena completa.

En la imagen se puede ver al inspector junto a una pared, cerca de lo que parece que es el interruptor de la luz. El inspector, que se apoya en la pared, parece tener graves quemaduras a lo largo de su cabeza y manos. En el suelo, cerca de la salida, se observa un cuerpo boca abajo, sobre un charco de sangre. Es el interlocutor 2. Al parecer, los disparos del inspector alcanzaron su objetivo antes de que este consiguiera salir.

Se pueden ver los armarios que sostenían todo el sistema de goteo de ácido tirados por el suelo. Se intuye que el interlocutor 2 los empujó con fuerza, dejando que se desplomara toda la estructura con el líquido sobre el hombre que permanecía atado y el inspector antes de tratar de huir. Dos cuerpos permanecen aún sujetos a las estructuras de tortura. El cuerpo de la mujer está prácticamente deshecho. La mayor parte del ácido cayó sobre ella. En la estructura de al lado, permanece el cuerpo del otro hombre, el interlocutor uno. Se aprecian quemaduras por todo el cuerpo y el rostro, pero en la imagen se puede ver que aún respira.

Durante varios minutos, en la pantalla se observa la misma escena: el cuerpo del segundo interlocutor en el suelo, sobre el charco de sangre; el cuerpo destrozado de la mujer; el cuerpo del primer interlocutor, que respira lento, sobre la estructura de tortura; y por último el inspector, que poco a poco parece coger fuerzas para moverse.

Al cabo de varios minutos, el inspector se dirige hacia una esquina de la habitación, y sale del encuadre del vídeo. Unos segundos después, la grabación termina.

Anexo al informe policial. Parte IV

La primera patrulla de la policía que se presentó en el lugar de los hechos asegura que en aquella sala sólo había tres cuerpos, que se identifican con el de la mujer, el del interlocutor dos, y el de el inspector L.B. El cuerpo del interlocutor uno no está.

Según esta misma pareja de agentes, cuando encuentran al inspector, este parece desorientado. Muestra quemaduras graves en varias partes de su cuerpo y un golpe fuerte en la cabeza. Se adjunta aquí la declaración del inspector, que hace desde el hospital, después de recuperarse parcialmente de sus heridas:

“Llegué hasta el lugar de los hechos por un chivatazo. Me llegó un mensaje al correo electrónico de alguien que, al parecer, sabía que algo iba a ocurrir en aquel lugar. No conocía el origen del mensaje, pero describió con exactitud varios de los asesinatos que habían ocurrido en las últimas semanas en la ciudad. Los describió con información que sólo alguien implicado en el caso podría tener.

Esto me empujó a valorar en cierta medida el correo que había recibido. Es sabido que la gran mayoría de estos correos son falsos, pero esa información adicional era más que suficiente para tenerla en consideración. No sé si me la envió el asesino, o alguien cercano a él.

Fuera como fuese, en el correo se adjuntaba un número de teléfono, y se me aseguraba que el sistema GPS del teléfono estaría activo durante las próximas horas. En teoría, debía localizar el teléfono porque, si todo era correcto, allí estaría el asesino de todas esas víctimas de las últimas

semanas.

No quise informar a nadie. Preferí validar las fuentes antes de alarmar a los superiores. Así que comencé mi labor de investigación. El servicio de comunicaciones me aseguró que, estando el GPS del teléfono activo, eran capaces de determinar la ubicación exacta del terminal. Sabíamos el número, así que lo teníamos todo.

El terminal estaba en un chalet de una zona periférica de Madrid. Investigué el chalet, y me pareció extraño que estuviera a nombre de alguien sobre el que no constaba nada desde hacía casi diez años. No había altas en la seguridad social, ni contratos de trabajo, ni ganancias... Nada... ¿Cómo puede vivir alguien sin dinero?

Me pareció raro, suficiente como para ir a investigar. Forcé la cerradura, arriesgándome a lo que aquello suponía, y entré en la casa. Cuando llegué al garaje... En fin, cuando llegué al garaje me encontré con aquella sala de los horrores, aquella sala de tortura. Supe en aquel momento que aquel hombre era el asesino que buscábamos. ¿Qué otra mente podría haber construido aquello?

El resto creo que lo pueden ver en las imágenes.

Cuando todo acabó, intenté desatar al hombre que había sobre la estructura de tortura, el que quedaba vivo. Lo liberé y traté de incorporarlo. No sabía quién era ni qué hacía allí, pero imaginaba que era el hombre que me había dado todos aquellos datos. Lo contrario no tendría sentido.

Fuera como fuese, aquel hombre aún mantenía fuerzas suficientes como para golpearme en la cabeza y escapar sin que pudiéramos obtener más información.

Poco después, cuando aún estaba mareado por el golpe, avisé a la central. Permanecí allí hasta que vino la primera pareja de la policía.”

Hasta aquí la primera declaración del inspector. No sabemos quién era el interlocutor uno, ni por qué escapó de allí. Es casi seguro que fue él el que llevaba el dispositivo con GPS en su ropaje, y a través del que el inspector fue capaz de llegar a la casa. Se trataba de un dispositivo de alta tecnología, de tamaño muy reducido, que encontramos poco después escondido en el interior del forro de una cazadora que había en un montón de ropa, en una esquina de la estancia dispuesta para las torturas. Al parecer, el hombre desaparecido olvidó esta chaqueta antes de huir de la escena.

La investigación sigue su curso, pero se atribuyen al hombre abatido por los disparos del inspector los asesinatos de las últimas semanas. Se investiga su relación con grupos de delincuentes que operan en las redes de Internet.

Extracto de una noticia en la prensa nacional

¿Resuelto el caso de los asesinatos? La policía da por concluida la investigación del caso, y

asegura que los asesinatos de las últimas semanas fueron causados por el mismo hombre. Se trata de un hombre cuya identidad real está por determinar, y que fue abatido por el inspector L.B. en lo que se ha llamado “la cámara de los horrores”.

Sin embargo, y aunque los asesinatos parecen haberse detenido, el informe del caso no parece dejar claras algunas de las dudas más importantes: ¿Quién era aquel hombre que escapó de aquel horrible lugar? ¿Fue él el que dio la información que permitió capturar al asesino del ácido? Si él no había hecho nada, ¿por qué escapó?

También deja muchas dudas la declaración del inspector, que no termina de aclarar qué le llevó a aquella casa, más allá del famoso dispositivo de teléfono con GPS. ¿Quién le dio esa información? ¿Fue el famoso hombre que escapó? ¿Qué relación guarda aquel hombre con el inspector? ¿Por qué este inspector?

Llama la atención que el hombre que dio la información, supuestamente el que escapó de la “cámara de los horrores”, lo hiciera al mismo inspector que cubrió el caso del psicópata asesino de hace casi diez años.

Por otra parte, el juez recibió una copia del correo electrónico del supuesto hombre evadido, que explica lo mismo que cuenta el inspector en su declaración, por lo que, según las pistas, el caso quedaría resuelto. Extrañamente resuelto.

Este diario se compromete a seguir investigando un caso que ha mantenido a toda la población en vilo y que, a pesar de ser un caso cerrado, a nosotros nos parece importante seguir investigando. Y lo haremos.

Carta de un amigo

Querido amigo inspector. ¿Cómo sigues de tus quemaduras? Espero sinceramente que estés completamente recuperado. Y también del golpe en la cabeza. ¿Te dolió mucho? Imagino que no en el momento, pero supongo que cuando despertaste tendrías un taladro en el cerebro. Bueno, al fin y al cabo fuiste tú el que lo pediste. Aún te recuerdo diciendo “golpéame, de lo contrario nadie nos creará”.

Bueno, ya ves que en el fondo no soy un mal tipo, ¿no? Os permití coger a un asesino, y a cambio habéis dejado en libertad a un buen hombre como yo. Créeme si te digo que creo que habéis salido ganando. Además, mi querido inspector, no viene mal que la gente sepa que hay gente como ese loco en el mundo. Gente que usa ácido para asesinar a otra gente. Gente que está deseando provocar dolor sólo por el hecho de ver a alguien retorcerse en su lecho de muerte. Gente mala.

Yo, sin embargo, no soy tan horrible como crees. Creo que soy un buen hombre en un

mundo malo. De todos modos, amigo mío, no es todo tan fácil como parece. ¿Existe la bondad absoluta? ¿Y la maldad absoluta? No, los extremos son sólo válidos para los extremistas. Gente sin filtros, gente sin visión real del mundo.

El mundo es gris, amigo inspector. Tú mismo te diste cuenta de eso el otro día, cuando te envié el primero de los correos, cuando te conté todo lo que estaba pasando. Y te diste cuenta cuando respondiste, y tomaste una decisión: salvarme a mí para apresar a él. Al fin y al cabo, sabías que estabas tomando la mejor decisión porque “yo no soy tan malo como él”. ¿Recuerdas esa frase? Es tuya, querido inspector. ¿Y sabes lo que eso significa? Eso significa, claramente, que existen grados, niveles en todos los ámbitos. Que uno no es malo o bueno, sino que es más malo que otro, o más bueno que otro. Y esto, por supuesto, siempre desde una perspectiva personal, subjetiva. Tú eres bueno, pero no más bueno que yo. Eso es lo que yo pienso. ¿Qué piensas tú?

Pero dejémonos de filosofía. Me alegra saber que estás bien. Ya lo he visto en las noticias. Hay diarios que aseguran que mentiste. Qué despropósito. Hay cosas que es mejor que no sepan, ¿verdad?

De cualquier modo, supongo que esto es el fin de nuestra pequeña amistad. Supongo que ahora querrás olvidarte de que me ayudaste a acabar con él, mi discípulo, y que ahora intentarás acabar conmigo. Si es así, que sepas que no te guardaré rencor. Al fin y al cabo, todo esto sería muy aburrido sin nuestra pequeña guerra, ¿no crees?

Pensé escribirle otra carta a mi discípulo. Ese al que tú acribillaste a tiros con la luz apagada. Por cierto, estuviste brillante. Un poco de suerte, pero brillante. Bueno, como decía, pensé en escribirle una carta al discípulo, pero ya no tiene sentido. ¿Quién la iba a leer?

Bien, mi querido inspector. Me toca despedirme ya. Que sepas que estoy bien. Las quemaduras del ácido van curando poco a poco, y supongo que dentro de unas semanas estaré completamente en forma. Aún no he pensado qué haré entonces. Pero una cosa está clara: ahora tendré más tiempo para mis voluntariosos propósitos. Espero no molestarte demasiado. Al fin y al cabo, nuestra amistad, aunque breve, resultó realmente agradable.

Hasta siempre.

Juanjo Escribano

Madrid, enero de 2016